

GENIOS, LOCOS Y PICAROS

(WHO WAS NOBODY IN 1950)

Por Manuel Martínez Pastor -

A todos los pedrosbeltranes
particulares que ya
murieron dentro de Pedro Beltrán, con toda mi amistad a
todos los pedrosbeltranes
particulares que aún siguen vivos,
en su interior.

Libertas perfundet omnia luce. Dice el viejo lema de la complutense. La libertad lo llena todo de luz . Cuando desde la radiante claridad de la libertad, miramos al interior del tiempo pasado de la dictadura, igual que ocurre cuando, desde la calle, miramos hacia el interior de un espacio en penumbras, todo allí dentro de aquel espacio en sombras nos parece confuso, triste, desvitalizado, gris; mas si penetramos, a los pocos instantes, nuestras pupilas, adaptadas ya a la penumbra, comienzan a distinguir los objetos, los rostros, los detalles, y trascurridos no pocos minutos, aquella estancia, vista desde afuera tan oscura, ha dejado de serlo para nosotros.

Las dictaduras y los regímenes de opresión pueden destruir muchos valores importantes; pueden asestar duros golpes a la dignidad humana, pero lo que no podrán conseguir es que este mamífero que un día, no se sabe porqué, decidió alzarse sobre sus patas traseras, y a lo largo de millones de años ha logrado reír y reírse de si mismo, incluso de sus desgracias, deje de hacerlo, porque en definitiva el ingenio, la chispa de la inteligencia y el humor es lo que hace del ser humano una criatura superior, aunque “superior” no quiera decir siempre “mejor”.

Lo que distingue, ontológicamente, al ser humano del resto de las especies animales, no es, ni más ni menos, que el lenguaje. El lenguaje que no es solamente un sistema de señales como ocurre entre las especies animales, sino mucho más, un sistema de traslación de sentimientos y pensamientos abstractos que lo ha convertido en un elemento de cultura. Somos capaces de pensar porque hemos construido un lenguaje y no podemos hacerlo si nuestro pensamiento no se va apoyando en esos bastones de las palabras y a través de la palabra, como el ser humano, por gris y pequeña que sea su condición, expresa en algún momento, su luminosa condición, incluso cuando los tiempos quedan ensombrecidos, como aconteció en España de 1936 a 1975.

No voy a contar glorias de varones ilustres, he conocido y conozco a muchos pero ellos tienen éstos suficientes juglares y cantores de gestas que se encargan de perpetuar sus méritos y virtudes, resaltar sus perfiles o ennoblecer sus vicios. Mas así como estoy convencido de que alguien ayudaría a Napoleón a vencer en Austerlitz, aunque fuera su corneta o su cocinero, así de igual estoy convencido de que el gran carro de la civilización occidental no ha sido transportado tan solo a hombros de solemnes *clerics de* triunfadores, ni de minorías académicas o tecnócratas. Millones de seres, más o menos anónimos han colaborado a ello, dejándose empapar pasivamente de la axiología cristiana, y cientos de miles asumiéndola, activa aunque anónimamente.

Cada uno de nosotros ha conocido a una, varias, docenas de personas anónimas pero *extravagantes*, es decir que vagan extra de las masas; esas personas que logran individualizarse y construirse una personalidad incluso a través de unas existencias en apariencia monótonas; muchas están vivas, de ellas he prescindido por elementales razones que el lector comprenderá. También he prescindido de algún difunto por grande que fuera su amistad, cuando me ha asaltado el temor de que sus deudos pudieran *tomar el rábano por las hojas* al ver publicadas historias o anécdotas que ignoran o les pueden desagradar o interpretar torcidamente a pesar de que mi propósito, no es sino rendir un pequeño homenaje a quienes en él figuran que nunca encontrarán en los libros importantes, ni tal vez en el recuerdo de sus descendientes cuando pasen los años.

He querido también, a través de estos retratos, lanzar un fogonazo de luz que al reflejar sobre sus figuras, ilumine aunque sea tenuamente, a contraluz, aquella España de los años cincuenta del pasado siglo, posteriores a “La Colmena”, “tiempo de silencio” por excelencia, extraño territorio fuera de cobertura de cualquier antena o repetidor y hacerlo, no a través de una recreación intelectual como puede ser el film de Garci “Tiovivo” sino a través de personas que conocí muy bien pero que, por desgracia, fueron muy mal conocidas o ignoradas, porque aunque lo desearon, no buscaron el triunfo porque éste iba entonces por otros indeseables derroteros. He querido desdramatizar aquella España dramática y retratar y contar de aquellos mis amigos tal como fueron o al menos tal como los ví y los recuerdo, con la amenidad de la que he sido capaz, sorprendidos en aquellos años promediando el siglo XX, cuando la llegada de los norteamericanos, Ava Gardner y el concordato con el Vaticano, hacían preludiar una mínima apertura del Régimen franquista que resultó falsa.

JOSE MARIO PAEZ

En un país de termocéfalos como el nuestro, dividido entre energúmenos y circunspectos, en el que nuestros cerebros parecen funcionar a base de esperma, testiculina, emociones primarias y elementales; nuestra tradicional dieta de garbanzos nos ha proporcionado un aporte excepcional de ácido oxálico destructor del fósforo, en el que las pasiones sustituyen a las ideas y los prejuicios al raciocinio, así que encontrarte, en la adolescencia que según pareces es edad tumultuosa, de pronto, con una persona incontaminada por nada de lo anterior, incluso a la edad en que nos encontramos, no dejó, para mí, de tener algo de milagroso.

José Mario tenía un año más que yo y cursaba en el mismo colegio de los Hermanos Maristas un año antes. Eran los apasionados y aterrorizados años de la posguerra; a su padre, químico, lo habían asesinado en zona republicana durante la guerra civil. Lo lógico hubiera sido que tal tragedia lo hubiera convertido en un falangista furioso o un reaccionario vengativo o un beato lleno de odio. Por el contrario, José Mario, un adolescente, era ya un demócrata, más aún era ya un liberal. Por decir la verdad, era el primer liberal que había conocido fuera de mi familia y con ser todo esto importante lo más sugestivo de él era su serenidad, su permanente busca de la objetividad y el rechazo de todo apasionamiento, la *sofrosine*.

José Mario Páez, había nacido en La Unión. No llegaría al metro setenta, tenía la miopía justa que le obligaba a llevar gafas; era moreno, con el pelo lacio peinado con raya a un lado, facciones perfectas aunque un tanto buídas y voz bien modulada.

Marchó a Madrid a estudiar Derecho, hospedado en la calle de Luchana en casa de un tío suyo, afamado urólogo; siendo todavía estudiante era ya auxiliar, o como se llamara entonces aquello, de la cátedra de Derecho político con Javier Conde, y comenzó a trabajar, no sé si como bedcario, en el Instituto de Estudios Políticos, en el edificio del Senado.

No sé cómo nos enredamos en escribir juntos un guión de cine. Nos reuníamos en un café de la Gran Vía, cerca de la Plaza de España y de la Facultad, en horas libres o en clases “fumadas”. Mientras discutíamos las escenas el desarrollo dramático, él escribía con caligrafía que denotaba la pulcritud y orden de su espíritu.

Estábamos bastante entusiasmados con nuestra obra porque, objetivamente, nos estaba quedando muy bien. Pero aconteció que yo luchaba entonces contra “el hombrecillo de los gansos” de Wasserman que me vencía una y otra vez y me hacía abandonarlo; y entonces para coger fuerza, cogía otro libro y uno de éstos fue “Madame Bovary”, y cual no sería mi desconsuelo cuando vi que nuestro querido guión, era exactamente la novela de Flaubert. Al día siguiente se lo dije, anonadado

a José Mario. Habíamos desechado muchas ideas hasta quedarnos con “nuestra historia” y resultaba que no era ni siquiera nuestra. Le dije que rompiera los folios, pero me dijo que lo tenía que pensar, que tal vez hubiera una salida alternativa a la historia. Desgraciadamente no la encontramos. ¿Y quien nos podía asegurar que no nos volvería a ocurrir lo mismo? Éramos jóvenes y habíamos leído poco.

Comenzamos a frecuentar la Casa de América (creo que se llamaba así), en una calle cerca de La Castellana, donde proyectaban documentales, pero a mi aquel ambiente me deprimía y dejé de ir. José Mario no y me instaba a continuar, otras veces me hacía acompañarlo al colegio Academia Estudio, lo único que se había salvado de la Institución libre de enseñanza, acogido bajo la protección de EEUU y creo recordar que al Instituto I. de Boston. En definitiva José Mario iba sorbiendo, como con una pajita, cualquier gota de libertad y democracia que pudiera encontrarse en aquel Madrid del más duro franquismo.

En los pasillos de la Facultad, se discutía con cierta libertad, de política y causaba sorpresa y estupor que el hijo de un *caído*, de un asesinado por las “hordas marxistas”, fuera liberal y demócrata y discrepara abiertamente del *Régimen*. Pensaban los monárquicos que era uno de los suyos, pero pronto se desengañaban. José Mario era republicano. No discutía, no levantaba la voz, se limitaba a razonar sin perder la calma.

Al poco tiempo encontró trabajo en la embajada de EEUU donde llegó a estar encargado de las *relaciones* con la prensa y más tarde se empleó en la ONU de la que llegó a ser un alto funcionario. José Mario, en su manera de ser, ha sido el español menos español que he conocido, a pesar de que amaba a España, pero por lo visto España se niega a ser amada con la cabeza.

Teníamos grandes divergencias ideológicas que nunca empañaron nuestra amistad y recuerdo con profunda nostalgia aquellos largos paseos por los atardeceres de Madrid bajo el bello sol *toledano*, debatiendo sobre temas que nos sobrepasaban.

- *El peligro no es el comunismo, sino Rusia.*
- *El peligro no son los EEUU sino el capitalismo.*

Cuando se jubiló como funcionario de la ONU, regresó a Murcia, a una casa con huerto que tenía en Totana cabe Sierra Espuña y me llamó por teléfono. Quedamos en vernos. Otra tarde sonó el teléfono, lo cogí, era una voz de mujer desconocida. Me dijo que era hija de José Mario Páez y me llamaba para decirme que su padre había muerto de repente. ¿Cómo sería José Mario tantos años después? ¿Habría cambiado mucho? ¿Estaría mucho más miope? ¿Habría perdido su serenidad? ¿Nos habríamos reconocido? No lo sabré nunca.

Pero lo que si encuentro dentro de mí cada día es una frase suya:

- Bien, no seamos subjetivos, parece que eso es así, pero contemplémosla dentro otro ángulo, desde otro punto de vista.

¿Qué pinta aquí José Mario Páez abriendo el cortejo de personas singulares que siguen?. Fue un arquetipo de moderación, la serenidad, el equilibrio y por lo tanto el referente para que el lector juzgue los ángulos de desviación en el fiel de la balanza que cada uno de nuestros siguientes personajes sufría, lo he traído aquí para, sencillamente, servir de fiel contraste.

PEDRO BELTRAN

Si ha habido alguien asfixiado por su propia vitalidad, hasta el punto de esterilizarlo ha sido Pedro Beltrán, que hubiera necesitado ser parapléjico para triunfar. Es mi amigo hasta donde puede serlo; tampoco hay que pedirle más a los amigos de lo que pueden dar. Pedro Beltrán es paisano mío; nació en la Muralla del Mar, de Cartagena, donde de niño había jugado con lo hermanos Bienvenida, pero nos conocimos en Madrid, cuando él alrededor del año 1950, marchó a la Capital, huyendo de la cuenca minera en la que trabajaba como *practicante* y de la que contaba alucinantes historias dignas de la narrativa hispanoamericana. Si Pedro escribiera su biografía, de verdad, sería sin duda un *best seller*, pero Pedro que tiene valor para todo le falta para ésto tal vez no pueda hacerlo sin falsearla con lo

que ya no tendría éxito, o sin perder su *modus vivendi*. Además tiene claro que lo que gana el patrimonio lo pierde la biografía. Y es de admirar que Pedro Beltrán que tan a mano tiene el salir de su pobreza, no se decida a poner negro sobre blanco esa vida suya que supera en gracia, ingenio, inteligencia, a la de cualquiera de nuestros pícaros, a cualquiera de los personajes tan bien retratados por Cansinos-Asséns, Trapiello, o Prada. Se queda corto Bárcena cuando lo tacha de pícaro. Bailarín de *claque*, torero de pueblo y de salón, caricato, magnífico imitador, y sobre todo amante de la vida y extrayéndole sus más profundos jugos a su verdadera obra de arte que es su propia existencia, en la que habita sin comprenderla. Sabe cuales son sus estancias pero no donde están colocados cada una los muebles o el interruptor. Pedro podría decir con Rimbaud: *je considère sacré le profond désordre de mon sprit*. Por ese desorden ha derrochado a manos llenas sus talentos repartidos como si fueran limosnas sobre los que se arrojaban como buitres los aprovechados, apropiándose los. ¡Cuántas ingeniosidades de Pedro, derrochadas en los cafés o entre amigos, he visto representadas en los escenarios como hallazgos de otros, los mismos que lo criticaban!. Naturalmente cuanto más ideas han libado de la cabeza de Pedro más interesados en desprestigiarlo.

Nunca he conocido alguien que tenga tantos amigos y conocidos como Pedro, en todos los ámbitos sociales, desde el palacio a la chabola; si hubiera montado una agencia para *abrir puertas como conseqüidor* se hubiera hecho rico. Lo mismo cena una noche en casa de un banquero o de un gran actor que a la mañana siguiente desayuna en una taberna del Madrid viejo con un antiguo picador y un albañil, que come con un magistrado del Tribunal Supremo y toma café con algún médico famoso. Y todos ellos lo reciben bien aceptándolo como una *hipoteca existencial*, como reconociendo cierta obligación de ayudar a mantener a este rebelde sin causa, romántico numantino y ayudándolo es como si nos redimiésemos un poco de nuestras rendiciones morales, como si delegásemos en él la lucha contra todos los valores negativos. Sin embargo, igual que Saturno devora a sus hijos, Pedro es un *devorador de amigos*, los agota, los estruja, los cansa, y los lanza a las tinieblas exteriores cuando desfallecen ante sus exigencias. Pero Pedro, el gran iconoclasta, tiene su personal larario, con sus dioses personales, intocables a salvo de sus desagradecimientos y malevolencias. Le dediqué hace años un poema, dos de cuyo

versos decían: *desprecias a los dioses si no visten de luces/ y miras asombrado hacia tu ombligo.*

Pedro Beltrán lleva empeñado muchos años en una personal cruzada, yo diría en una *Yihad* contra los tontos. A Pedro le crecen los tontos por todas partes, como al desgraciado del chiste los enanos. Conforme Pedro cumple años más lo asedian los tontos, más tontos detecta, especialmente entre los triunfadores. No digo yo que no tenga parte de razón, lo que quisiera que me explicase algún día es la relación necesaria que establece entre talento y triunfo; la conexión entre la razón y lo social. No la veo por ninguna parte y todos nos tropezamos cada día con *tontos de baba* ocupando puestos y cargos de relevancia, no ya en la política sino al frente de grandes empresas privadas. Incluso a veces me inclino a pensar que el talento, como la ética, es una rémora para el triunfo. Él ha solucionado ese conflicto decidiendo que ha triunfado. En uno de sus poemas, el titulado *strep tease* dice de él que es un *pícaro triunfante*.

En esto de los tontos y sus peligros tiene Pedro razón cuando dice que frente a ellos pierdes siempre, te ganan siempre la batalla, porque tratando de entenderte con ellos, vas rebajando tu discurso y tus argumentos, hasta que empiezas a decir tonterías y entonces el tonto piensa: *¡Ya te cogí porque éstas las digo yo mejor que tú!*

Por lo dicho habrán comprendido que Pedro Beltrán es un personaje singular. Por de pronto es el primer escritor ágrafo de España. Excelente guionista no ha escrito jamás un guión; los ha contado, se los han “chorizado” o los ha dictado, pero nunca escrito como si dijese *las ideas que me han pagado y no he desarrollado por las ideas que me han robado*. Es un notable poeta como acredita su libro “Burro de Noria”, pero otros cientos de poemas los guarda en su cabeza y cuando hay que pasarlos a papel, como no haya alguien dispuesto a que Pedro se los dicte, no verán nunca la luz. Pedro es un excelente autor teatral, como acreditó con su magnífica obra “El hijo de jockey”, estrenado por los años sesenta en el café teatro “Lady Pepa”, del que sólo existió un ejemplar que le dictó a un amigo y que se ha perdido. Si **te** descuidas te cuenta su próxima obra que nunca escribirá; te pedirá un anticipo,

cuya entrega es para él como un estreno o una tercera edición agotada y enseguida comenzará a fabular la siguiente, propiciando que algún *listo* se apropie de la idea. En cierta ocasión, llegó a Madrid, consignado a Novais, un egipcio, atraído por el espejismo del “imperio Bronston”, on el propósito de rodar una película. Novais le decía, ya cargados de copas:

- *Tú en Madrid no ruedas ninguna película, porque te vas a ir al Café Gijón, la vas a contar cien veces, y entonces ya ¿Para qué la vas rodar?.*

Y así fue. A Pedro Beltrán tal vez le acontece lo mismo.

Pedro es bajo de estatura, *trèpu*, de aspecto tosco como de gañán manchego, pelo ondulado, ojos pardos, penetrantes en los que chisporrotea la inteligencia, de verbo fácil y buena dicción de actor, profesión que ha sido la suya y que era para la que estaba menos dotado. Es simpático y cautivador (no puede dejar de serlo), sólo él ya compone un espectáculo. A mi me ha recordado siempre a esas gentes que montan en un parque público, su forillo de *crisobitas* y por el pequeño escenario van haciendo aparecer personajes distintos que ellos mueven con las manos por detrás y a los que ponen sus voces. Para Müller- Freiensfeld dentro de cada ser humano hay varios *yos particulares*, gobernados y armonizados por un *yo unitario*. Mi padre que era médico decía que “*nadie se muere la víspera*” y tengo para mi que la muerte definitiva nos llega cuando se muere dentro de nosotros el último de nuestros “yos particulares”, pero dentro de Pedro hay tantos *pedritos particulares* a los que él hace aparecer según le conviene movidos por un *pedro unitario* que nadie conoce, incluso ni él mismo, que pasarán muchos años hasta que el último de ellos fallezca, y cuando lo entierren, como sucede siempre, creerán enterrar a Pedro Beltrán Rentero y tan sólo habrán enterrado a uno de ellos. Por esta multitud de pedros beltranos particulares ya muertos dentro de él, que hacen pensar y desearle una larga vida es por lo que es el único vivo que figura en esta galería, mas dentro de él han muerto ya más *yos particulares* que en otras personas ya definitivamente enterradas.

Esta complejidad psicológica hace que Pedro te dé un sablazo para pagar la pensión de la que lo van a echar por falta de pago y trescientos metros más allá se encuentre

a un viejo banderillero que no tiene qué llevarse a la boca y le dé todo el producto de su anterior *operación*, o llene una avioneta con *cantaos* y *tocaos* para ir a la feria de Sevilla y gastarse el mucho dinero ganado en un guión, o herede unos muebles viejos y miserables, de su hermana y que yo le aconsejé que los tirara a la basura y él se agenció unos muchachos a los que pagó y llevó los enseres a un guardamuebles del que sólo pagó el primer mes, desentendiéndose de ellos; o una madrugada aporree la urna de cristal de un fakir y le grite:

- ¡*Farsante, farsante, yo acostado y con agua aguanto no un mes sino diez!*

Pedro, como digo, no ha escrito, pero tampoco ha leído. Sin embargo es hombre de vasta cultura o, si se quiere, de extensísima información. Pedro es una esponja. A caballo de una excepcional memoria, retentiva e inteligencia, es capaz de retener y relacionar datos, extraer inteligentes y acertadas conclusiones y formar muy atinados juicios, por desgracia con frecuencia apasionados. Pedro ha sabido frecuentar, bajo el disfraz vital de algunos de sus *yos particulares*, a personas egregias, poseedores de grandes y profundos conocimientos sobre materias concretas a los que ha sabido ordeñar con provecho, porque Pedro es un gran *escuchador* cuando le conviene y no hay nada que agrade más a los españoles que ser escuchados, en una sociedad como la nuestra, que cuando alguien está en silencio y parece escuchar lo único que hace es pensar lo que va a decir a continuación. Pedro no, Pedro cuando escucha, escucha de verdad.

A Pedro esa gran virtud le ha permitido un saber *renacentista* y allí donde ha podido engranarlo con la vida, en auténtica autoridad. Por ejemplo de toros, de flamenco, de teatro, de narrativa cinematográfica, y *como donde un español no alcanza con la mano, alcanza con la punta de la espada*, donde Pedro no alcanza con la mano de sus conocimientos, lo hace con la punta buída de su espada de terrible polemista. Siempre anduvo, aunque nunca ha usado lentes, algo miope lo que no le ha facilitado precisamente la práctica del *vicio impune*, como diría Vàlery Larbaud, de escribir (y leer).

Pedro Beltrán, como he dicho antes, ha deseado siempre triunfar pero no ha querido hacerlo. Entre el desear y el querer hay siempre un muro difícil de superar e

imposible para los soberbios, si creen que el mundo está obligado a reconocer su talento sin luchar por demostrarlo y cuanto tal cosa acontece surge la frustración y el energúmeno se pone en guerra contra el mundo. Pedro morirá sin haber comprendido cual ha sido su obra maestra que no han sido sus guiones, ni sus poemas, sino su biografía en la que hay escenas tan bellas como la de aquella mañana de otoño en la que caminando por la Gran Vía. le adelantó un fraile capuchino. Pedro lo agarró por la manga de su hábito y le preguntó.

-Padre ¿Haría el favor de decirme el tiempo que va a hacer mañana?. (*)

O cuando en un restaurante comiendo con unos amigos encontró una cucaracha en la paella, la cogió cuidadosamente, la puso sobre una servilleta, llamó al *maître* y le espetó

- ¿Podría Vd. cambiarme ésto por una gamba?:

EL DOCTOR GHANDI

No sé si se sentaba o lo sentaban en una banquetita de hierro y lona en el primer tramo de la Gran Vía, muy cerca de “Chicote”, y “Pidoux” los bares, por entonces de las putas finas y los clientes patanes. Era una figura patética que lo mismo podía tener ochenta que cincuenta años. En aquellos tiempos de la posguerra civil era difícil que el hambre dejara vislumbrar la edad. Vestía traje de un negro ajado, camisa blanca y sombrero hongo, todo ello con el raído brillo de los años. Estaba extremadamente delgado, con palidez cadavérica. Se sentaba, erguida la espalda, con el hieratismo que podría tener un jubilado *broker* de la *city del museo de cera de Madame Toussad*. Y así, sin moverse, permanecía horas

(*) Para los más jóvenes es precisa una explicación, Existían unos higrómetros de cabello, muy populares que representaban a un fraile capuchino, con una vara en la mano, delante de una columna en la que estaba señalados los grados de humedad del ambiente: “seco”, “muy seco”, “húmedo”, etc. El capuchino señalaba con la vara el tiempo probable y subía o bajaba su capucha según procediera.

No pedía limosna; simplemente estaba allí, de aquella manera. En su traje, alguien, quizás él mismo, colocaba pequeños círculos de papel blanco, del tamaño de una moneda de los duros de plata, cada uno con una frase, con un mensaje, con un pensamiento.

Le llamaban, o se llamaba a sí mismo “El Doctor Ghandi”. Había gentes que depositaban a sus pies una limosna que él nunca hacía el menor ademán por recoger y que tal vez aceptaba como un gesto, un voto de adhesión, a cualquiera de aquellos eslóganes de papel prendidos en su ropa con imperdibles.

He de reconocer que me fascinaban aquellos circulitos que, a pesar de su simplicidad, no he logrado olvidar: “no abandonéis a los perros”; “China despertará”; “No hagáis sufrir a la naturaleza”; “no ensuciéis el agua de los ríos”; “No os olvidéis de la libertad”; “Comed mucha fruta”; “Dormid poco”; “no maltratéis a los animales”; “No fumad”; etc

Es imposible recordar todos porque cada día variaba unos cuantos. Debía tratarse de un naturista anarquista o loco que había decidido no dialogar ya con el mundo y se limitaba a enviarle aquellos mensajes circulares y elementales.

Un buen día desapareció, no sé si por enfermedad, cansancio o muerte, como cada hijo de vecino, pero aquellos circulitos de papel blanco, como hostias de una extraña comunión se me aparecen a veces en sueños.

JOSE LUIS MARTINEZ REDONDO

Nos conocimos en la escuela de cine de Elorrieta. Era alto, delgado, su mirada y sus gestos eran tristes y todo él irradiaba melancolía aunque era afable, simpático asertivo, todo en él no eran sino veladuras sobre una amargura profunda. Estudiaba interpretación y destacó de inmediato fundamentalmente por su formidable y bien timbrada y modulada voz. Intimamos pronto y lo arrastré a nuestra peña, era

inteligente y esta cualidad siempre me ha atraído. Escribía una magnífica prosa y todavía recuerdo un magnífico comentario que publicó sobre la muerte de G.B. Shaw titulado “los fantasmas de Ayot Saint Lawrence están tristes”, en una de las revistas universitarias a las que teníamos acceso, que me impresionó, no porque el personaje de GBS, que me interesaba muy poco, sino por el vigor de la prosa de José Luis.

El problema que tenía es que, a diferencia de casi todos los demás, era una persona responsable que tenía que trabajar, para vivir, en la casa “Singer”. Tenía un padre problemático y José Luis tenía que suplirlo. Su situación le impedía seguir el ritmo de nuestras vidas, aunque lo intentaba, pero para él el único día de la semana que tenía madrugada era el sábado.

Porqué negarlo; muchas noches de sábado nos “pasábamos” en el asunto de las copas, lo que aprovechaba José Luis para despotricar contra la casa “Singer” y sus miserables sueldos, contra los padres alcohólicos, contra la Biblioteca Nacional...

José Luis estaba enamorado de Blanquita Alvarez que a su vez lo estaba de él. Blanquita era hija de un periodista taurino y muy hermosa. Andaba por entonces en la Acción Católica, y ya tenía claro que quería ser periodista y que José Luis también lo fuera. Lo espoleaba, lo animaba, hasta le hacía a veces reír, y por fin lo consiguió. Ella fue una de las primeras locutoras de TVE y él llegó a ser crítico de cine de “ABC”. Ambos están muertos y me parece increíble. Pero más increíble me pareció cuando alguien me dijo que aquel gran amor había muerto mucho antes que lo hicieran ellos.

En uno de mis viajes a Madrid, algunos años después, fui a visitarlo, en su casa, allá por el Manzanares, porque me dijeron que estaba grave, muy grave y quería verlo antes de partir. Blanca se marchó a la calle y nos dejó solos. Nos miramos profundamente a los ojos como nunca lo habíamos hecho y en los suyos vi tragedias nuevas que ya no me serían confesadas.

- *¡Tantas cosas triviales de las que hemos hablado y ahora que podríamos hablar de tantas cosas importantes, resulta que las palabras no sirven para nada!. Tengo el hígado destrozado; sé que me voy a morir pronto y ya ves, en vez de hacerme preguntas sobre la muerte me las hago sobre la vida!. ¡No me digas que no es absurdo!. ¡ Bueno, al menos he escrito en el ABC!.*
- *No te vas a morir, Me lo ha dicho Blanca, no te vas a morir, me lo ha jurado.*
- *No hagas caso, los juramentos de Blanquita ya no son lo que eran Sé que me voy a morir. Y ya ves qué solos se quedan los vivos y encima, cuando elevamos los ojos al techo, al cielo lo único que vemos es una lámpara comprada en “Sepu”.*

Y, efectivamente, se murió, al cabo de no mucho tiempo.

AURELIO JIMÉNEZ

Estaba sentado a una mesa junto a la nuestra en la *Posada del Conde*, en la Plaza de San Javier, cantada por Carrere, en el viejo Madrid de los Austria. Posiblemente tenía entre cuarenta y cincuenta años. Era enjuto, rostro alargado, tirando a bajo en la estatura, gafas de miope, ningún signo externo destacable y sin embargo se veía que era hombre de la cultura. Estaba solo. Inevitablemente entablamos conversación sobre el tema que nos ocupaba y aunque procuraba no humillarnos estaba claro de qué parte estaba la superioridad.

Se ofreció a enseñarnos a fondo el Madrid viejo, Valnadú y alrededores y accedimos con gusto. Y Plaza de la Villa adelante, calle de los Señores de Luzón, tras mostrarnos la única torre mudéjar de Madrid, desembocamos en la taberna *de la cruzada* en la que, nos contó, Alfonso XII, desde Palacio, tan próximo, se escapaba a comer pajaritos fritos, como ahora hacíamos nosotros.

Nos seguimos viendo; sin duda le agradaba nuestra compañía y se incorporó a nuestra tertulia en el Café *La Elipa* en los sótanos de la Iglesia de San José, en la calle de Alcalá, confluencia con Gran Vía. Fue un magnífico cicerone en nuestros paseos por el silente Madrid de los Austria. A lo largo de ellos fue retirando su opacidad que tanto contrastaba con nuestras juveniles transparencias.

Era traductor de un ministerio militar y hablaba tres idiomas. Había residido varios años en París donde había sido una temporada secretario de André Gide. Nos apabullaban sus conocimientos, especialmente literarios y me abrió no pocas ventanas estéticas. Jamás endomingado en su cultura era un hombre de su tiempo, sencillo, natural, la antítesis del pedante. *El pedante, decía, es alguien que no ha asimilado todo lo que ha aprendido.*

Una tarde nos contaba que había nacido en Córdoba, tenía novia a la que amaba mucho pero a la que veía poco y era muy despegada con él. Otra tarde, cómo había conocido a muchos maricones y cómo en cada región el homosexual tenía una psicología diferente.

Por ejemplo, en Andalucía, un homosexual, se puede morir, de ochenta años, sin que en su pueblo pueda decir nadie con fundamento que lo es. Mientras que en el País Vasco, cuando uno se da cuenta de que es marica, lo primero que hace es decirle al vecino: “¿quieres meter tu polla en mi culo o así?”

¡Ha llovido tanto desde entonces! Ahora, cuando ser homosexual no es ninguna infamia, tampoco una honra, y tanto andaluces como vascos *salen del armario* en un santiamén, cada vez que un conocido lo hace, no puedo por menos de acordarme de Aurelio y de la reprimida época que le tocó vivir y cuán vieja ha quedado aquella observación suya.

Una tarde paseando por la calle de Alcalá, frente al Ministerio del Ejército, un hombre vendía libros amontonados sobre una manta, sobre “La filosofía de los valores”, hice intención de comprar uno, pero se me adelantó.

Permítame que se lo obsequie.

Así era de ceremonioso. Seguimos paseando y comenzó a disertar sobre la axiología, sobre Max Scheler, Nicolai Hartman, etc como si hubiera acabado de leer el libro.

-Pues bien ese libro que debe ser muy interesante, no resuelve nada porque seguimos sin saber si las cosas nos atraen porque tienen valores o las valoramos porque nos atraen.

Continuó frecuentando nuestra peña en la que, a pesar de la diferencia de edades, parecía encontrarse a gusto. Una tarde nos dijo, poco más o menos.

-Vds. me han acogido con cordialidad y amistad. Son sinceros y leales y y, tengo mala conciencia por no haberlo sido a mi vez. Me han oído contarles cómo tengo una novia, pero lo que no les he dicho, y necesitan saber, es que mi novia es mecánico de la Telefónica.

Éramos jóvenes, ingenuos, pero jugábamos a cínicos y le dijimos que a nosotros no nos importaba lo que fuera su novia, mas no era cierto y él pronto lo comprendió y alegando que a su novia le habían cambiado el turno, nos abandonó.

EL DOCTOR PIQUERAS

Cuando empezamos, mi hermano Eugenio y yo, a estudiar Derecho en la facultad de la calle de San Bernardo, niño de provincias y además de una ciudad guarnición, base naval y fuertemente castigada por la represión republicana y luego por la franquista, me encontré sumergido en un mundo de ideas en ebullición que me deslumbraron. Aquellos pasillos cochambrosos aunque aseados, con los ventanales abiertos al vano de la escalera, donde se formaban corrillos para hablar con absoluta libertad de cualquier tema como si la Dictadura no existiese y donde los nuevos alumnos comenzábamos a aglutinarnos de acuerdo a las normas de las afinidades electivas, corros que como en la bolsa, traficaba cada uno en una clase de valores. El de los políticos, el de los deportivos, el de los estéticos, el de la juerga, el del estudio...

Si algo caracterizaba aquel universo juvenil tan diverso era que, casi más del setenta por ciento tenía un cigarrillo en la mano, en la boca o estaba pidiendo un pitillo a un compañero. El Estado en vez de prohibirlo lo racionaba, y los cigarrillos se compraban de uno en uno a las cerilleras de la Gran Vía o de los servicios de los bares. El cigarrillo era la prolongación casi natural de la mano del hombre.

No era de extrañar que, de vez en cuando, apareciera por la Facultad, un señor en vísperas de la vejez, alto, de buen porte, cubierto con el inevitable abrigo gris, bufanda y sombrero, repartiendo con la misma humildad que un asalariado, unos folletitos en contra del tabaco en los que explicaba con rudimentarias explicaciones, las terribles consecuencias que para la salud traía, muchas de ellas irreversibles e incitando a los estudiantes a dejar de fumar antes de que el vicio arraigase de manera invencible.

Era un tal Doctor Piqueras. Lo único que llegué a conocer fue su apellido y su profesión y el texto de alguno de aquellos folletos. No creo que lograra el más mínimo éxito como suele acontecer con los que se adelantan a su tiempo, pero no dejaba de sentir por él la admiración profunda que me causaba que un médico, se lanzase él en persona, a una cruzada perdida por entonces, a repartir aquellos inútiles folletos contra el vicio de fumar, sin desfallecer.

Mucho he fumado en mi vida, desde los nueve años, hasta que dejé de hacerlo a los sesenta y puedo asegurar que cuando tomé la decisión la primera persona que se me vino a la cabeza fue la lejana imagen del Dr. Piqueras, subiendo lentamente la escalera de la Facultad.

RAFAEL PEREZ DELGADO

Si al estilo de las *Selecciones del Reader Digest*, me preguntaran por mi personaje inolvidable, sin duda elegiría a don Rafael Pérez Delgado. Fue él el que quitó el pelo de la dehesa provinciana más aún que la universidad y me enseñó desde las altas cumbres de la inteligencia los dilatados valles, los lejanos y hermosos horizontes de la cultura y la libertad.

Don Rafael era un hombre libre. Era un legionario de la bohemia del que *nada importaba su vida anterior*. Él decía que era hijo extramatrimonial de un noble sevillano y que mantenía un larguísimo pleito para obtener la propiedad de una finca llamada “La Bruja”. Se decía que había sido ayudante de Besteiro. Nada cierto. Don Rafael que emergía cada noche entre una espesa niebla, con un gran portafolios cogido entre sus brazos, a su espalda Amable, cordial, siempre con una sonrisa en los labios, vivía con dos hermanas secretas por la calle de la Ballesta a las que mantenía, lo que no le impedía dormir a veces en un banco público o en el sofá de cualquier oficina de cualquier amigo.

¡Con cuanta nostalgia recuerdo aquellas madrugadas del Madrid de los años cincuenta, paseando, Amón, Ignacio Catalán, Pérez Delgado y yo, desgranando el infinito rosario de la cultura, saltando de Kant a Orff, de Heisenberg a Picasso, de Fidias a Gaudí, de Kafka a Chaplin, hasta el amanecer, cuando Don Rafael se paraba a veces y decía.

- *¿Se imaginan cuantos churros se estarán haciendo ahora mismo en todos los conventos de España?*

Para, a continuación, enzarzarnos en una conversación sobre los diferentes gustos culinarios conventuales según las diferentes órdenes.

Se ganaba la vida dando clases particulares y haciendo por encargo tesis doctorales; consumía grandes cantidades de café y cigarrillos que encendía, entre sus dedos llenos de nicotina, con la elegancia de un lord en su club.. Un lobanillo en la frente quitaba ¿o ponía? brillo a su ardiente mirada que chorreaba razón por sus pupilas. Era menudo de estatura , no más de un metro sesenta, enjuto de carnes, mala dentadura y acusado torpe aliño indumentario.

Si en el vestir era descuidado, no en su espíritu. Jamás le oí criticar o hablar mal de nadie y tenía siempre palabras de excusa para las flaquezas humanas. A las prostitutas las llamaba siempre *esas pobres desgraciadas*.

Con Don Rafael fue la primera vez que observé un fenómeno social que me fascina. Se codeaba con gentes de lo más alto de la cultura madrileña y hablaban con él con respeto, en su ausencia, pero estando presente lo trataban con cierto desdén tan sólo porque no había triunfado en la vida, ejercía su bohemia con absoluta dignidad y sólo hablaba de cultura y solamente se movía con la razón. Excepto en los toros. Intelectual, europeo, universal, despotricaba contra la fiesta de los toros, pero más de una vez lo vi en la plaza de las Ventas y estaba más orgulloso de ser amigo del torero Domingo Ortega que de su admirado don José Ortega y Gasset. Al que por cierto, una tarde en la "*Revista de Occidente*" vi y oí, amonestar sin razón a Don Rafael, diciéndole:

- *Rafael, ya está vd. izquierdeando.*

Pérez Delgado se recorría Madrid de cabo a rabo, caminando; no aceptaba subirse a un autobús en el "metro" o en un *taxí* y conseguir convencerlo de que lo hiciera era gran proeza. Caminaba siempre. Hombre de múltiples tertulias iba de una a otra siempre andando. Sus tertulias las tenía jerarquizadas, era como una especie de masonería iniciativa particular y privada, en la que él decidía quien era digno de pasar de un tertulia a otra de nivel superior y no mezcló nunca las churras con las merinas. Tenía, que yo llegara a conocer, una en el "Café Comercial" de la Glorieta de Bilbao, otra en un café de Argüelles, otra en Chamberí, otra en el Hotel Nacional de la glorieta de Atocha, otra en el "Café Teide" de Recoletos, con Eduardo Vicente el pintor, Antonio Diaz Cañabate el escritor, Santiago Amón y yo, y otra la *gran tertulia* en el café "León", que debía ser para él el grado 33, en la calle de Alcalá frente a correos, a la que, haciéndonos un gran honor nos introdujo a Amón y a mí. Esta tertulia era "*La tertulia de Pipaón*", un ayudante de obras públicas que era el catalizador, es decir el que *estaba siempre*.

Pertenecían a aquella tertulia, Julio Caro Baroja, Don Andrés Arbós, Don Ramón Carande cuando venía de Sevilla, un matemático muy celebrado porque había descubierto el número n y no recuerdo quien más. No fui mucho por aquella tertulia porque, como decía antes, en ella don Rafael estaba como arrugado ante aquellos hombres solemnes, y, a pesar de sus *poses* heterodoxas convencidos de que vivían en el mejor de los mundos posibles y si Don Rafael lo estaba figúrense cómo estaría yo, pobre y joven ignorante.

Aparte de la Cultura, la otra gran pasión de don Rafael era la gastronomía. El placer de la mesa lo fascinaba y agradecía una invitación a un buen restaurante más que cualquiera otra cosa. Don Ramón Carande, desde su fecunda ancianidad y su lejanía sevillana, tuvo la gallardía de dedicarle uno de sus libros..... con estas palabras.....

A fuerza de hacer tesis doctorales de encargo, su saber se tornó enciclopédico, incluso llegó a traducir un tríptico sobre indeterminismo, los cuanta y la teoría ondulatoria de la luz., y se llevó a la tumba de cuántos *próceres* había sido *negro*. Algunos supe pero no los diré por lealtad a él; exclusivamente a él.

Dejé de verlo unos meses. Una noche en que paseaba en compañía del escultor Luis Bolarín, le iba hablando de don Rafael y contándole de su más que torpe aliño indumentario, cuando lo vi aparecer por el inicio de la calle de Hortaleza, en dirección a la plaza de Alonso Martínez.

-Mira aquel Sr. que viene por allí es Don Rafael!

Conforme se acercaba pudimos apreciar que Don Rafael vestía un magnífico e impecable terno azul marino, corbata a juego, camisa blanca impoluta, zapatos nuevos y lustrados, rasurado, y pelado reciente y sin su inevitable portafolios.

Con razón, Bolarín me dijo que era un embustero. Nos paramos a hablar; le presenté al escultor, nos dijo que iba al velatorio de don José Ortega y Gasset que había fallecido aquel día. Le dije que estaba preocupado por él, porque no tenía noticias suyas desde hacía meses, ni sabía dónde podría adquirirlas,. Nos dijo que había estado enfermo. Le pregunté por su dolencia.

-Nada de cuidado. Es que, seguramente de no lavarme los pies, se me formó pus entre los dedos y me salieron gusanos. Los médicos no sabían qué hacer. Menos mal que se lo dije al limpiabotas del "Nacional" y me mandó unas cosas que me han curado.

No me pude contener.

-¡Don Rafael, muchas gracias, ha salvado Vd. mi honor!.

Y lo abracé. Y en aquel abrazo iba también mi admiración al hombre que desdeñado por su gran maestro, no vacilaba en acudir a despedirlo vestido con sus mejores galas.

Pasaron los años y me ausenté de Madrid y un día vi, en un perdido rincón de un periódico, una necrológica corta de Don Rafael Pérez Delgado, escrita por Camilo José Cela. No vi otro rastro, otra noticia de su muerte. En el festín de los mediocres nadie se dignó levantar la cabeza del canapé de caviar al paso de su entierro, si es que lo tuvo.

CRISTOBALIA

Extraño personaje Cristobalia que por el año de 1950 recorría el centro de Madrid predicando la globalización con cincuenta años de adelanto. Era bajo de estatura, cabeza barbada y poderosa como de prócer de diccionario, ancho de pecho todo él

irradiaba fortaleza. Se tocaba con un sombrero flexible, no usaba chaqueta sino un chaleco sin mangas y una socarrona sonrisa pueblerina colgaba de su boca.

Cristobalia predicaba el fin de los estados, de las naciones, la igualdad de las razas y de las clases, la desaparición de las religiones y las ideologías y repartía unos folletos, casi octavillas reclamando la creación de una autoridad mundial, un gobierno universal en el que él, Cristobalia, sería el Jefe, el líder supremo. Daba la lista del gobierno; en ella Franco iba de Ministro de la Guerra ¿Contra quien?; Stalin figuraba como ministro de Gobernación; no recuerdo a más ministerios ni ministros, me gustaría ahora poder comprobar si figuraba algún americano, ahora que tanto se habla del gran bloque anti yanqui, para saber si también en esto Cristobalia era un adelantado. A la luz de los acontecimientos actuales podría decirse de él *“y sin embargo había lógica en su locura”*.

Era curioso que Cristobalia, cuando te lo encontrabas en un bar o una taberna, hablaba de muy buen acuerdo mientras no le tocases *su tema*. Si sus circunstancias hubieran sido otras y otros sus medios, su locura hubiera sido la misma, pero de ser una persona inofensiva, como era, se hubiera convertido en un monstruo, así que yo me imaginaba, a la inversa,. A Hitler convertido en un cristobalia de Munich.

Su paso fue, como un cometa sin masa sólida, fugaz. Sin embargo, medio siglo después hay quien lo recuerda. Cristobalia quería salvar el mundo hablando con los viandantes de la Plaza de Santa Ana. Tal vez tuviera razón en esto de que para salvarlo hay que hablar con todos, pero él sólo pudo hablar a unos pocos, cincuenta años antes y con un gobierno mundial disparatado, tan disparatado como el del actual imperio global.

El mundo no puede ser salvado por un solo hombre sino por todos; la desgracia es que es más fácil ponernos de acuerdo para destruirlo que para salvarlo.

EL PADRE LINO

Quienes no han vivido la España de la posguerra, su asfixiante aire intelectual, moral y social, no pueden darse una idea de lo que por entonces significaba un sacerdote; su poder, ante el que cedían incluso los generales, la omnipresencia de la iglesia, sus clérigos y sus fanáticos, verdaderos talibanes de la época, que desde las garitas de guardia de los confesionarios, desde las atalayas de los púlpitos, oteaban un horizonte infinito de conciencias, y desde sus grandes paquetes de acciones, todo lo controlaban hasta la concesión de pasaportes. Tener un amigo cura equivalía a la impunidad. Ahora hablamos, desde nuestra recién conquistada laicidad, despreciativamente de los ulemas y los *mullahs* chiítas, sin acordarnos de nuestros curas y frailes y lo que significaban en España hasta los años setenta del siglo XX.

Visto hinc et nunc, cuando el armario repleto de la homosexualidad, expulsa cada día a miles de personas, tal vez la historia que sigue no se comprenda muy bien, pero como suele decir Pedro Beltrán, sarcásticamente, *hay que ponerse en la época*.

Una tarde cuando Beltrán y yo nos encaminábamos, por el inicio del Paseo del Prado, junto a Cibeles, hacia la escuela de cine, de Elorrieta, en la calle de..... entre el jardín botánico y la fábrica de tapices que a la sazón allí se encontraba, notamos cómo alguien nos tiraba de la coleta en que, por falta de dinero, terminaban nuestras, por entonces, abundantes cabelleras. Volvimos las cabezas. Quien lo hacía era un cura, ensotonado, alto como de un metro ochenta, fornido y aire

masculino, *tó guapo, tó chulo, tó maqueo*, que, a renglón seguido, colocándose entre los dos, nos cogió de los brazos:

- *Artistas ¿eh?*

- *Sí, pero no de zarzuela padre. Y menos de la verbena de la Paloma en versión de la "galería salesiana".* (*) *Dijo Pedro desasiéndose.*

El cura empezó un clerical interrogatorio mientras caminábamos. Nos dijo que era capellán del Ministerio de Marina, que se encaminaba hacia allí porque tenía que recoger unas cosas; que era un cura moderno y abierto al mundo.

- *Por ejemplo, ¿Veis este libro de oraciones? Cualquiera diría que es eso un misal; pues no lo es.*

Abriendo aquel libro con cubiertas de hule negro, nos mostró su interior que no era otro que una colección de novelitas pornográficas de los años veinte, con sus ilustraciones de mujeres gordas, ricitos en la cabeza y saltos de cama que apenas les cubrían sus partes pudendas.

Llegamos a la parte posterior del ministerio y pudimos comprobar que lo que nos había dicho era verdad, porque el cabo de guardia se acercó, lo saludó militarmente, el cura le ordenó que le bajase de la capilla no recuerdo qué. Mientras se lo traían nos dijo que se llamaba Lino y que era de no recuerdo qué lugar del País Vasco. Con absoluta naturalidad nos dijo que era homosexual, pero, *¡Cuidado, de maricón nada!*, que él tenía un par de cojones muy bien puestos y como viera que Pedro y yo nos sonreíamos escépticos, añadió:

- *Es que para ser maricón hay que tener más cojones que el caballo del Espartero. Por ejemplo, vosotros vais al cine, os sentáis junto a una muchacha, le metéis mano, os da una bofetada, se enciende la luz cuando os levantáis para iros. No ha pasado nada. <¡Bah, uno que quería meterle mano a una!>, piensan los espectadores. ¡Bonita hazaña!, ¡¡Para lo que hay que tener valor es para sentarse al lado de un sargento de la Guardia Civil y hacerle lo mismo!!.*

(*) Alusión a una colección de adaptaciones teatrales, "blancas", para representar en colegios unisexuales, de la Iglesia.

Nos acompañó hasta nuestro destino y se marchó. Volvimos a verlo por los alrededores de la puerta del Sol, con cierta frecuencia, pero nuestra amistad no le interesaba. Lo raro era que los *chaperos* tampoco; en su simplicidad de vasco pensaba que era capaz de conquistar a un muchacho joven asaltándolo por la calle. Pero no era tonto. Nos decía:

- Vosotros habláis conmigo porque sois jóvenes y os gusta coleccionar tipos raros como yo . Pero vosotros no me interesáis a mi, porque a mi no me gusta perder el tiempo. Yo voy a lo mío y si queréis reiros compraos un mono.

A pesar de ello le gustaba, de vez en cuando, hablar con nosotros, incluso hacernos confidencias, si no personales sí psicológicas. Fue él el que nos explicó la gran tragedia del homosexual, al que le gustan los hombres pero que no puede acceder a ellos, que sólo puede poseer a otro hombre que sólo lo es en apariencia, pero que en realidad no lo es. Y que cuando cree haber conquistado un hombre resulta que es *un bujarrón*, un hombre al que si va con un maricón es sólo porque quiere dinero y se aprovecha de ese extraño don de entrar en erección con otro hombre .

- Y los hijos de la gran puta se hacen pagar bien, hasta que te sacan la última peseta y luego si te he visto no me acuerdo. Que no os extrañe que locos de celos los maten y luego metan sus cadáveres en un cesto de ropa sucia o en el maletero de un coche.

Por entonces todavía el Ayuntamiento, en Primavera, verano y otoño, colocaba en Recoletos miles de sillas de hierro, en que los madrileños sin posibles veían pasar las horas y los días; a las vendedoras de flores, a los botijeros llenos de agua anisada, niños vendiendo barquillos, adultos vendedores de lotería, una famélica mujer tocando el violín, un muchacho vendiendo sus poemas a cambio de una limosna.

Una tarde de primavera, dos de aquellas sillas estaban ocupadas por mi amigo Miguel Gómez y yo.

- Mira, Miguel, aquel cura que viene por allí es maricón.

Como ya he dicho el padre Lino, tenía un aspecto impresionante de masculinidad y nada en sus ademanes, ni siquiera con la mano, lo delataba. Miguel no se lo creía, pero como quiera que no dejaba de mirarlo, como Miguel era agraciado, el presbítero Lino, cegado y descompuesto se lanzó sobre él sin percatarse de mi presencia , con tal vehemencia que hube de decirle:

¡Quieto, padre quieto!, que es amigo mío.

¡Vaya hombre, tú tenías que ser; ¿De dónde has sacado esta preciosidad?

Yo le dije que de ninguna parte que era amigo mío de la infancia y que tampoco con él tenía algo que hacer, que se tranquilizara y se sentara un rato con nosotros.

Ya sabes que no me gusta perder el tiempo.

Entonces padre, lo mejor que puede hacer es marcharse.

Pero se sentó en una silla junto a Miguel. Pasó un niño portando una gran bandeja de barquillos; lo llamó, le compró tres, nos dio uno a cada uno. Preguntó al muchacho que cuanto dinero sacaba al día. El niño se lo dijo, aunque no recuerdo la cantidad, pero era un pequeño jornal. Entonces el sacerdote, se puso de pie, y cogiendo la bandeja en una de sus grandes manos y contoneándose como una mujer, como yo nunca lo había visto hacerlo, dijo

- Mirad, y eso que es un soso, pero si yo, con mi salero, cojo esta bandeja, en una tarde me saco cien pesetas!

Y empezó vender barquillos a los ocupantes de las sillas próximas. Cuando se cansó entregó la bandeja y el dinero al alucinado muchacho. Lo bendijo:

- Vete con Dios, chico, a ver si despabilas.

No lo volví a ver. Algún tiempo después, Pedro Beltrán, me contó que se lo había encontrado en Correos, tratando de ligarse a un joven y le había dicho, malhumorado por la interrupción, que se marchaba a México donde al parecer esperaba encontrar más facilidades para sus sueños.

EL CHICO DE LOS CHINOS

Allá por el año 1950, la Gran vía, después de las salidas de cines y teatros, era un variopinto *rendez vous*; no solamente de los que habían sido espectadores sino gentes de todas las clases que acudían allí porque allí era donde acudíamos todos, como a comienzos de siglos acudían a la Puerta del Sol. El matrimonio burgués, el chatarrero enriquecido y su querida, el señorito calavera, el estudiante sin un duro, el solitario, el bohemio, el artista, el sacerdote desotonado, la corista, el “extra”, el partiquino, el trilero, el vendedor ambulante de condones (“*fundas para paraguas*,” anunciaba), el poeta, la prostituta que se te colgaba del brazo cada vez que aparecía la policía haciendo una redada, el vendedor de lotería, la cerillera. Entre aquella fauna destacaba un muchacho, un adolescente, tal vez no tendría ni quince años, que portaba colgada de sus hombros, una especie de bandeja con “torraos”, garbanzos asados a la cal viva, para vender. Esa era su negocio aparente; el real era otro. Su negocio era, pura y simplemente *jugar a los chinos*.^(*) Aceptaba cualquier apuesta y ganaba siempre y cuando digo siempre quiero decir siempre; aunque parezca imposible, hablastes tú primero o hablase él, siempre ganaba.

Como es sabido es imposible hacer trampas en ese juego, por lo que la fama del chico crecía como la espuma y era ya cuestión de amor propio jugar contra él. Los *trileros* ^(**) llegaron a ver amenazada su clientela y se quejaron a la policía, de la que con tanta frecuencia eran confidentes y acosaban al chico como si hubiera sido el enemigo público número uno.

Me quedaba largos ratos viéndolo *operar*, tratando de sorprender su técnica, analizando si tenía ganchos que jugasen *conchavados* y que atrajesen luego a los malos jugadores o si él mismo era un gancho para que un *consorte* carterista desplumase a los absortos espectadores. Pero todo fue inútil. Nada descubrí y sin

(*) Los chinos es un juego muy popular en el que dos o más personas, pueden sacar ninguna, una, dos o tres monedas. Los jugadores muestran al mismo tiempo sus monedas y el que acierte la suma de todas ellas, gana.

(**) trileros, (juego de tres cosas) fulleros callejeros que con pasmosa habilidad y rapidez, cambian de posición naipes o medias cáscaras de nuez, apostando sobre acertar donde está un naipe o dónde un guisante etc

embargo aquello era matemáticamente imposible. Nunca lo he comprendido. No se si el genio de Juan Tamariz me lo podría explicar alguna vez.

VICENTE ROS

Mi paisano el pintor Vicente Ros se marchó a Madrid a comienzos del siglo XX, siendo muy joven. Allí se enroló por afición en la bohemia tan bien descrita por Cansinos Asséns, Trapiello o Prada . Nunca tuvo necesidad de *operar*. Con el poco dinero que ganaba, el que le enviaban sus hermanas y la morigeración de sus costumbres, tenía lo suficiente para pagarse el hospedaje, comer y poder asistir a los conciertos ya que la música era su gran pasión. Esa existencia gris y discreta le impidió aparecer en las galerías esperpénticas de los retratos de la época, lo contrario que su amigo Eliodoro Puche, al que un día ya ancianos, me presentó en su estudio de Cartagena, hasta donde había ido el poeta lorquino a saludarlo y al que le oí decir.

- *Fijate Vicente lo que es la vida, yo no he hecho otra cosa que beber y tú que tomar cafés con leche con media, y ahora estamos los dos igual de viejos y jodidos.*

Tuvo Don Vicente una novia, sobrino de la actriz Loreto Prado que, al poco tiempo, se volvió loca y fue su único amor conocido. Fuera de la pintura y los conciertos, enrolado en la *troupe* de Emilio Carrere, se sumergió en la bohemia acomodada de la seguridad burguesa y provinciana, a pesar de su modestia y se entregó en cuerpo y alma al ocultismo del que se convirtió en un fanático. Rosso de Luna era para él el gran oráculo y el velador moviéndose era la sagrada forma con la que comulgaba, mas parecido a rueda de molino que a pan místico.

Por aquella época Don Vicente comenzó a pintar una colección muy hermosa, en tintas planas sobre los grandes iniciados: Apolo, Cristo, Khrisna, Mahoma, Hermes, Buda, tal vez su obra más lograda y también los “kamarrupas”, o espíritus elementales, a punta de lápiz en una grafía perfecta. Tenía esta obra abandonada cuando me enseñó aquellos cuatro o cinco dibujos y fui el que lo animé a continuarlo, ayudado luego por Amón, gracias al cual conseguimos que Juan Huarte le organizara una magna exposición en Kreysler 2, en Madrid. Cuando murió quedó en su caballete un “kamarrupa” en color de gran tamaño que estaba pintando para mí, en agradecimiento.

Coincidiendo con la caída de la monarquía que supuso el fin de su época y que los años pasaban sin que el triunfo llegase, su hermana le montó un bello estudio en Cartagena y lo convenció para que regresara. Pronto se convirtió en el centro de la pequeña burguesía, culta y liberal de la ciudad de provincias, porque él estaba siempre allí, pintando, oyendo música, corrigiendo los trabajos de los alumnos, leyendo o celebrando sesiones de espiritismo. Nunca consintió que en su presencia se soltasen tacos, se hablara mal de nadie o conversaciones procaces o proezas de matones o sangrientas. Su silueta que trataba de imitar a la de Carrere, de una de cuyas queridas pintó un retrato, se hizo pronto familiar en la ciudad y como era hombre cordial y bondadoso, pronto se ganó el afecto de sus convecinos. Hombre de carácter débil, sin percatarse de lo que tenía de contradicción con sus ideas, accedió a iniciarse en la Masonería, por no negarse a la petición de un amigo, pero jamás regresó a la logia., lo que no lo libró de ser juzgado en la posguerra por el tribunal de represión de la Masonería.

Estaba tan convencido de la trasmigración de las almas que no temía a la muerte. Cuando en los primeros días de la guerra civil, por error, unos milicianos fueron a su casa a llevárselo para *darle el paseo*, se sentó tranquilamente en la cama y parsimoniosamente comenzó a cepillar su boina, lo que tal vez le salvó la vida porque dio tiempo a que llegase otro miliciano y los sacara de su error.

Vivíamos puerta con puerta con su estudio y mis padres entablaron una buena amistad con Don Vicente, y cuando yo regresaba de vacaciones me pasaba horas y

horas en su estudio reservado, oyendo música con él o hablando de la cultura que a él le gustaba, la música, la pintura, la teosofía. Como tenía una buena biblioteca de estos temas, con estantes tapados con cortinas grises, por discreción dado lo absurdo de la época, pude leer por ejemplo “*La doctrina secreta*”, de la Blavatsky, que no es poco. Y otros libros a cual más disparatado como uno titulado “Llácer y Dios”, escrito por un médium de Alicante de tal apellido, en el que, entre otras cosas, se afirmaba que Cervantes le había dicho que había escrito “El Quijote” en el reverso de los azulejos de los baños de Argel, que arrancaba uno a uno para tal fin. Y Don Vicente se lo creía. Aunque tanto me reí del pobre Llácer que quemó el libro.

De vez en cuando organizaba alguna pequeña fiesta en el estudio, con sus amigos, donde, a pesar de ser hombre sobrio, a veces se achispaba y estaba tan convencido de que su cuerpo era tan solo la envoltura de su alma que incluso con unas copas de más, cuando tenía necesidad de ir al retrete decía.

-Voy a llevar a orinar a Vicente Ros.

Una noche de verano en calma, Don Vicente se marchó a su casa a cenar y quedamos en el estudio Don Calixto Molina, y yo. Salimos a la terraza a fumar un cigarrillo a la espera del regreso del *Maestro*. Al cabo de una hora oímos la llave en la cerradura, era don Vicente que regresaba y sin acordarse de que nos había dejado allí, pasó directamente a su edículo, a su estudio reservado, encendió la luz y se puso a dibujar. Me dijo Don Calixto.

- Manolo, ¿Quiere que le gastemos una broma a Vicente?

Estuve de acuerdo.

Don Calixto era un gigante con manos y puños enormes, y con ellos comenzó a aporrear la pared que separaba el estudio reservado de la terraza, al tiempo que con voz cavernosa decía.

. ¡Vicente... Vicente... Vicente...”

Pero Don Vicente no se daba por enterado. Cuando ya comenzaron a dolerle las manos a don Calixto entramos, sin que nos fuera preguntado de dónde salíamos. Nos sentamos y Don Calixto dijo:

- *¡Pero Vicente, ¿es que no oías mis golpes en la pared y la voz que te decía: Vicente...!?*

- *¡ Ah, si replicó - el pintor -, pero me creía que era un espíritu!.*

JOSE MARIA ELORRIETA

Lo conocí cuando me matriculé en su escuela privada de cine en la calle.... que luego trasladó al final de la de Ruiz de Alarcón, junto al Botánico. Elorrieta era, *prima facie*, el típico *señorito* de la calle de Serrano. Su padre había sido diputado y debía

haber allegado muchos *posibles*, porque la casa que habitaba su madre, en uno de los bellos barrios de Madrid, era una buena vivienda mantenida con gusto y elegancia y contaba con buena biblioteca. Se había casado con una bella madrileña, hija de un tal Lacy, *croupier* del Círculo de Bellas Artes, quien había proporcionado a la policía la pista cierta para descubrir al capitán Sánchez y a su hija, los asesinos en el célebre *caso del Capitán Sánchez*. Sobre él escribió Serrano Anguita, una novela titulada *Manitas de plata* que, en su época, tuvo cierto éxito.

Elorrieta, tras haber abierto una “boîte” en La Castellana, que hubo de traspasar, decidió que su vocación era el *Cine* y a ello se lanzó. Como nunca tuvo dinero hubo siempre de recurrir a mil inventos y mixtificaciones para poder filmar y le aconteció que rodando en un pueblo de La Mancha *de cuyo nombre no quiero acordarme*, se quedó sin una peseta ni para pagar a él y a su equipo, el viaje de regreso a Madrid en autobús. Hombre de recursos, ni corto ni perezoso fue a ver al alcalde para decirle que también le habían encargado un documental sobre el pueblo y que quería que lo cerrase él con unas palabras. El Alcalde, ufano, se puso las mejores galas, agarró su bastón de mando y se colocó ante la cámara, donde Elorrieta, le hizo repetir dos o tres veces la perorata y la *toma* “para asegurarse que había quedado bien”. El problema era que dentro de la cámara no había cinta negativa. No importaba el Alcalde, agradecido, le facilitó el dinero para el regreso.

En su escuela de Cine, no sé porqué me escogió entre todos los alumnos de dirección, como su *escudero* y así entré en su intimidad. Estaba casado con una mujer excepcional, Pilar De Diego, vivían en el número 6 de la calle de Goya, donde tantas veces nos reuníamos a improvisar cenas y a charlar hasta la madrugada.

José María Elorrieta debía andar por entonces en los cuarenta años. Era más bien alto, rubio entreverado el pelo, las cejas y el bigote. Tenía un hablar vacilante y como dubitativo, ojos azules y buen gusto en el vestir.

Una tarde caminábamos por la Plaza de Colón, Beltrán, él y yo, hacia el Café *Gijón*, cuando, como despeando nos dijo:

¿Porqué no hacemos una película?

Sabíamos que él no tenía ni cinco céntimos y le preguntamos que con qué dinero.

- *¿Cuánto dinero tenéis?*

Pedro no tenía nada; yo treinta y cinco pesetas. Se lo dije.

- *¡Dámelas!*

Y la película se hizo, yo fui el ayudante de dirección, aunque figure como “meritorio” porque no tenía el carnet del Sindicato del Espectáculo que hubo de “prestar” un tal Torrecilla. Cómo se hizo *Encuentro en la ciudad* daría lugar a un guión cinematográfico. Por de pronto, como en el *dúo de la africana*, nadie cobraba, todos íbamos a porcentaje Pero claro, había gastos inevitables, por ejemplo, pagar el celuloide en el que filmar lo rodado. Y no lo había en el mercado; salvo unos pequeños cupos, había que comprarlo de *straperlo* en el mercado negro y quien lo monopolizaba era un tal Gonzalo, millonario. El problema era que Elorrieta ya le había comprado material para una película anterior y había tardado en pagárselo más de un año. Pero Elorrieta no se arredraba por esas minucias. Compró un sombrero nuevo a Jose Luis Monter, que iba a ser el jefe de producción (luego no lo fue no recuerdo debido a qué) y un puro y se marcharon a ver al tal Gonzalo. Como era de esperar los recibió en una actitud absolutamente negativa; Elorrieta no le merecía ningún crédito. Éste insistía, perjuraba, aseguraba, fantaseaba, pero el otro se mantenía en sus trece

A José Luis Monter y a su hermano Miguel, su padre los había echado de su casa en el mes de Julio y estábamos a finales de Octubre de un otoño madrileño especialmente frío, y José Luis aún vestía un ligero traje de verano y zapatos calados. Cuando la negociación parecía que se había atascado, Monter que había permanecido en silencio, lo rompió para decir.

- *Bueno, no se hable más, la operación la avalo yo.*

- *¡Ah, bueno Sr. Monter, si Vd. avala las letras ya es otra cosa!*

El tal Gonzalo no debía concebir que alguien, todavía vestido de verano en aquellas fechas, el traje raído y zapatos de rejilla, fuera otra cosa que un millonario excéntrico. Y accedió a vendernos el material, firmando Monter como avalista.

Una noche rodábamos en la Plaza Mayor. Habíamos instalado el *travelling* bajo los soportales, enfocando la cámara hacia el arco de cuchilleros y más concretamente hacia un restaurante que se llamaba “El Púlpito”. Elorrieta se había marchado a cenar y me había dejado encargado de ensayar las luces y el movimiento de la cámara y de pronto en la puerta del restaurante apareció un caballero, llevando de cada brazo a una mujer despampanante . Al verse enfocado por una cámara de cine e iluminado por los focos, se desasíó de sus acompañantes, se tiró al suelo y a gatas, llegó hasta mí descompuesto, demudado, pálido. Quería comprar lo rodado, pagar lo que fuera; yo intentaba tranquilizarlo asegurándole que no estábamos rodando, que sólo ensayábamos, pero el hombre insistía, tenía dinero, decía, y pagaría lo que yo le pidiera, lo único que pedía era que abriéramos la cámara y velara la película. No accedí, le aseguré cien veces que no se preocupara; se serenó y se marchó aunque no muy convencido.

Cuando Elorrieta regresó y le conté lo sucedido, se descompuso a su vez. Me tildó de majadero, de imbécil, de negado para el cine.

- ¿No te das cuenta de lo que has hecho?. Ese hombre podía habernos salvado económicamente la película. Si llego a estar yo aquí, esta noche se deja cien mil pesetas. ¡Vaya putada!

Como llovía sobre mojado, comencé a apartarme de él. No resistía que me echara las broncas en público, y luego me pidiera perdón en privado. Además no iba conmigo la despreocupación con la que dirigía. Pero le he estado siempre agradecido a lo que con él aprendí y sobre todo cómo se puede hacer una película con treinta y cinco pesetas.

FRANKESTEIN

No debía de tener más edad que yo y debía vivir por las cuevas de Ventas. Nunca supe cómo se llamaba y a pesar de su agraciado aspecto me resultaba repulsivo. Se dedicaba a la explotación de *monstruos*, no en un circo, que estaba además prohibido por bien de la sensibilidad pública pero por mal para los monstruos, sino de manera ambulante, explotándolos para despertar la misericordia de los viandantes y obtener una limosna.

Era frecuente verlo ya guiando a una pobre mujer, enlutada, con un pañuelo a la cabeza, que carecía de cuencas de los ojos y sólo tenía dos agujeros para respirar y otro que hacía las veces de la boca, ya acompañando a un pobre hombre delgado, cuyos brazos estaba unidos por su extremidades sin manos, ya llevando, en una silleta de mellizos, a dos hermanos muy pequeños siameses, unidos por la cabeza, o a un adolescente al que las manos le salían de los hombros.

Hubiera sido un buen representante de artistas ante la corte de Felipe IV si hubiera nacido unos cuantos siglos antes y ante las cadenas de televisión si hubiera nacido unos años más tarde.

CLARA OTERO

Me la presentó, en el “Gijón”, mi entrañable Eugenio Novoneyra, cuando así se firmaba y escribía bellísimos poemas en castellano, antes de ser Uxíu Novo. Clara era también gallega y hermosa. Tenían un gran parecido con Capuccine. Nunca vi sobre su piel blanca ni un milímetro de maquillaje o “rouge” y no había nada en ella que despertara, en mi al menos, un átomo de *sex appeal*. Una noche nos dijo que no tenía donde dormir, ni un céntimo y que en la pensión le habían dicho que si no pagaba no entraba. Estaban con nosotros mis paisanos los pintores Ramón Alonso Luzzy y Enrique Gabriel Navarro, por entonces estudiantes de Bellas Artes, y conmovidos movilizaron sus escasísimos recursos para que Clara pudiera dormir aquella noche en su pensión. No solo eso sino que la acompañamos hasta la puerta.

Al día siguiente Clara tributó un merecido elogio a mis amigos, me preguntó si irían esa tarde por el café, los contesté que no lo sabía, me dijo que quería darles otra vez las gracias. Le dije que no merecía la pena.

Pasaron dos meses antes de volverla a ver por el “Gijón”. Algo había cambiado en ella pero no podía precisar qué, tomamos café y en el rodar de la conversación se confesó conmigo. No comprendía a los artistas. Si había venido a Madrid no era porque quisiera ser actriz, pintora, escritora. Había venido porque estaba asfixiada por su ciudad y su absurda moral y su lamentable familia de militares. Sencillamente había venido a Madrid a perder su virginidad, convencida de que mientras no la *desprecintaran* no podría realizarse ni como mujer ni como ser humano

- *.Mientras no pierda mi virginidad no dejaré de ver el mundo a través de telarañas.*

Yo le pregunté que porqué no lo había hecho en su ciudad y me dijo que de ninguna manera, que nadie debía enterarse de ello y que si lo hacía con cualquiera de allí exhibirían su virgo como un trofeo de caza y se convertiría en una puta ante la repugnante clase media a la que, por desgracia, pertenecía.

Había pensado, con lógica, que el ambiente más propicio sería el de los artistas con fama de crápulas, sinvergüenzas, mujeriegos y conquistadores, pero nada de nada. Coqueteaban, se insinuaban, ella empleaba el truco de que no tenía dinero para la pensión, siempre con el mismo resultado; si alguno *se arrancaba*, tan pronto ella le decía que era virgen se echaban para atrás. Así que le pagaban la pensión y huían, pero ninguno se la llevó a la cama.

Buena prueba de lo poco que se follaba en España, en los ambientes más o menos artísticos, es que una mujer como Ava Gardner, que vivió quince años en Madrid, y necesitaba hacer el amor casi a diario, tenía poco menos que mendigar los polvos, al primer hombre con que se tropezara fuera camionero, soldado o empleado de gasolinera.

Clara, desesperada y desengañada de tanta presunción sexual intelectual, una tarde se marchó a “El Abra”., un bar de lujo enfrente de “Chicote” con salida también a Caballero de Gracia, cuya barra tenía fama de atraer a las prostitutas mejores de Madrid. Pidió un café y esperó. Al poco un hombre con aspecto de chatarrero de

Bilbao, se sentó en el taburete de al lado y la invitó a una copa. Clara aceptó y luego el chatarrero de Bilbao le preguntó:

- *¿Cuánto?*
- *Nada, replicó Clara*
- *¿Hoy no trabajas, estás con la regla?*
- *No, no que no te cobro nada.*
- *¿Que te vienes conmigo y no me vas a cobrar?*
- *Exactamente.*

El hombre no se lo podía creer y reía incrédulo, rascándose la cabeza como buscando el busilis de la cuestión.

Y además tengo que decirte otra cosa. Soy virgen.

El millonario de Bilbao soltó una carcajada que hizo mirar a toda la clientela.

Y se fue a la cama con ella convencido de que estaba chiflada. Grande fe su sorpresa cuando pudo comprobar que Clara no le había mentado.

Acostumbrado a un mundo de sexo mercenario, se enamoró locamente de ella. Clara había cumplido su objetivo y no quería saber nada más de él y lo que era peor, había comprobado que la pérdida de su virginidad no había cambiado nada dentro de ella y que sus demonios interiores seguían bailando en el escenario de su espíritu. Con virgo y sin virgo, Clara no sabía qué hacer con su vida. Pero un hombre enamorado y con dinero es más pesado que un tábano, y a fuerza de regalos, rendiciones morales y halagos consiguió que Clara accediera a instalarse en una habitación del "Ritz" que tenía él reservada. Este fue el momento en el que nos volvimos a encontrar.

Pasó tal vez un año, tal vez menos y una noche, estado en la "Cueva de Sésamo", vi entrar a Clara con unas amigas y unos amigos. Se sentaron en una mesa. Me acerqué a saludarla. Me pidió que me sentara en un taburete a su lado. Me dijo que seguía con el Sr. de Bilbao, pero que estaba desesperada, porque era un celoso

patológico, hasta el extremo de que cuando se marchaba a su ciudad, cogía toda la ropa de Clara, incluidos abrigos de pieles y zapatos, y lo encerraba todo en el armario, con llave y no lo abría hasta que regresaba. Resultaba asombroso que aquella muchacha que había huido de la mediocridad de una ciudad de provincias para liberarse de todos los “tabús”, cuyo paradigma era su virginidad, aceptara resignada su condición de esclava sexual de lujo.

Aquella noche pudo salir porque había podido esconder debajo de la cama aquel abrigo como de felpa blanca y aquellos zapatos.

- *Mira si no es verdad.*

Y abriendo con sus dos manos el abrigo, mostró su cuerpo desnudo y blanco.

El pintor Ignacio Ribes, un romántico trasnochado, lo vió, encargó al camarero una botella de Champagne, se arrodilló ante ella, le quitó un zapato, vertió en él el cava y lo bebió.

Hasta aquel momento la escena podía haber sido hermosa, a partir de ahí era ridícula. Y me marché. No volví a ver a Clara.

UN CAPELLAN

No sé porqué, distando menos de trescientos metros, los albergues universitarios masculino y femenino en La Granja de San Ildefonso y con un solo capellán para ambos, éste residía en el de las mujeres.

Si alguna vez supe su nombre pronto lo olvidé. Era un hombre joven, alto, de buena figura, agraciado de rostro. Su condición sacerdotal y la obligación de verter siempre traje talar que atraía las miradas de la gente joven sobre él, pensaba yo, le hacía rehuir el trato con las universitarias del albergue y procurar el de Román Ayza y el mío.

Paseábamos por el Real Sitio, por los jardines de Palacio, conversando de filosofía, de arte, de la actualidad, de historia. Muchas tardes nos sentábamos en una terraza de un bar en la que también se reunía el coronel del campamento de la milicia universitaria y su oficialidad. Una tarde en la que el coronel contó un chiste coreado con una generalizada carcajada castrense, el capellán, al ver que un comandante no se reía, dijo: - *Ese ha debido de leer a Bergson.*

No sé si aquel jefe lo había leído o no, el que no lo había leído era yo y hasta que no lo hice unos pocos años más tarde, no comprendí lo que el curita aquel quería decir que no era sino una referencia al chiste que el filósofo francés introduce en "La Risa", respecto de aquel asistente a misa que no se ríe del chiste del párroco porque no es de la parroquia.

Como se puede deducir de lo dicho era hombre culto, pero decía: *esto de la cultura no sirve para nada, es como coleccionar sellos, una afición como otra cualquiera.* Con gran indignación de Tormoye que hacía de la Cultura una de las barreras de las elites y por tanto de la nobleza, contra la *invasión vertical de los bárbaros*. Los dos eran orteguianos y fueron ellos los que despertaron en mí el interés por nuestro gran filósofo. Yo entonces aceptaba todo aquello como artículos de fe y a pesar de las críticas que se le puedan haber hecho a Ortega no se le podrá negar ni su inmenso talento ni el haber enseñado a pensar a una generación de españoles, que no es poco.

Alguna tarde el capellán y yo nos enzarzábamos en discusiones religiosas con gran regocijo de nuestro amigo el barón. El tenía a su favor la teología y una cultura superior a la mía, pero yo tenía de mi parte a la razón. Recuerdo que una tarde, que se hablaba de la infinita sabiduría de Dios, se me ocurrió decir: *No será tan sabi, cuando este mundo que es una mierda, lo creó al segundo intento.* El cura se indignó, pero yo le dije:

- *No se altere padre porque he leído en una revista francesa, que lo primero que creó Dios fue el mundo de los dinosaurios.y que lo destruyó enviando un meteorito, debido a lo mal que le había salido, luego lo intenta y le sale esto. Respecto a la idea de Dios sobre la creación y la bondad ya se ve, todo se reduce a que los animales grandes se comen a los pequeños...*

- Pero ¿Quién demonios eres tú para juzgar la obra de Dios y sus designios? ¿Cómo puedes siquiera pretender entenderla con esa pequeña razón que Dios nos ha dado? Háblame de Jesús, no me hables de Jehová.

- Pero también los sacerdotes Tienen limitada la razon ¿De dónde le puede venir un conocimiento del más allá - terció Román - Jesús era hijo de Dios ¿Qué parentesco tenían si no?.

- También hijo, también, pero para penetrar en el misterio, dice Meternick, hay que apagar la luz de la razón.

- Si se apaga la luz de la razón, puedo creer hasta que los burros vuelan .

Dijo Tormoye

Su fe estaba machihembrada con su vida como una perfecta cola de milano; ningún resquicio había entre una y otra; ambas componían un cuerpo sólido e indisoluble. Buen polemista sabía defender a su iglesia con astucia. Cuando, por ejemplo yo, traía a colación a Santo Domingo y los albigenses, o la Inquisición, decía:

- ¿Y porqué no hablamos de San Juan de Dios, de San Francisco de Asis, del Padre Damían?. Porque la Iglesia no es sólo una de sus partes. Tú dices que el pensamiento de la Iglesia es irracional y qué me dices de Huarte de San Juan? ¿Hay alguien más materialista que él?.

Yo por entonces no sabía quien había sido Huarte de San Juan

-Padre ¿No estará Vd. abusando de mi ignorancia?. Yo no sé lo que decía Huarte, pero sí lo que decía Santo Tomás de Aquino cuando decía que a los herejes había no solo que apartarlos de la iglesia por la excomunión sino por también por la muerte

En algunos momentos, hablando de aquellos temas tan elevados en aquel paisaje me parecía verme transportado a una pequeña corte alemana del siglo XVIII, a la Weimar de Goethe por ejemplo o al menos con Eckermann sin el talento de aquel pero desde luego con muchos más conocimientos debido tan solo al tiempo transcurrido.

Ya muy avanzado el verano, la Jefa del albergue femenino vino a pedirme un favor, poniendo en ello mucho interés.

- Mira, el cura no se lava, ni se baña, ni se ducha, y echa una peste que corrompe; las mucamas no quieren arreglar su habitación, nadie se quiere sentar a su mesa y mucho me temo que no van a querer ni recibir la sagrada forma de sus manos.

- Bueno, pero ¿Qué puedo hacer yo?. Pregunté.

- Tú como hombre lo puedes abordar con él con mayor facilidad.

No sé cómo, pero acepté el encargo y una tarde invité a merendar al cura a nuestro albergue. Le insinué que se cambiase al nuestro y lo rechazó indignado. En el de las chicas tenía una habitación para él solo y en el nuestro eran todos dormitorios comunales. Luego lo invité a visitar el albergue y la batería de doce duchas con agua caliente y fría y como de pasada le dije:

- Padre, si. le da apuro utilizar las duchas del albergue de las chicas, ya ve que aquí nos sobran y no tiene nada más que venir y utilizarlas.

- ¡No, hijo, no, muchas gracias, pero de ninguna manera, yo no me ducho ni me baño nunca!

Terminó el verano y regresamos a Madrid; a los muy pocos meses colgó la sotana por las buenas y se fue a vivir con una de las albergadas a las que tanto problema les causaban los olores corporales del capellán.

EL BARON DE TORMOYE

Se llamaba Román Ayza y Suárez - Castiello. Debió nacer hacia 1916 porque había sido alférez de la Legión durante la Guerra Civil y fue uno de los primeros de entrar en Madrid con las tropas de Franco. Su padre, del que heredó el título de Barón de Tormoye, concedido por Felipe II, (Era también marqués del castillo de la Serrezuela pero éste no sé de quien lo heredó), había sido uno de los sostenedores financieros de la Falange y especialmente del diario "Arriba" , antes del 18 de Julio de 1936. No lo había fusilado Franco de milagro, porque habiendo ocupado un pueblo, el jefe militar miró para otra parte mientras las *fuerzas vivas* se dedicaban a asesinar a cuanto *rojo* cogían. Román protestó ante su superior y éste le dijo:

-Yo no puedo controlarlo todo.

Y entonces Román sacó la pistola y apuntando a su jefe le dijo:

-Si Vd. no puede controlarlo, yo sí puedo ¡Fuera!

Fue un mínimo golpe de estado militar. Tuvo la suerte de que su superior fue lo bastante sensato para no dar parte del suceso y se limitó a encargarlo de que cesaran los asesinatos, tarea que Román llevó a cabo, al parecer, con contundencia.

Cuando lo conocimos preparaba el estreno de “La estrella de Sevilla” con el TEU que se estrenaría en el Teatro Español y se ganaba la vida dando clases particulares y escribiendo alguna colaboración en revistas universitarias. Comía en el comedor universitario del SEU con una beca que le había concedido el Sindicato. *Fumaba* continuamente hasta el punto de que lo he visto llegar al comedor universitario enfundado en su *trenka montgomery*, meter la cuchara en las lentejas, y sacarse el abrigo, sin soltar la pieza del cubierto que tenía en una mano ni el cigarrillo que sostenía en la otra y es que fumaba mientras comía. Cucharada – chupada;-cucharada chupada. Fumar mientras comíamos lo llamábamos fumar un cigarrillo *a la tormoye*.

Enjuto, no llegaría al 1.70 de estatura, pelo alborotado, la frente estrecha, siempre sin peinar, no se sabía bien si tirando a rubio o a canoso, facciones afiladas, miope, y tras los cristales de las gafas unos ojos vivaces, sardónicos, penetrantes.

Vivía *de pensión* en casa de una señora, en la calle de Hermosilla que lo tenía por único alojado y lo cuidaba con esmero. Una tarde que fui a verlo, entró la huéspeda a llevarle un café y Román le dijo:

-Ande, enséñele a mi amigo el saco del dinero.

-Venga, venga jovencito, acompáñeme..

Me llevó a su alcoba, abrió un armario y allí entre abrigos y vestidos colgados había un saco repleto de billetes de todos los valores.

Le dije a Román que aquello era una insensatez y que si le robaban el primer sospechoso iba a ser él. Se reía.

-¿Cómo voy a ser sospechoso si me ha querido dar el saco veinte veces y no se lo he aceptado?.

A su manera Román era astuto. Se le metió entre ceja y ceja obtener el carnet de periodista empresa harto difícil por entonces pues los concedía a su antojo el director general de prensa, Juan Aparicio. Su padre había sido uno de los grandes

financiadores de La Falange y especialmente del periódico “*Arriba*”, así que se fue a verlo. Recibido muy amigablemente, Román le dijo:

-Mira Juan, vengo a pedirte que me nombres agregado de prensa en una buena embajada.

El director general se echó las manos a la cabeza. Lo que le pedía era una empresa imposible, incluso para él, tenían que ponerse de acuerdo tres ministerios, lo sentía mucho pero no podía ser. Entonces Román bajó sus pretensiones, se conformaría con que lo hiciera director de un periódico de Madrid o de Barcelona. También resultó imposible. Luego se conformaba con que lo nombrara director de un diario de provincias. Tampoco podía ser. Y entonces Román, con ademán de resignación exclamó:

- *Está bien Juan, ¡Dame aunque sea el carnet de prensa!*
- *¡Ah, bueno, eso ya es otra cosa!*

Y se lo dio. No se para qué porque Román jamás ejerció la profesión.

Aunque no se supiera que Román era un aristócrata, todo en él delataba su condición, incluso en su manera de comer, de fumar, de hablar o de vestir. Román vestía siempre unos trajes magníficos de la moda del año anterior con todos los detalles de la elegancia de entonces, incluso el lustre y las rozaduras, tal como se veían en la *City*. ¿De dónde salía el dinero para aquel esplendoroso *fondo de armario*? ¿Del armario de su patrona? Un día me confesó su secreto. Había en el *Rastro* una tienda donde los nobles y millonarios o sus mayordomos, llevaban a vender sus trajes cuando acababa la temporada y allí iba Román a vestirse.

Convivimos los dos veranos que mandé el albergue universitario de *La Casa de los perros*, de apoyo al campamento de la milicia universitaria del Robledo, en La Granja de San Ildefonso. Estábamos prácticamente solos porque aparte de nosotros estaba sólo el bueno de Domingo Mendieta, la cocinera y una chica de servicio., aunque algunas cortas estancias del actor y guionista Pedro Beltrán o el magnifico director

teatral Salvador Salazar, desgraciadamente apartado muy pronto de la escena, introducían alguna variación a la monotonía. Es decir estábamos condenados a la permanente presencia desde que amanecía.

Por las mañanas íbamos a bañarnos al Eresma, a través de un sendero tras el palacio de la familia política del ministro Ibáñez Martín, allí, sobre una desnuda piedra, un crucero con una inscripción *aquí predicó San Vicente Ferrer*.

Me parecía absurdo que alguien hubiera predicado en aquel paraje solitario; que era predicar en desierto, es decir dar un sermón perdido, pero allí estaba el testimonio. Lo comenté con Román y me dijo:

-Para predicar disparates no es mal sitio

Después de cenar, nos íbamos a las respectivas literas en uno de los dormitorios comunales, tras coger Román una pera, sin cuyo olor decía, no podía dormir. Y comenzaba el suplicio para el bueno del administrador Domingo Mendieta que sólo quería dormir y no le apetecía ni hablar de arte, ni de historia, ni filosofía y mucho menos escuchar todas las noches el concierto para violín y orquesta de Beethoven, hasta que desesperado optó por marcharse a otro dormitorio.

Y es que, inevitablemente, Román me leía un capítulo de su *obra fundamental*. Un denso e inteligente libro de filosofía y me obligaba a comentarlo y controvertir cada capítulo. Sólo recuerdo con claridad un concepto que me cautivó: cómo cada acto de la vida tiene dos vertientes, una concreta y otra trascendente, como en un tejado de dos aguas, una vertiente vierte sobre lo inmediato, otra va aportando su agua a la totalización de la existencia y es la presencia de la muerte.

-Eso sucede también en un film, cada plano tiene una vertiente inmanente, su valor en sí, otra su aportación al suspense y a la película como totalidad, pero también en cada plano ha de estar presente el "the end".

Le gustó el paralelismo y me dijo soltando una de sus soterradas risitas:

- Es verdad, ahora ya podemos escribir juntos un guión.

No lo hicimos nunca, aunque lo intentamos, porque el mundo ideativo y expresivo de Román estaba muy lejos del mío. Sabíamos cómo construir un guión pero no teníamos guión que construir.

Apareció por las cuevas de Sésamo, un jovencito de dudoso sexo, afirmando ser el barón de Tormoye. Nosotros en guasa le dijimos a Román que era un impostor, porque el verdadero Barón de Tormoye era el que iba por Sésamo. Nunca había lo visto tan violento y tenso y anunció que aquella noche se presentaría en “Sésamo” a desenmascarar al impostor. Y lo hizo con tan buena suerte para el falso barón que aquella noche no fue. Hecho un basilisco le dejó una tarjeta a Pepe el camarero, donde rezaba bien claramente su título

-Tenga vd. la bondad de dar esta tarjeta a ese señor que dice ser el barón de Tormoye; que yo vendré y como me lo encuentre aquí lo abofetearé con mi guante más viejo y usado.

Está claro que el falso barón no volvió más, pero no por eso olvidó su condición noble y años más tarde apareció con otro título, esta vez no sé si falso, y convertido en un cotizado adivino.

De él heredé algunos latiguillos, como el decir en vez de “estar desnudo”, estar en *riguroso traje de paisano*, o decir *:es que estoy ya viejo y usado*; o despedirme en los anfitriones, diciéndoles *todo muy rico y muy abundante*, que en mi fuero interno siempre le dedico a él.

Y perdí de vista a Román. Excepto una vez, pasados muchos años, que lo vi intervenir en debate televisivo a propósito de la monarquía que él defendía con vehemencia e inteligencia. No había cambiado mucho pero se le notaban los años.

En el verano de 2003, creo que fue por entonces, los periódicos me trajeron su penúltima noticia. La más sorprendente, el Palacio de Román Ayza, Barón de Tormoye, en Sevilla, paredaño con la *Casa de Pilatos*, había sido destruido en un incendio. ¡Román Ayza, el casi indigente barón de Tormoye tenía un palacio en Sevilla en el que residía desde hacia años! La noticia daba cuenta de que la causa

del incendio se desconocía pero que el sobrino del barón y copropietario culpaba a su tío por negligencia, porque había salido y sólo le había dicho, como al descuido, *avisa a los bomberos que arriba se quema algo* Y se quejaba de la riqueza en obras de arte que el incendio había destruido.

La última noticia me llegó unos días después, El Barón de Tormoye había fallecido en Sevilla. ¿Qué sería de su *obra fundamental*? Me gusta imaginar que fue con ella con la hizo la tea que destruyó su insospechado palacio.

JOSE JUAN TAMAYO

Si ha existido un hombre que amase la libertad por la libertad misma ese fue José Juan Tamayo (Juan era su primer apellido). A su padre lo asesinaron en Cartagena, su ciudad natal, durante la guerra civil en zona republicana, lo que no le impidió toda su vida ser un izquierdista radical, con lo que ya demostraba la independencia de su criterio libre de prejuicios y condicionamientos.

Debió nacer en Cartagena hacia 1925, ciudad a la que guardó cierta lealtad especialmente a sus amigos de la infancia, con los que se reunía una vez al año. Desde muy joven hubo de trabajar para ganarse el sustento. Marchó a Madrid empleado en una empresa de petróleos, lo que no le impedía trabajar como “extra2

de cine o intervenir como actor en un “spot” publicitario; se casó y tuvo hijos; colaboraba haciendo chistes para el diario *Madrid*, del amigo de su padre Juan Pujol, pero decidió que la vida es una farsa si no se vive libremente y él no era hombre de farsas.

De agradable aspecto, había tenido pujos de galán y trabajado como “extra” de cine. Buen dibujante, con excelentes ideas, era un buen creativo publicitario al que no le faltó nunca trabajo pero sí muchas veces ganas de hacerlo y más si las ideas tenían que venirle durante un horario laboral. El dinero que ganaba, bueno, sólo parte, lo entregaba en su casa y así pudo sacar su mujer sus hijos adelante que, como suele suceder con los padres abdicativos, pronto se situaron en la vida liberándolo de toda obligación.

Montó su vida paralela, radicalmente existencial en la que tan solamente contaba el hoy; cada día era una realidad mágica y distinta y por lo tanto había que vivirla de manera diferente. Más aún, cada hora era una aventura que no podía ser desperdiciada.

Convencido de sus capacidades para encontrar siempre un trabajo y tendiendo asegurada doblemente la retaguardia en el hogar conyugal y un apartamento privativo, se dedicó a respirar el mundo a pleno pulmón. José Juan no se propuso jamás triunfar nunca en nada: ¡bah, el triunfo es cosa de la semana que viene! Otras veces decía: *¿El triunfo?. El triunfo es una necrológica en el ABC! Ya lo decía Kipling, ¿Cómo era?. ¡Ah,. si aquello de “si sabes enfrentarte con triunfo y derrota y tratar de igual modo a esos dos impostores”^(*).*

De vez en cuando se *colocaba* en grandes agencias con muy buenos empleos creativos, con grande sueldos pero le faltaba el aire y los dejaba o se los cedía a un amigo y él se marchaba, eterno *free lance*, sencillamente a vivir. Para él, en gran medida, vivir era reírse. En cierta ocasión el director de una gran agencia le encargó el diseño gráfico de una campaña, Tamayo le llevó un adelanto, le gustó, le dio un

^(*) Pongo aquí el texto de Kipling, en la traducción de Valverde, porque me parece la mejor; él recitó otra mucho peor, cuya literalidad no recuerdo.

adelanto, pero luego hizo introducir ciertas variaciones a sus empleados y a Tamayo ya no le quiso pagar ni una peseta. Éste no se dio por enterado, pero como sabía que tenía una muy buena relación con la mujer de Franco, gracias a la que se le abrían muchas puertas, se hizo hacer unas tarjetas de visitas del gran publicitario, fue una buena bisutería, encargó un broche y se lo mando al Pardo a *La Señora* el día de su santo. No hay que decir que el hombre perdió ya todo acceso a tan alta aldaba, sin que pudiera nunca explicarse la causa. Y Tamayo reía, reía, reía.

Todavía creo que conservo de él un dibujo que me regaló en el que se representaba, escurriendo un reloj de arena con sus manos, comoun limón y el zumo cayendo, en gotas, sobre el mar.

Pepe Tamayo estaba poblado de un mundo de ideas para campañas publicitarias, en abstracto y cuando lograba cuajar una y la vendía se olvidaba de todo y lo mismo se dedicaba a perseguir a una hermana de la caridad, incluida su altanera toca, que aguardaba ante él en un semáforo hasta levársela a la cama aquella misma tarde y devolverla al convento a su hora, en la mejor tradición española, que se iba a comer gratis a un banquete de bodas avisado por un camarero amigo, *¡No sabes la cantidad de amistades que se hacen!*, que se pasaba una noche entera dibujando en su estudio. Se metió una tarde en un confesionario que había observado no lo ocupaba ningún sacerdote, con la esperanza de que se acercase alguna mujer a volcarle sus pecados, ninguna lo hizo, se quedó dormido y despertó con el templo ya cerrado; siendo director artístico de una importante agencia entró en el despacho del director general y le dijo, “Aquí le presento a mi sustituto”, ante el estupor del Director que no tenía ni idea de que Tamayo se marchase y que no imaginaba que se tomara aquella atribución y fue el caso que aceptó aquella sustitución, aunque parezca increíble.

EL REY DE IRLANDA Y LA OPOSICIÓN REPUBLICANA

No he conocido nunca caballero más cumplido que Darío Valcárcel, marqués de O'Reilly. Hombre culto, correcto, afable e inteligente, había escrito una novela muy interesante aun para el gusto de hoy, titulada "*el club de los noctámbulos*". Era uno de esos nobles, tal vez escasos, que, como Tormoye, justifican a la nobleza. Me parece que estaba casada con la buena pintora que fue Aurora Lezcano. No se donde le venía el título, tal vez de Don Alejandro O'Reilly y Casas, general de origen irlandés ya afincado en España en el s. XVIII. Vivía en un hermoso y antiguo palacio de la Calle del Sacramento.

Lo conocí, tal vez en 1950, un verano en la terraza del "Gran Café de Gijón" (*El Gijón*) en el Paseo de Recoletos, debía tener alrededor de los cincuenta años, era alto y de esbelta figura de oficial colonial británico y, por lo que recuerdo, tenía el cabello lacio. Vestía estrafalariamente, camisa negra, pantalón de montar y botas altas y llevaba una fusta en una mano y en la otra unos papeles manuscritos llenos de enmiendas y tachaduras. No recuerdo con qué motivo se sentó a nuestra mesa. Me cayó simpático hasta cuando comenzó a desvariar, porque si en su locura no había lógica, si había en ella una cierta estética y una gran ética que como decía Lenin era la estética del futuro.

Se intitulaba Rey de Irlanda en el destierro que se preparaba para establecer la monarquía en su isla a cuyo efecto preparaba una fuerza expedicionaria. Aquellos papeles que llevaba no era otra cosa que la proclama que había ya preparado para el pueblo irlandés.

Resultaba que ya tenía su *estado mayor*, de gentes muy ilustres de Madrid (y era verdad) que por hastío o diversión le seguían, aparentemente, en su fantasía. Su hablar era intermitentemente coherente y mientras no saliera a relucir *el tema*, incluso brillante.

Nosotros llegamos todavía a alcanzar algunas sinecuras en la nonata *corte irlandesa*. José Manuel Meana fue nombrado jefe de su guardia personal; José Antonio Novais oficial de los húsares del Rey; Pedro Beltrán, me parece que su ayudantía personal y a mi me hizo instructor de causas o auditor, no recuerdo bien.

Una tarde Meana recibió una llamada de su Majestad, que lo requería como jefe de su guardia, para que fuese a rescatarlo de una habitación de Hotel *Palace*, donde lo tenían sitiado los servicios secretos británicos. José Manuel era muy buena persona y suponiéndose que S.M. estaba en un apuro, aunque fuese imaginario, fue al *rescate*:

El Rey estaba efectivamente atrincherado en una habitación, había colocado un mueble pesado sujetando la puerta, mientras la ocupante de la habitación no cesaba de chillar y unos camareros empujaban a la puerta. Meana les explicó la situación; a través de la trinchera tranquilizó a S.M. que accedió abrir y, escoltado por el jefe de su guardia, se marchó. A Novais le duró poco su carrera de húsar, porque habiendo hecho no recuerdo qué *fechoría*, me ordenó abrirle una causa con propuesta de pena de muerte, pero acoguéndome a la real clemencia, la propuesta aceptada por S.M. era simple separación del servicio.

Pedro Beltrán, tal vez porque su lógica estaba más cerca de la de S.M., tuvo mejor suerte. S.M. lo encargó se ocupara de la caballería. Y Pedro Beltrán, cada dos por tres pedía dinero a La Corona para alimentar a los caballos. Hasta que S.M., que podía estar enfermo pero que de tonto no tenía un pelo, como quiera que el forraje se tenía que renovar cada vez con más frecuencia, cuando Pedro fue a pedirle un nuevo libramiento, le dijo.

-No, no Beltrán, despreocúpese de eso, porque ya he hablado con El Caudillo y los van a alimentar en los establos de los caballos de la guardia mora.

Estaba claro que el Marqués/rey no era tonto, pero lo que mejor lo demuestra es que, teniendo su palacio lleno de obras de arte, cuando uno de sus *cortesanos* quería ir al retrete no podía ir si no era acompañado por uno de sus criados, como

de escolta, fusil al brazo, que se apostaba a la puerta del servicio, desde donde lo volvía a escoltar al salón.

Un día, S.M. dio la gran noticia. Abdicaba y nos convocaban a Palacio para presenciar la ceremonia, y allí fuimos. S.M. abdicaba en su hijo, un niño con ojos inteligentes pero ajeno a todo cuanto sucedía y significaba. El Rey leyó el texto de su abdicación y entonces, mi amigo Rafael Cañellas, gritó.

-¡Protesto en nombre de la República y del pueblo republicano de Irlanda!"

Este republicano irlandés, a pesar de su juventud y de ser falangista, era un excelente psiquiatra, que supo, donde los demás habían fracasado, curarme un insomnio absoluto que me duraba años y me lo curó recetándome que cada mañana, en el desayuno, me tomase una tableta de *simpatina*:

- Te producirá una hiperactividad que irá secretando un factor B, que te producirá por la noche un sueño natural.

Y tan buen resultado me dio que nunca jamás he vuelto a padecer de insomnio. No sé si médicamente era correcto o no, si si debe hacer o no; lo que sé es que conmigo funcionó. No sé si S.M. recobró la cordura del procomún, ni se fue Cañellas el que obrara el milagro. Recuerdo que una noche alguien le dijo que en Avila iban a construir un manicomio nuevo con un presupuesto de muchos millones de pesetas y Cañellas exclamó:

¡Qué despilfarro; poner puertas nuevas a las murallas es más barato!

Tras la abdicación de S.M. la corte irlandesa se disolvió y con ella su oposición republicana. Nunca más volví a ver a S.M.

CONCHA FERNÁNDEZ LUNA

Concha Fernández Luna había estudiado filosofía y letras en Madrid, alojada en casa de mis tías con las que mi hermano Eugenio y yo también estuvimos. Fueron ellas las que nos la presentaron y por aquello del misterio goethiano de las *afinidades electivas* pronto congeniamos.

Cuando la conocimos, Concha debía tener treinta y algunos pocos años y preparaba oposiciones al cuerpo de archiveros y bibliotecarios. Se había criado con unos tíos en Aguilas pero me parece recordar que su familia directa era de Baza o de Baeza, no lo recuerdo. Cuando llegó a la pubertad, su tía comprobó que ni le brotaban los pechos ni tenía la menstruación.

Gentes con posibles, no se anduvieron con chiquitas y la llevaron a Madrid a que la examinase el Dr. Marañón, a la sazón uno de los mejores endocrinólogos del Mundo, que poco más o menos vino a decirle que a la chica lo que le acontecía era que su verdadero sexo era el masculino, pero que estaba obliterado y pleccionado en el interior y que lo que procedía era que lo llevasen a un cirujano ginecológico y que se lo aflorase.

Fueron al Dr. B.** Catedrático también de la Universidad, con tan mala fortuna de que era hombre muy católico y, al parecer, el Papa había dicho hacía poco que en estos casos había que respetar el sexo aparente y no el real porque esa había sido la voluntad divina. Así, castró el sexo masculino de Concha y le destrozó la vida en aras no se sabe bien de qué.

Cuando volvieron a Marañón, éste se echó sus liberales manos a la cabeza y les informó de que el resultado sería un ser seguramente desgraciado, más en aquella España oscura y triste. Le recetó un largo tratamiento hormonal y nada más podía hacer.

-Mira, no te queda sino resignarte, pero mi consejo es que te pongas el mundo por montera y hagas lo que tengas que hacer.

Concha le hizo caso. Se peinaba como un hombre con una mínima melenita, pegado al casco su pelo un poco rizado. No se pintó ni maquilló jamás, vestía trajes sastre, camisa blanca y corbata; en vez de medias usaba calcetines altos blancos de perlé y zapatos masculinos. Marañón tuvo razón, Concha resultó un híbrido, un hombre con unos incipientes pechos de muchacha adolescente y menstruaciones intermitentes y aperiódicas. En aquellos años un espécimen así suelto por las calles hacía que la gente volviese asombrada la cabeza, a su paso.

Concha era muy estudiosa e inteligente (es autora de un magnífico trabajo sobre el Barroco español), pero también necesitaba beber lo que el fanatismo le había dejado de vida y hacerlo a grandes tragos.

Muchas noches nos decía a Pedro Beltrán y a mí.

-Esta noche toca èpater bourgeois.

Ya he dicho cómo vestía Concha. Mi aspecto no era menos extraño por entonces. Estaba delgadísimo, pálido, con melena y un bigote que me colgaba a ambos lados de la boca, y todo ello me proporcionaba un aspecto de decadente y crápula que en absoluto se correspondía con la realidad. Mientras que entre las habilidades de Pedro Beltrán ha estado siempre su magnífica recreación de un *mariquita* arquetípico. Es fácil imaginar el efecto que aquel trío producía en las tabernas, bares, y cines en los que entrábamos o en las calles por las que transitábamos. Y alguien miraba más de la cuenta o a Concha se lo parecía, como le gustaba la camorra, lo increpaba:

-Qué; ¿No has visto a nadie raro en tu vida?. ¡Pues vaya mierda de vida!

Y el hombre, o la mujer, curiosos o indiscretos, miraban para otro lado..

Por entonces uno de los cenáculos literarios de Madrid más “chics”, era la librería “Abril” de la calle del Arenal. Su propietaria, Carmina Abril, era una mujer joven, fina, elegante y excelente librera. A su alrededor pululaba una corte de lesbianas, todas se querían acostar con ella pero las unas neutralizaban a las otras y así iba Carmina salvando su virtud y su corte. Concha nos enroló en aquella vorágine a Pedro Beltrán y a mi. Por las noches, cuando la librería cerraba marchábamos todos a sentarnos, si hacía buen tiempo, a la terraza del bar “la Calesera” en la plaza del Callao, a hablar de lo divino y de lo humano.

Una mañana estaba yo dormido en mi cama. Desperté, sin abrir los ojos tenía la sensación de una presencia extraña junto a mí. Abrí los ojos, sentada en la cama estaba Concha, tenía una navaja en la mano con la punta casi tocando mi garganta.

-¡Pero, Concha qué haces!.

-Llevo media hora sentada aquí pensando si te mato o no. No me decidido, porque te quiero mucho.

-Pero ¿Por qué?

-Porque tú quieres acostarte con Carmina y no voy a consentir que le hagas daño.

Con suavidad aparté la navaja de mi garganta y le juré y perjuré que aquello era falso. Y la convencí. Pero desde aquel día dije adiós a la “librería Abril” y a la tertulia

de “La Calesera”, en la que lo único que aprendí fue que cuando una lesbiana quiere decir que ha estado en la cama con una mujer, decía:

Hoy (o anoche) estuve en la modista.

Lo que me parecía corta lección para tan alto riesgo.

Una noche Concha llamó a nuestra casa, pidiéndonos ayuda a Eugenio y a mi. Se había metido en un *fregado* en las *Cuevas de Nemrod*, cerca de Las Salesas. Pasamos a recoger a Pedro Beltrán en las de *Sésamo* y fuimos en su ayuda. Cuando llegamos ya casi reinaba la paz. Al parecer Concha se había querido llevar a la cama a una muchacha que resultó ser prostituta. Concha le insistió en que le cobrara lo que quisiera, pero la mujer se negaba porque no lo había hecho nunca. Así eran de convencionales nuestras prostitutas. Y a pesar del *follón* Concha insistía.

Yo me puse a hablar con la muchacha para tratar de suavizar el problema y resultó que era de paisana mía, de Cartagena. Se apellidaba Pérez de los Cobos y decía que su padre era militar, debía tener cierta cultura o mucho vivido, porque dijo:

-Sí, hijo sí, era mi sino, como decía Valle - Inclán ¿Cómo no va a ser puta si es hija de militar y Cartagenera?.

Yo de Valle - Inclán sólo había leído por entonces sus *sonatas*, pero más adelante pude comprobar que aquella muchacha tenía razón, al leer aquella frase en *Los cuernos de Don Friolera*.

Y Concha, erre que erre:

-¿Qué somos paisanas y no te quieres meter en la cama conmigo?. Anda y vete por ahí con un viejo baboso!,

No recuerdo cómo pudimos llevárnosla de allí pero había cogido tal enguero que durante muchos días, en cuanto se tomaba una copa decía:

-Vámonos a las cuevas de Nemrod.

La oposición de Concha se aproximaba y para poderse presentar tenía que acreditar que había hecho el Servicio Social, una prestación que las mujeres tenían que hacer

antes de ponerse a trabajar. Las universitarias lo hacían en uno de los varios albergues que la Sección Femenina tenía por toda España. A Concha se le metió entre ceja y ceja no hacer aquel servicio social y sabiendo de mis buenas relaciones con las jerifaltes de la Sección Femenina de Madrid, me pidió que le consiguiera la exoneraran de *aquella gilipollez*.. Lo argumenté que las mujeres de la S.F. era lo único incorruptible que había en España y que por no casarse con nadie no se casaban ni con los hombres. Pero Concha era invencible así que ¿Qué otra cosa podía hacer yo?.

El resultado fue el previsto. María Luisa Vela me dijo que ni hablar, que mi amiga era una más y que de ser eximida nada. Regresé e informé a Concha que insistía en que yo tenía que solucionarle el problema que ella misma había creado y que me traspasaba. .Entonces se me ocurrió un último recurso. Le dije a Concha que se pusiera sus mejores galas masculinas y me acompañara.

Llamamos a la puerta de María Luisa y nada más entrar, le mostré a Concha y le dije:

-Mira, María Luisa, esta es mi amiga la que quieres meter en un albergue con cerca de cien chicas. Tu dirás...

Me gustaría poder describir la expresión de María Luisa pero me es imposible y además es irrelevante. Cogió de encima de su mesa un libro escrito en francés y casi gritando me lo entregó diciendo:

-¡No, no. Tomad este libro, que lo traduzca y me lo traéis cuando lo haya traducido.

Como Concha era incansable, me hizo que yo le tradujera aquel libro que era un pequeño tratado sobre el huevo y sus características en la alimentación y en la cocina. Había una palabra que no logré traducir ¿Qué coño sería la *chalaze* del huevo?.

Concha aprobó su oposición y dejamos de vernos porque nuestras vidas tomaron rumbos diferentes.

Cuarenta años más tarde me encontraba sentado en una terraza, en la calle Mayor de mi ciudad, cuando una anciana, el pelo blanco, caminar vacilante pero varonil, acompañada de un muchacho, se plantó ante mi y me dijo, al tiempo que me señalaba con el índice:

-Tú eres Manuel Martínez Pastor.

Entonces la reconocí, en la voz . Era Concha. Su inconfundible voz había volado intacta sobre cuarenta años. Pero ¿Cómo me había ella reconocido a mi, si llevo puesta la más difícil de las máscaras, la máscara de la vejez?

LUIS BOLARIN

No he conocido a ningún escultor que tuviera la facilidad de Luis Bolarín para modelar el barro, viéndolo hacer parecía como un juego de magia, casi un milagro. Luis Bolarin era murciano, hijo del prestigioso periodista murciano Andrés Bolarín, propietario de pequeña fábrica de figuras de belén. Vino a Cartagena a prestar el servicio militar, se casó con una cartagenera y se quedó.

Tipo extraño Luis Bolarín. Ser bohemio en Madrid por ejemplo, o cualquiera otra gran ciudad es difícil y duro, pero posible, mas serlo y elevado a la enésima potencia, en una ciudad de provincias es puro heroísmo. Vivía a salto de mata, habitando una modestísima casa, rodeado de hijos, de los que no se ocupaba y que generaba exclusivamente como medio para que su mujer no le pusiera los cuernos. Daba en su casa el dinero justo y muchas veces ni lo justo, mientras él no se privaba de ningún pequeño capricho, un whisky, una cajetilla de cigarrillos americanos, una aventura amorosa... Seguro de que su mujer se lo perdonaba todo y siempre. Tenía que hacerlo porque su Luis ¡Era tan simpático y tan gracioso!.

Era verdad. Luis era muy simpático, gracioso, ocurrente, ingenioso. Mediría entre un metro sesenta y un metro setenta de estatura; de color amarillo cera, cuerpo musculado sin un átomo de grasa, piel muy blanca, pero curtida, facciones

angulosas, ojos pequeños y redondos de penetrante mirada, tenía cierta distinción en sus ademanes; el pelo ondulado y canoso.

Era además excepcionalmente pulcro y aseado. Tenía solamente dos trajes pero los llevaba siempre impolutos y planchados como recién salidos de la tienda. Igual sus camisas siempre blancas, los zapatos siempre limpios y unas corbatas de pajarita, multicolores.

Para Luis cada día era una aventura, una *terra incógnita* y su único instrumento para vivir sobre ella su ingenio. Se hizo muy amigo del mayordomo del Capitán General, almirante Bastarache y a su través de éste, al que la simpatía del escultor cautivó, porque no se sabe bien porqué a los poderosos les han atraído siempre los pícaros y los bufones y Luis sabía desempeñar esos papeles a la perfección.

Luis, tras el desayuno, en el *Bar Central*, en la calle Honda, porque desayunaba siempre fuera de su casa, fumaba unos magníficos cigarros habanos que el mayordomo del almirante le robaba a su jefe, y allí mismo, él, el mayordomo y el dueño del bar comenzaban a idear negocios, inventos y mixtificaciones, para sacar algún dinero con cualquier trapacería. Así idearon y consiguieron sacar las toneladas del magnífico archivo del Hospital Militar de Marina, con una autorización del almirante, como si fuera papel viejo y como tal vendieron. Este asunto me costó un roce con un concejal EC*** que escribió un opúsculo sobre dicho establecimiento y dependencia en el que afirmaba que fueron las *hordas marxistas* las que lo habían saqueado y destruido. Como mi padre había sido director del hospital durante la guerra civil y conocía cual era la horda marxista en cuestión, se lo reproché una tarde que coincidí con él, en el estudio del pintor Vicente Ros

El hombre se mantenía en sus trece y entonces yo le dije:

Dentro de media hora va Vd. a saber la verdad.

Llamé a Bolarín y le rogué que fuera al estudio y al cabo de unos minutos se presentó.

-Dile a don EC qué pasó con el archivo del hospital militar.

Y Luis con el desparpajo que lo caracterizaba, entre risas y carcajadas y comentarios graciosos contó la historia de cómo él, el dueño del citado bar y un marino emparentado con altos mandos de la Marina habían llevado a cabo la operación que les había reportado unos buenos beneficios.

Como suele acontecer a los pícaros, Luis vivió mil anécdotas pintorescas. El agente de “El Ocaso” en Cartagena le encargó un busto en terracota del Sr. Ortega, fundador de la compañía, por ayudarle, mas conociéndolo le dijo que lo pagaría contra entrega. Luis cumplió el encargo Y el cliente, deseando extender su pequeño mecenazgo, le propuso que sacara réplicas y se las vendiera a todos los agentes de la compañía en España. Le pareció bien a Luis, pero para hacer las copias había que trabajar. Así que fue a ver a su protector y le dijo que le prestara el busto porque el molde se había roto y con él ya en su poder lo vendió a otro agente con el que volvió a repetir la faena y así unas cuantas veces.

En otra ocasión le encargaron, en un pueblo, la escultura de una cabra para un monumento que pensaban hacer a este animal y Luis, ni corto, ni perezoso, embadurnó una cabra con aceite y por trozos le sacó un molde perfecto. En otra ocasión le encargaron la imagen de la patrona de otro pueblo que le pagaron por anticipado. Tuvieron suerte porque la hizo, pero con tan mala fortuna que el día antes de entregarla, que era la fiesta mayor, la terracota explotó en la mufla y la imagen se partió e diez pedazos. Bolarín no se arredró, y los estofó como si nada hubiera pasado. Contrató una motocarro y de acuerdo con el transportista, él montó en la caja sujetando la imagen, con unos puntos pegados, los justos para sostener la figura cubierta con una manta, y se dirigió al pueblo. Era el día de la fiesta mayor y la hora de la misa mayor también, las autoridades, el párroco, el vicario, y cuando ya llegaban, el conductor de la motocarro, aleccionado, dio un golpe de manillar, el vehículo volcó y la imagen rodó por el suelo, hecha añicos, junto con Luis, lleno de polvo y contusiones. Y mientras los beatos acudían a ver, desolados, destrozada a su patrona, los compasivos atendían y consolaban al escultor.

¡Cuántas noches deambulamos Luis, el pintor Ramón Alonso Luzzy y yo, por las silentes calles de nuestra ciudad, hasta altas horas de la madrugada, tomando

carajillos y recreándonos en mil pequeños chismes de nuestro entorno que alternábamos con conversaciones sobre arte, literatura o política, escuchando contar a Bolarín, entre carcajadas, sus últimas trapacerías de pícaro y detalles secretos y picantes de *fuerzas vivas* y respetables de nuestra buena sociedad!. Sus ojos de escultor lo habían acostumbrado a mirar cada figura, cada persona, desde todos los puntos de vista posible y daba vueltas alrededor de ellas hasta encontrarle un ángulo susceptible de ser atacado con el buril o el escoplo.

Un día Luis se nos metió a minero; se hizo no sé cómo de un lavadero de flotación, encontró un socio y cuando perdió, claro está que éste, la última peseta, se marchó a Madrid a triunfar, donde no sé cómo instaló su estudio en la ciudad universitaria en el museo de América, por poco tiempo, porque tampoco sé cómo pronto se convirtió en un, *caballero de industria*; es decir en un delincuente *white collar*, por lo que dió varias veces con los huesos en la cárcel adonde alguna vez lo visité. Y es que Luis prefería ganar un millón de pesetas *a la mala* que diez millones *a la buena*. Tan era así que ya había realizado en Madrid trabajos importantes de escultura para muy buenos y poderosos clientes que se los pagaron muy bien y que ya lo habían recomendado a otros y lo tiró todo por la borda atraído por el abismo del dinero fácil del delito.

En su haber se anotó el ponerse de acuerdo con el tutor de un menor que había heredado una gran fortuna de sus padres y otra menor de un tío, y decidieron que con la de los padres tenía bastante y con importantes complicidades jurídicas le limpiaron el patrimonio *añadido*. También se dedicó a detectar, asociado con unos empleados, en los registros de la propiedad, finas cuyas últimas inscripciones eran ya muy antiguas y rehabilitar los títulos por medio de uno de los artilugios que prevé la Ley Hipotecaria, pero su repertorio no acababa ahí. Si yo hubiera sido catedrático de derecho penal o profesor de la Academia de Policía, lo hubiera llevado a dirigir un seminario. Mas todo le era perdonado porque todo lo contaba con muchas risas, mucha simpatía y mucho cinismo, y era evidente que dentro de él no había el menor atisbo de conciencia del bien y del mal.

Pasaron los años y un día me enteré que lo habían asesinado unos sicarios disfrazados de guardias civiles, en un apartamento de una playa de Valencia, cuando departía con un amigo en una terraza de la casa de éste. ¡Cosas de la vida! Con la cantidad de veces que otro amigo, guardia civil y él, vestidos con los uniformes del cuerpo, se habían dedicado a *straperlear* en beneficio de algunos grandes comerciantes, trayendo aceite desde Jaén a Murcia!

JOSE ANTONIO NOVAIS

Una tarde, el entrañable José Luis Monter nos dijo a Pedro Beltrán y a mi que lo acompañásemos a la cafetería del *Ateneo*, para que conociésemos a un amigo suyo, joven poeta y muy interesante. Así conocí a José Antonio Novais, fraternal amigo durante tantos años . Fue un recíproco *flechazo de amistad*, como decía un amigo, porque congeniamos de inmediato, hasta el extremo de que abandonó la tertulia del *Ateneo*, en la que ejercía un auténtico liderazgo, y seguido de tres o cuatro fieles para acompañarnos a fundar la *Cueva de Sésamo* en la Calle del Príncipe, donde el pintor argentino Bruno Venier pintó el primer mural, y en la que sin proponérselo, nació a primera cueva existencialista de Madrid, remedo de las de París. Nacido en 1927, era hijo del periodista portugués don Joaquín Novais, exiliado de su país huyendo de la dictadura salazarista. Refugiado en España, casó con una rica y bella terrateniente extremeña y llegó a ser secretario de prensa de don Manuel Azaña, En 1939 pasó a Francia con su Jefe y permaneció en París

en un doble exilio, como corresponsal de O Globo y otra cadena de prensa del Brasil.

A José Antonio, hijo único de casa rica, nunca le faltaron cien pesetas en el bolsillo (esa cantidad entonces era mucho dinero). Era bajo de estatura, el pelo lacio y rubiasco, la tez pálida, barbita, ojos cerúleos, débil anatomía, manos minúsculas, caminaba con un cierto ritmo marinero, balanceándose, la voz como buscando cada palabra entre el portugués y el español.

Vivía con su madre, dos chicas de servicio y dos perros, en un gran piso en la calle de Alcalá muy cerca de la plaza de Manuel Becerra. Su condición de hijo único le había proporcionado todos los beneficios de tal condición sin hacer de él un imbécil, ni un ser mimado. Cuando José Antonio suspiraba en broma:

-¡Qué dura es la vida del artista!

Su madre replicaba:

-¡ Más dura es la de la madre del artista!.

Para entonces Novais comenzaba ya a hacerse un hueco en la poesía española y había sido incluido en la *Antología* de Federico Carlos Sainz de Robles, que por cierto le llamó siempre “monsié Nové..

Novais transpiraba afecto, cordialidad y simpatía, a pesar de que tenía siempre en la boca un punto de ironía y suave sarcasmo. De alguna manera fue también el líder de Sésamo, sin duda por su personalidad, aunque tal vez también porque era él único que tenía todos los días dinero para pagarse la consumición y, sobre todo, porque era el único en el que confluían, por eliminación, todos los afectos, entre otras cosas por la ternura que inspiraba la fragilidad de su anatomía. Por entonces Novais estudiaba periodismo en la Escuela Oficial, y arrastró tras él a algunos compañeros de valía, como demostrarían a lo largo de sus vidas: como Francisco Cercadillo que llegaría a ser subdirector de “Pueblo”, Gonzalo B. Carvajal, Francisco Carantoña, director del “Comercio” de Gijón; Ernesto Salcedo, y otros cuyos nombres no recuerdo.

Novais era un tipo singular. Nos acompañaba e nuestras rondas y juergas alcohólicas, tan animado como el que más, y mientras el resto bebíamos vino, el bebía gaseosa con patatas fritas. A pesar de la adscripción republicana y democrática liberal de su padre, José Antonio muy niño había pertenecido a la centuria de “balillas” de la incipiente Falange, lo que no le impedía ser muy crítico con el franquismo y ser absolutamente tolerante hasta el punto que, teniendo amigos de izquierdas, de la F.U.E., iban a bailes juntos y para que no se demorasen haciendo octavillas contra el régimen, los ayudaba a empaquetarlas.

Cuando ya levantamos a *Sésamo* y el dueño nos echó por bajo nivel de consumo. Tipo extraño también éste, se llamaba Tomás Cruz y había sido destacado miembro de la F.U.E, había estado en la cárcel y al salir casó con una mujer bastante mayor que él dueña de “Sésamo” y de un establecimiento contiguo de condecoraciones. No dejaba de ser gracioso que fuera en aquella tienda donde los vencedores de aprovisionaran de sus honoríficos trofeos. Su aspecto era el de galán de aquellas antiguas tarjetas postales que los soldados o los enamorados incultos enviaban a sus amadas. Cuando habíamos levantado “Sésamo” había estado cerrada la cueva por la autoridad gubernativa y a Tomás le vino muy bien lo que aconteció, pero ¿Cómo le iba a parecer bien tener ocupadas dos o tres mesas durante tantas horas con ocho o diez consumiciones?. Cuando nos marchamos creó un premio literario, no antes. Años después me enteré que su mujer había muerto atragantada por un hueso de pollo, por Valladolid, cuando Tomás y ella llegaron a un hospital de Madrid en su automóvil, ya se había asfixiado.

Pues bien, cuando fuimos expulsados con untuosas explicaciones nos trasladamos a *La Elipa*, un bar en los sótanos de la iglesia de San José en la calle de Alcalá confluencia con Gran Vía. Fue por entonces cuando me propuso rodar para la televisión cubana una serie de documentales sobre costumbres populares españolas. En España todavía no funcionaba la televisión sino como experimento. Yo no conocía nada de su técnica y a pesar de todo acepté el reto y lo superé.

Nuestro socio capitalista era Enrique Xaudaró, sobrino del dibujante y humorista del mismo nombre, que tanto éxito había tenido por el primer tercio del siglo XX., otro hombre singular del que hablaré.

En efecto, al regreso a Madrid. José Antonio y Pilar (no confundir con los de la Falange), *se hicieron novios*; yo, aherrojado todavía por los prejuicios de la época, admiraba su decisión y su pasión hacia una muchacha que nos había confesado detalladamente todas sus experiencias sexuales, no entendía aquella pasión propia de un poeta romántico de XIX. Parecían felices. Mas al poco tiempo Pilar propinó a Novais una patada sentimental para *enrollarse con uno de* nuestros mejores actores, que sin duda le ofrecía mayores oportunidades para triunfar que el joven y prometedor periodista.

Aquella aventura, aparentemente trivial, aniquiló a Novais. Yo no lo comprendía, le decía que aquello no tenía sentido y él me replicaba que leyera “Servidumbre Humana” de Somerset Maugham. Le contestaba que ya la había leído y él entonces me decía que la leyese mejor. Cuando tiempo después hube de hacer reposo a consecuencias de la tuberculosis pulmonar que se me reveló allí mismo, con un vómito de sangre que supe ocultar, tratando de comprender la pasión de Novais, releí la novela y entonces comprendí al amigo; como el reverso de un tapiz, el amor, hacia una concreta e inexplicable persona, es algo que carece de sentido

Buscando nuevos clientes para nuestra serie televisiva, el general Millán Astray , nos indicó y presentó a su hermano, y éste nos recomendó a una oficina de negocios norteamericanos que estaba en un piso de la calle de Cedaceros, a la que fuimos Novais yo , una mañana. Nos recibió un chico joven, que nos pasó a una habitación muy espaciosa con balcones a la calle, que estaba claro no estaba hecha para recibir visitas ni clientes pues estaba toda ella rodeada de archivadores metálicos y se fe marchó, tras rogarnos que esperásemos allí.

-*¡Qué negocio más raro!*. Dijo Novais.

Gonzalo Carvajal, llamaba a Novais el “Mano oso”, no sé porqué, pero desde luego en aquella ocasión se lo merecía. Fue a uno de los archivadores y tiró de uno de sus cajones correderos y aparecieron llenos de carpetas, ordenadas por orden alfabético, cada una de ellas dedicada a un político o a un industrial españoles. Como no venía nadie siguió abriendo cajones.

- *¡Mira, mira, están todos!*

Al cabo de un rato, volvió el joven y nos dijo que en aquel momento no nos podían atender y que ya nos avisarían. Estaba claro que aquello era una tapadera de algún servicio de EEUU. Naturalmente nunca nos llamaron. Pero era asombroso que toda aquella información que cuando la guardaban es porque la consideraban importante, hubiera estado allí durante cerca de diez minutos a merced de la curiosidad de dos visitantes. No sé si ahora la seguridad USA habrá mejorado, pero entonces así estaba.

Sea como fuere Novais comenzó a beber y a hacerlo cada vez más. Por entonces. Su padre, le consiguió la corresponsalía para España de “Le Monde”, “O Globo” y una agencia brasileña de noticias, lo que le obligaba a una actividad tan distinta de la tranquila vida que hasta aquel momento había llevado y que le facilitaba e incitaba a satisfacer su deseada autodestrucción al tiempo que le proporcionaría energías para llevar a cabo la agitada vida de periodista, de un periodista con un empleo rodeado de prestigio y por tanto cortejado por todos. Un trabajo que en los últimos años del franquismo hizo de él uno de los grandes arietes contra la dictadura y *mereció* por parte del muy democrático ministro de información y turismo, Fraga Iribarne, una insólita declaración descalificándolo por su condición de alcohólico.

Pero el proceso de la dipsomanía es lento y Novais estaba tocado por la gracia. Una madrugada después de una noche de juerga, ojos vidriados y grandes ojeras, regresaba a su casa, cuando de pronto, el altavoz de un impertinente rosario de la aurora atronó el espacio.

- *¡¡¡ Arrepentíos pecadores!!!*

Y Novais se hincó de rodillas momentáneamente arrepentido.

Como consecuencia de su desengaño amoroso, se había convertido en un alcohólico, más aún en un dipsómano, hasta tocar fondo en la dignidad humana y quedar hecho una piltrafa, despreciado por todos cuantos no lo querían. Cuando todavía no había llegado al límite, lo invitamos mi hermano Eugenio y yo, a pasar una Semana Santa en Cartagena, lo acompañaba Monique, con la que luego se casaría. Una noche se nos perdió José Antonio; desesperamos de encontrarlo y nos disponíamos a ver pasar el cortejo procesional, cuando vimos, entre uno de los hieráticos tercios de penitentes, a Novais, en mangas de camisa, llamando a gritos

-¡Monique! ¡Monique!

Quien no conozca la semana santa de mi ciudad, el rigor castrense y solemne de los desfiles, el orden y el lujo de sus cofradías no puede ponderar el valor de la escena, pero sea como fuere, a Novais lo cogieron dos cofrades, uno de cada brazo y lo sacaron de la procesión, en volandas dada su escasa estatura y mientras pateaba al aire, como en una escena onírica del film “Bienvenido mister Marshall” en la que aparece una referencia al *Ku Klux Klan*.

Cuando viajaba a Madrid iba a verlo a su casa, allá por La Moncloa y cada vez lo encontraba más perdido, más lejano y comprendí que éramos ya dos extraños porque ya no compartíamos nuestros recuerdos.

Ya no nos veíamos, sabía algo de él por Beltrán y Santiago Amón, éste me contó que estando una tarde en la barra del “Gijón” con unos amigos, llegó Novais a la barra, y como era tan bajito los barmen no lo veían y entonces pedía a algún cliente amigo que le pidiera una copa de algo, pero los meseros los habían visto y lo agarraron para echarlo a la calle y mientras lo hacían, Novais desasiéndose, cogió un montón de cacahuetes y tirándolos sobre la barra, decía:

- Esperad,. Esperad que le eche los cacahuetes al mono. El “mono” no era otro que uno de los dueños y barman, que tenía realmente facciones simiescas.

Pasaron algunos años y me encontraba yo en el Café “Gijón”, con unos amigos, cuando apareció Novais, completamente ebrio; pero me conoció; me dio un abrazo y se sentó a mi lado.

-Pídeme un whisky.

-No José Antonio y además tú bebías cubatas.

Pídeme un whisky. Dijo casi gritando.

Por evitar violencias llamé al camarero y le pedí el whisky. Pedro que era amigo mío, me dijo:

-No don Manuel, no se lo sirvo, porque vd. no bebe alcohol y es para el Sr. Novais y tenemos prohibido servirle alcohol.

Le aseguré que no, que era para mí, y entonces Pedro accedió a traérmelo. Nada más dejado sobre el mármol de la mesa y dada la vuelta el camarero, José Antonio, se lo bebió de un trago.

-Pídeme otro.

Me negué, empezó a insultarme y a decirme cosas especialmente dolorosas.

Y tú y yo que nos creíamos como hermanos, yo que te rescaté de la provincia y de ser un pueblerino, yo que he compartido contigo el pan y la sal. Tú que has estado en mi casa como si fuera mi hermano.....

En resumen que volví a llamar al camarero y le pedí otro Whisky; pero se negó, porque había visto a Novais beberse el anterior, y no sólo eso, llamó a otros meseros y le dijeron que se fuera. Se levantó pero en vez de dirigirse hacia la puerta recorrió el salón por entre las mesas, de una cogía una copa de coñac y se lo bebía, de otra un vermouth, de otra copa de vino, de otra una de anís. Hasta que los camareros lo cogieron de los brazos y lo tiraron en medio de la acera. Tardé tal vez demasiado en reaccionar y cuando salí a la calle en su busca ya había desaparecido. Y entonces pasaron por mi memoria los felices días de nuestra juventud, cuando José Antonio tan solo bebía gaseosa, comía patatas fritas y era novio de la vital, deportista y poetisa Concha Sucedo y cuando una noche en el “Avión”, en la calle de Hermosilla, entre Torrijos y Alcántara. el único bar que las

autoridades dejaban abierto toda la noche y donde recalábamos todos los noctámbulos de Madrid; Novais fue al W.C., que estaba ocupado; esperó en la puerta y como le preguntáramos qué hacía allí, contestó.

Que ahí dentro hay un hijo de puta que lleva meando media hora.

Se abrió la puerta y apareció un gigante, cogió a Novais por los brazos, lo levantó un metro, lo pegó contra la puerta del W.C. al tiempo que le decía:

-Ahí dentro hay un señor que lleva orinando tres minutos.

Y Novais repetía, como una frágil mariposa clavada contra la puerta del retrete:

Ahí dentro hay un señor que lleva orinando tres minutos.

(Tal vez pensaría, ya dado a la dipsomanía, que si estas cosas le pasaban sobrio, mejor sería que le sucedieran a medios vinos o a enteros)

Muchos años más tarde, miraba la televisión cuando apareció en pantalla un anciano decrepito de voz estropajada que me resultó familiar. No lo reconocí hasta que rotularon la imagen: "José Antonio Novais". Hablaba me parece desde el Puerto de Santa María; me extraño y averigüé que se había divorciado de Monique, se había casado con una yugoslava veinteañera y vivía por la provincia de Cádiz. Tenía ya muy cerca de los setenta años; nunca pudimos pensar que a pesar de su fragilidad y del alcohol pudiera vivir tanto.

En honor de un buen poeta digamos con Camoens *El tiempo llora sobre sí mismo.*

ERNESTO SALCEDO

Entre mis más entrañables amigos se contó Ernesto Salcedo. Era malagueño, hijo de padres humildes que no pudiendo pagar sus estudios a pesar de su evidente inteligencia, no tuvieron otra solución que la habitual en la época. Ingresarlo en el

seminario. En él, desde bien chico, destacó no sólo por sus cualidades intelectuales sino también humanas.

Se encontraba a gusto aislado del mundo, entregado al estudio, así que, tras terminar el bachillerato siguió en el seminario mayor. Estaba a punto de ordenarse de misa, cuando llegó a Málaga un teatro ambulante y por picardía de seminarista fue a ver el espectáculo. Se enamoró de una de las cupletistas tan dislocadamente, él que era todo prudencia, que la siguió por media España, tras colgar la sotana. Cuando regresó a Málaga, pasada la calentura, fue a verlo el rector del seminario tratando de convencerlo de que volviera, que aquello había sido una travesura pero Ernesto había probado la fruta del árbol prohibido y dijo que nones.

Decidió marcharse a Madrid, aquel *rompeolas de las cincuenta provincias*, a tratar de abrirse camino confiado en sus cualidades entre las que el tesón entraba por mucho.

Lo consiguió en poco tiempo, se matriculó en la Escuela Oficial de Periodismo, donde pronto atrajo la atención de los profesores, especialmente del director general de prensa, Juan Aparicio e incluso del ministro de Información, Arias Salgado, pero ayudado también sin duda por una de las masonerías más eficientes, la de los *curas rebotados*.

Fue entonces cuando comenzó a ir a “Sésamo” y allí nos conocimos y por aquello, una vez más, de las afinidades electivas, pronto simpatizamos,

Juan Aparicio lo “enchufó” en “*El Español*” y le buscó otras colaboraciones y trabajos con los que empezó a ganarse la vida. Lo primero que hizo fue traerse a sus padres a Madrid con él, a un piso de la calle de Embajadores, en el que tantas veces su madre me invitaba a una de sus magníficas comidas de ama de casa andaluza pobre.

Ernesto Salcedo, era bajo de estatura, no tendría más de un metro sesenta y tantos, enjuto, ojos vivaces y facciones correctas y no había perdido el deje malagueño.

Como ya he dicho, Ernesto, se había ganado la confianza del director general y aconteció que en la prensa, en la amordazada prensa de aquellos años, el Régimen, vaya a saber por qué, decidió entablar una polémica, entre la Iglesia encarnada en el cardenal Don Angel Herrera Oria, obispo de Málaga y el Estado, encarnado en el Ministro Arias Salgado. Estaba caro de qué parte estaba la superioridad intelectual, así que el Ministro llamó a Salcedo y le encargó que redactase las contestaciones al Prelado sobre unas notas que él le daría.

Una tarde lo mandó llamar el Ministro:

- *Salcedo, quiero felicitarle por el trabajo que está haciendo frente al Sr. Cardenal; pero lo he mandado llamar porque tengo aquí encima, el último de sus borradores y hay algo que no entiendo.*
- *Vd. dirá Sr, ministro.*
- *Verá Vd. Salcedo, empieza la carta diciendo: “celebro mucho que Su eminencia haya encontrado, etc etc.*
- *¿Y bien sr. Ministro?.*
- *¿Qué quiere Vd. decir con eso de “celebro”.?*
- *Verá Vd. Sr. Ministro, “Celebro”es igual que decir “me alegro”, “me congratulo”, “me satisface”, son sinónimos.*
- *Bien, bien, entonces cambie vd. esa palabra que se puede prestar a equívocos cuando se habla con un Príncipe de la iglesia. Ya sabe que cuando se habla con la Iglesia hay que andar con pies de plomo. Y esa palabra “celebro”... suena a liturgia. Suprímala, todo lo demás está muy bien.*

Debía ser ya el año 1955, cuando un día me pidió que lo acompañase, le habían encargado hacer una entrevista muy importante y estaba un poco encogido. A quien tenía que entrevistar era a Mr.J. Cabot Lodge, embajador en Madrid de EEUU. Me picó la curiosidad y lo acompañé y allá fuimos acompañados del fotógrafo.

El embajador era un hombre afable y cortés. Ernesto, encorsetado en los modos periodísticos del Régimen, le dijo:

- *Sr. Embajador, he traído un cuestionario para que lo revise por si hay alguna pregunta que considera impertinente o improcedente.*
- *¡De ninguna manera sr. Salcedo, Vd, puede preguntarme lo que quiera con absoluta libertad. La entrevista es suya!*

Mientras el fotógrafo disparaba el “flash” una y cien veces, Ernesto le hizo la entrevista. Terminada ésta, y ya despidiéndonos en la puerta Salcedo, insistió:

- *Sr. Embajador, cuando la pase a limpio, se la enviaré para que vd. la supervise.*
- *¡No, no Sr. Salcedo, de ninguna manera, no pierda el tiempo inútilmente! Sólo quiero pedirle un favor, que me envíe todas las fotografías para que yo seleccione las que deben salir.*

Ha sido una de las mejores lecciones de política que he presenciado y he recibido!

Una mañana acordamos ir a visitar el sugestivo cementerio civil de Madrid, para ver si de allí podía salir un buen reportaje. Todavía no se había consumado el expolio del mismo, en parte, en beneficio del Valle de los Caídos, y era hermoso ver, en plena dictadura, lápidas con inscripciones tales como “fulano de tal, del sindicato de artes blancas, muerto en la defensa de Madrid”, “Perengano de tal, del 5º Regimiento, muerto en la defensa de Madrid”. O las sepulturas de los santones laicos de la Institución Libre de Enseñanza; o la de don Nicolás Salmerón, dejando constancia de que había abandonado la presidencia antes de firmar una pena de muerte; o la de Pablo Iglesias, siempre con un búcaro de flores frescas ante la cancela. O el obelisco que de arriba abajo tenía un inscripción con grandes letras que decía. “LIBREPENSADOR”. Y viendo todo aquello, Ernesto dijo:

- *¡Muchas lápidas inútiles, Manolo.*
- *Muchas lápidas, Ernesto, le repliqué.*

Otra tarde me dijo que me quería pedir un favor pero que le daba mucha vergüenza. Le dije que aquello era grotesco, que le haría el favor que me pidiera si en mi mano estaba. Hasta entonces los calzoncillos de hombre eran de pata a media pierna y

pretina abierta; mas de pronto se pusieron de moda los “slips”, y el viejo calzoncillo se convirtió en una prenda ridícula, sobre todo para los jóvenes.

- *Verás, es que yo llevo todavía calzoncillos “de pata”, el seminario me pesa como una losa y no tengo valor a entrar en una tienda a comprar unos “slips”. ¿Tú querrías?...*

Fuimos a una tienda de la Plaza de Canalejas y le compré varios “slips”. A la salida me apretó el brazo y me dijo:

- *¡Gracias hoy por fin me he liberado del seminario!*

Con los años Ernesto Salcedo consolidó su prestigio como periodista. Llegó a ser director de “El Sol” de Tenerife y uno de los referentes más claros de la Isla y del archipiélago. Tuve noticias de él por una sobrina mía allí destinada como juez, que me hablaba de su enorme prestigio. Hasta creo que le han puesto, además de su lápida mortuoria, otra en una calle a él dedicada y otra en un centro cultural que lleva su nombre.

¡Muchas lápidas inútiles Ernesto, muchas lápidas!

GONZALO CARVAJAL

En realidad se llamaba Gonzalo Betancourt (o Bethencourt, los años me hacen no estar seguro) y Carvajal, pero como periodista fue conocido como Gonzalo Carvajal. El apellido francés, por propio que fuese de los conquistadores de Canarias, era impropio de un cronista taurino. Según parece su familia vivía en una casa señorial en su Sevilla natal y pertenecían a esa casta tan peculiar del *señorito* andaluz en la

subcategoría sevillana. Había estudiado Derecho, y como acontece a los espíritus egregios, es decir que no se resignan a pacer con el rebaño huyó de la Sevilla que lo ahogaba, porque hasta Sevilla puede asfixiar.

Y se marchó a Madrid a estudiar periodismo, pero continuó atado a Sevilla, por una serie de “tics”, y para amarrarse más se trajo a Emilia, una encantadora muchacha madre de un niño, con la que se instaló como realquilado en un pisito de la calle de Felipe II.

Emilia era razonablemente hermosa, sumisa, callada, estaba enamorada y era una magnífica cocinera a partir de los pocos medios de que disponía. El gazpacho andaluz que hacía era insuperable, no se si por su calidad o nuestra hambre juvenil y bohemia.

Gonzalo hacía su vida como si Emilia no existiera, como si fuera un destacamento reducido de la servidumbre de su casa paterna. Así eran por entonces las mujeres andaluzas.

Gonzalo tendía a la obesidad, caminaba *puesto sobre los cuartos delanteros*, el pelo rizado, desbordante de brillantina, siempre perfumado. Cuando se encargaba un traje lo hacía con dos pantalones dadas sus sudoraciones inferiores y lo que más le gustaba eran las juergas, unos vasos de vino y las putas. Lo tenía clarísimo, *lo mejor para todo son los profesionales*.

Hombre simpático pronto entró a trabajar en el diario “Pueblo” bajo las órdenes de Emilio Romero y llegó a ser su crítico taurino. No creo desvelar secreto alguno si digo la sinecura que, al menos por entonces, era ser crítico taurino de una publicación y más de la importancia de una diario nacional tan influyente como aquel. Y Gonzalo comenzó a recoger mucho dinero. Según decía de sólo dos o tres pero mucho.

Recuerdo que estando yo en Cartagena, y celebrándose por la tarde corrida de toros, vino Gonzalo a la ciudad me llamó y quedamos citados en un café. Yo me

senté en un ventanal por la parte de dentro y dio la casualidad que por la de afuera estaban sentados los matadores de la tarde y uno de ellos, rejoneador por cierto, al verlo venir, dijo: “*Por ahí viene ese hijo de satanás*”. Lo gracioso fue ver los gestos de pleitesía que aquellos hombres le tributaron y cómo, luego, el rejoneador, no hacía sino volver la cabeza más que mosqueado de que yo pudiera decirle algo y en la duda de si habría o no oído su comentario.

Gonzalo tenía el don y la gracia del cronista de nacimiento y aunque para algunos fuera un hijo de satanás, todos leían con gusto y regusto sus crónicas taurinas. Yo creo que no entendía mucho de toros, pero como contrastaba sus opiniones con Pedro Beltrán, hacía un papel airoso.

Yo había hecho amistad, en una cafetería, con un *troupe* de enanos, buena gente, que trabajaban en el espectáculo taurino de un tal Eduardini, con los que alguna vez hablé de Gonzalo. Un día publicó en el periódico una página entera exigiendo que se suprimiera el denigrante espectáculo de los enanos, sujetos a aquella ignominiosa explotación. Tal vez tuviera razón, pero visto desde el punto de vista de los enanos la cosa no era así, porque todos comían de aquello y si se suprimía el espectáculo se morirían de hambre.

Indignados, me pusieron loca la cabeza; poco menos que me exigían que lo llevase a su presencia para ser juzgado por un tribunal popular. Cosa a la que me negué como era lógico, pero jamás cesaron de hacerme responsable y siempre mantuvieron la sospecha de que había sido yo el instigador del artículo.

Ignoro por qué causas, el periódico lo apartó de los ruedos y lo mandó como corresponsal a América Latina, desde donde enviaba magníficas crónicas, algunas sobre varios de aquellos dictadores morlacos con poco que envidiar a los toros de por a acá. Un poco antes se había separado de Emilia y unido con Mary Pepa

No volví a saber de Emilia, muy probablemente regresaría a Sevilla. Ni se si fue o no feliz con Mary Pepa y sus incontables hijos o si se fue a América huyendo de ellos. Lo que sí recuerdo es que, cuando Emilia y Gonzalo aún eran pareja, éste se *ligó* a

Maya Picasso, una buena chica, simpática y a la que llevó a la *peña*. Mucho debió hablar de ella a Emilia porque ésta apareció en la tertulia, cosa que nunca había hecho, y cuando alguien las presentó, Emilia con cara de extrañeza dijo:

¿Pica qué?

Otra noche en la que se discutía sobre no recuerdo qué, y las dos mantenían opiniones contrarias, Emilia saltó:

Oye niña, no te vayas a creer que por ser hija del “pintorzucho” ese vamos a hacer lo que te dé la gana.

Era otra forma popular y sevillana de acercarse a la obra de Picasso.

MIGUEL GOMEZ

La vida de Miguel Gómez, vista desde la objetividad fue la vida gris de un hombre gris, vecino y habitante de una ciudad pequeña de provincias, ejerciendo la profesión más gris todavía de subdirector y agente de una compañía de seguros, “La Unión y el Fénix”.

Fuimos amigos desde la infancia y estudiamos juntos el bachillerato. Alto, piel morena, de buena figura y guapo, había sido criado y educado por unos tíos en muy buena situación económica que lo criaron con paternal cariño y mimo, al que daban todos los caprichos.

Dentro de él ardía la llama de una rebeldía extraña junto al más extraño de los conformismos. Se asfixiaba en nuestra ciudad pero nunca se planteó salir de ella

excepto para estudiar la carrera de derecho en Madrid, porque yo decidí hacerlo así y Murcia también lo ahogaba, como lo ahogaba más tarde Madrid. Soñaba siempre con marcharse a Brasil, pero regresó a Cartagena.

Miguel tenía ya de niño algunos complejos. El primero era no haber sido criado ni vivir con sus padres sino “recogido” por sus tíos; el segundo que era epéntico. Es decir, no podía pronunciar los sonidos “pr” “br”; así, por ejemplo tenía que decir “porofesor”, “buruto”, etc, pero había que estar muy atento para captar la descomposición. Era también “teremendamente” tímido y lo que era peor y lo que arruinó su vida, tenía un terror pánico a ofrecer algún flanco descubierto al comentario o a la crítica. Su psicología era tan compleja que no se me ocurre mejor técnica para su retrato que dar algunos apuntes de cómo actuaba.

Estudiábamos segundo o tercero de bachillerato en los Hermanos Maristas, en la inmediata posguerra. Uno de nuestros compañeros de curso era hijo de un militar exiliado, apellidado Calderón, al que sólo por eso los frailes le hacían la vida imposible. En una de esas, como protesta Miguel, con una cinta roja trenzada sobre un folio hizo una hoz y un martillo, y a coro comenzamos a cantar la “internacional” cando subíamos en filas, de regreso del recreo. El fraile se descompuso y a puto de sufrir una apoplejía empezó a dar cachetes y a gritar fuera de sí: “ronjos, ronjos, sois todos más ronjos que el carmesí”.

En otra ocasión, el día de una Primera Comunión compró una caja de bombones, y a los niños ya vestidos para ir a la iglesia, les ofrecía un bombón. Por entonces no se podía comulgar sino en ayunas y cuando se lo habían comido, se lo hacía ver. Unos callaban y comulgaban, otros lloraban, acudía el fraile y al enterarse, con buen sentido les decía que por ser la primera vez podían comulgar con un simple acto de contrición.

Ya en la Facultad, en Madrid, esperaba al pie de la escalera al catedrático de civil don Ignacio de Caso, que padecía un asma terrible y para el que subirla era no pequeña empresa, entonces Miguel subía corriendo delante de él, volvía a bajarla por el otro ramal, para volver a subir otra vez delante de don Ignacio.

- ¡Para que se joda!

Por entonces, tenía relaciones con una chica con la que se acostaba todos los días. La chica me preguntó qué le pasaba a Miguel, que hacía varias tardes que en la cama no quería nada con ella. Se lo pregunté a Miguel que me dijo que andaban peleados y que si no se veían, sabía que él tendría que claudicar e ir a buscarla pero que si se acostaban juntos y no la tocaba era ella la que tendría que claudicar.

-¿Y tú eres capaz de ir expresamente a acostarte con ella para no hacer nada?

- ¡Claro! ¿Porqué no?

Un día de Verano en la hora de la siesta, se presentó Miguel en mi casa. Yo había ido a una habitación del fondo no recuerdo a qué y Miguel había avanzado por el pasillo. Mi abuela estaba echada sobre en su cama, con la puerta abierta y abanicándose. Pregunté a Miguel qué pasaba y me dijo que lo acompañara, yo le dije que cómo íbamos a salir con aquel sol y aquel calor y cuarenta grados a la sombra.

- ¡O te vienes o me quedo aquí mirando a tu abuela!.

Fuimos a pasear y me contó una experiencia terrible con su tío. Estaba decidido a marcharse de su casa. No podía vivir más abajo el mismo techo, con aquel viejo crápula y morfinómano, viendo además sufrir a su tía a la que no podía decir nada para no hacerla sufrir más. Lo conformé como puede; su tío lo quería, la droga lo trastornaba, un mal momento lo tenía cualquiera, y lo dejé en la puerta de su casa, resignado.

Pasaron los años y un día, estando yo a punto de salir para Madrid, se presentó Miguel; me dijo que un gran migo nuestro se había ido con la Caja de la empresa a la que había dejado cerrada; me preguntó que cuanto dinero tenía, se lo dije. Me pidió que le hiciera un cheque en blanco, se lo di y me marché. Cuando regresé me lo devolvió, todo había sido una falsa alarma, pero la reacción de Miguel expresa mejor que cualquier otra cosa la calidad de su amistad, lo que no era incompatible con su costumbre de zaherir a los amigos más débiles que él, o más sensibles, pero

Miguel emanaba un cierto aroma de indefensión que hacía le fueran perdonadas cosas que no se perdonaban a los demás.

De vez en cuando iba a verlo a su oficina y bajábamos a tomar un café. Estando en ello se le acercó un amigo, tramposo profesional y le habló al oído. Miguel sacó la chequera y le extendió un talón. Cuando le hubo marchado le dije que sabría que nunca se lo devolvería:

-¡ Naturalmente, por eso se lo he dado! ¡Así me tendrá que aguantar toda su vida todo lo que me de la gana de decirle!

Así era Miguel, sarcástico, despectivo, incluso cruel con los que pensaba que eran inferiores o que estaban obligados a soportar sus desdenes, pero al mismo tiempo el mejor de los amigos cuando se trataba de demostrarlo. Tuve siempre para mí que toda aquella manera de ser no era sino un camuflaje de su patológica timidez.

Una tarde en Madrid apareció con una carpetita azul, con gomas blancas, en la mano. Era extraño porque Miguel no llevaba nada, ni libros, nunca y hasta a la Facultad iba con las manos libres. En un momento dado, me dijo que tenía urgencia de ir al retrete, que sentía retortijones de vientre. Mientras le esperaba, abrí la carpeta y allí, escrito de su puño y letra, había unas veinte cuartillas conteniendo un cuento. Volví a cerrarla, cuando regresó nada le dije y nos separamos dos horas después sin que él me dijese cosa alguna al respecto. Estaba claro que la había llevado para enseñármela, para que le diese mi opinión, pero su timidez no solamente se lo había impedido sino que le había producido el trastorno intestinal. De otra parte no podía consentir que alguien supiera aquella debilidad suya de que había escrito un cuento. Recuerdo que aquella narración suya comenzaba con un muchacho que contemplaba un cuadro que representaba un bar iluminado por dentro en cuyo interior, como en el célebre cuadro de Hopper, se veía a un hombre, sólo a un hombre, sentado en un taburete de la barra, con un vaso ante él contemplando, como hipnotizado, el subir y bajar los brazos de la cafetera, mientras otro solitario miraba hacia el interior y desistía de entrar al ver al otro, porque ya no estarían solos.

Ya regresado a Cartagena, una intemperancia de su tío, hizo que Miguel se marchase de su casa y renunciara a la herencia. Comenzó a beber el peor alcohol de todos que es el de los solitarios. Y sorpresivamente se enamoró de una mujer separada, de un lugar cercano al suyo, llamado Alicante, con la violencia de los primeros amores tardíos.

Pero las telas de araña atan más que las cadenas. No existía todavía el divorcio y a Miguel le faltaron arrestos para traerla a vivir con él y someterse a los comentarios que tanto temió siempre. Optó por comprarle un piso o dos en Alicante donde él iba todos los fines de semana. El problema era que no había dejado de beber y cuando llegaba lo hacía con el ánimo justo de echarse en la cama no a hacer el amor sino a dormir. Y la mujer casi enloqueció y lo echó de su lado y Miguel al verse despedido enloqueció a su vez y aumentó su adicción al alcohol. Por primera vez pidió ayuda a los amigos, pero ¿Qué podíamos hacer?, aquella mujer lo amaba pero no quería ser destruida y él, no podía ya dejar el alcohol, que era una condición genética.

Había alquilado o comprado un piso en el que vivía solo y contrató una asistenta para que lo cuidase y cuidara de la casa. Convinieron el sueldo sin problemas.

- *Yo salgo de mi casa a las nueve y media de la mañana, regreso a las tres y me vuelvo a marchar a las cinco. Si vd. necesita algo, dinero, aumento de sueldo o lo que sea, me deja la nota encima de esta mesa y yo se lo dejaré dinero en el mismo sitio. Lo único que quiero es que no nos veamos.*

Y así estuvieron cerca de diez años.

, Te aseguro, Manolo, que si la veo por la calle no la conozco.

Un mal día le diagnosticaron un cáncer de lengua; no quiso luchar a pesar de que los médicos le decían que tenía muchas probabilidades y se rindió. No quiso ser tratado ni intervenido. Se fue a morir a una clínica de Madrid, solo, como siempre había vivido.

JOSE MARIA CABEZALI

Era un rito diario. Llegaba a “Sésamo”, se sentaba, se estiraba las impecables rayas de sus pantalones y llamaba a Pepe, “el primer Camarero existencialista de España”. Luego se miraba el reloj.

- *Pepe, hace exactamente veinte y ocho minutos y medio que he comido. ¿Qué me puedo tomar ahora?*

Y Pepe que llevaba mucha vida corrida, tanta que hasta había sido aviador republicado instruido en la URSS, era también un guasón y aceptaba su papel en el rito absurdo.

- *Tómame un café.*
- *No, no un café no. ¿Qué otra cosa puedo tomar?*
- *Pues tómate una copa de cognac*
- *No sé, una copa de anís...*
- *¡Anís!. No., a ver, otra cosa...*
- *Pues un Pippermint...*
- *No, tampoco...*
- *No sé... tómate un cointreau*
- *No, no, mejor tráeme un café.*

José María Cabezalí fue uno de los amigos que Novais se trajo a “Sésamo” desde la cafetería del Ateneo. Enjuto, bajito, piel cetrina, bigotito de *alférez provisional*, vestido impecablemente como los niños *topolinos* de la postguerra, zapatos de ante, calcetines a cuadros, pantalones por el tobillo, chaqueta deportiva, pelo liso, negro y grasiento, perfectamente peinado, su estética personal estaba ya sobrepasada en 1950; a pesar de su aspecto era un convencido y militante liberal, tal vez por influencias familiares porque su padre había sido toda su vida taquígrafo del Congreso de los Diputados.

Cuando le conocí debía andar por los treinta y cinco años y era catedrático de literatura en el Instituto Nacional de enseñanza media de Toledo a donde se

desplazaba todas las mañanas a cumplir sus tareas docentes para regresar a Madrid por la tarde.

Amaba desquiciadamente a la literatura española, casi como se puede amar a una mujer y la conocía mucho más a fondo de lo que una mujer puede ser conocida.

No se conformaba con que “Sésamo” fuera una cueva más o menos existencialista, quería hacer de ella el tubérculo del que creciera la más bella planta, *como un dondiego*, que se poliniza a sí mismo y produce flores de diversos colores, la planta de la juglaría. Porque Cabezalí lo que quería ser era un juglar y decidió que todos lo fuéramos y que nuestra cueva fuese también una cueva juglaresca. Incluso decidió publicar una revista de juglaría, incluso creó una bandera que ya no me acuerdo porqué, era verde y negra, según él los colores de los juglares.

En el *Café de Levante*, Ernesto Giménez Caballero mantenía un día a la semana su revista. Lo que quería Cabezalí era un abrazo fraternal entre los juglares fascistas de Ernesto y los juglares liberales de Cabezalí. Y Ernesto fue una noche a *Sésamo*, porque tengo para mí que eran almas más parecidas de lo que pudiera suponerse. En aquella cena en “Sésamo”. Ernesto Giménez Caballero, estuvo, como siempre, ocurrente. Como mientras él estaba en el uso de la palabra una chica a su lado no dejaba de hablar, le dijo.

- *Señorita; me gusta que me “perturben” pero no así*

Más adelante, como la cena era una sopa de ajo, con un solo huevo:

- *Veo que sólo hay un huevo, pero ¿Dónde va un hombre de bien con un solo huevo?*

.

Cabezalí comentaba.

- *Es fascista pero ¿a que no lo parece?*

Eugenio y yo éramos buenos amigos de Ernesto y si dejo volar libremente el discurso, me viene a la memoria una gloriosa escena vivida con él. Lo habíamos invitado a Cartagena a dar una conferencia y como era Consejero Nacional del

Movimiento y ex embajador en Paraguay, la conferencia la iba a pronunciar en el salón de Actos del Ayuntamiento y la iba a presidir el Alcalde.

Fuimos, Eugenio y yo, a recoger a Ernesto a su habitación del hotel, donde lo sorprendimos haciendo flexiones y nos dirigimos hacía la Casa Consistorial. En el trayecto, Eugenio le fue contando que había un edil que presumía de haber sido su alumno predilecto en la universidad. Ernesto quiso saber cómo se llamaba, Eugenio se lo dijo. Ernesto, no lo conocía de nada, ni de nada le sonaba. Eugenio insistía y Ernesto negaba, recordaba a todos sus alumnos y más a los aventajados. Desembocamos en la Plaza del Ayuntamiento, y allí, de pie en las breves, marmóreas y solemnes escalinatas, entre las grandes columnas, toda la corporación y en el centro el Alcalde, esperaba al jerarca.

Este, nos preguntó perentorio. ¿Cuál es el concejal que dice que fue discípulo predilecto mío?.

- *El tercero a la derecha del Alcalde.*
- *¿Y cómo decís que se llama?*
- *Fulano.*

Llegamos, Ernesto y el Alcalde se saludaron, pero, de inmediato, Ernesto, lleno de asombro, se encaró al edil de marras, abrió sus brazos, y lleno de asombro exclamó:

- *¿Pero “Fulano”, tú aquí?*

Y se fundieron en un emocionado abrazo. Cuando le contábamos la escena a Cabezalí, éste caía como en éxtasis.

- *¿Veis? ¡Es pura juglaría! ¿Qué importa que sea un fascista? Pirandello también lo era!*

Párale todo lo que no era circunspección era juglaría. Era un juglar que cobraba su sueldo de catedrático todos los meses; en el fondo era un alma escindida entre su condición de burócrata en Toledo y su condición de bohemio en Madrid, que se esforzaba en dar la impresión de un espíritu libre y rebelde que, si lo era, estaba también sujeto a un estricto horario.

Le gustaba provocar, exhibir su espíritu libre e iconoclasta, en Madrid, incluso desbarrar peligrosamente contra la dictadura sin parar mientes en quien pudiera escucharlo y con mucha frecuencia le entraban ataques de verdadera histeria. Su espíritu trasgresor tenía un límite, que no era otro que el marco de la cultura; no iba más allá, no trascendía a la vida. Por ejemplo: era capaz de pasear por Madrid vestido como un caballero del siglo XVI o pasarse una noche entera cantando un remedo de unos versos de Juan del Encina, pero no de lanzarse a la vorágine de la noche, porque “tenía que madrugar para marcharse a Toledo”.

De los álamos vengo madre,
de ver cómo se la menea un fraile,
de los álamos de Sevilla,
de ver a mi linda niña

Incapaz de sentarse a jugar a las cartas, ir a un burdel, o emborracharse, le gustaban los *guateques*, ir a bailar a salas de moda y coquetear. En cuanto se tomaba dos copas y se alegraba ya lo daba por cumplido. Con esas dos copas de más, al límite de su tolerancia, nos explicó una noche su teoría de que en España no había habido romanticismo y que nuestros poetas románticos tan solo habían sido unos ingeniosos versificadores. Sólo Bécquer podía considerarse romántico, pero el material sentimental con el que trabajaba no era tampoco romántico, en ese sentido Cecilia Böhl, había sido la única que había utilizado material romántico; que el romanticismo era un movimiento estético de la burguesía triunfante y en España ésta no había existido. No sé si su otra mitad, la de catedrático, estaría de acuerdo por la mañana en el Instituto con esa teoría.

Por entonces era novio de Teresa, hermana de la actriz Mayrata O'Wisiedo y andaba siempre, como en cachondeo, recitando fragmentos del *canto a Teresa* de Espronceda. Por lo que fuese la tal Teresa tenía otro novio y un día, Cabezalí se tropezó con ellos; la muchacha, sin perder la compostura, los presentó:

Mi novio; un amigo.

Ninguno de los dos supo quien era el novio y quien el amigo; tal vez ni ella misma.

José María anduvo con la mosca tras la oreja mucho tiempo, hasta que la olvidó.

Existe un tipo de locos que no sé si está recogido en los protocolos psiquiátricos, en los que la locura se manifiesta a través de un razonamiento peculiar. *Yo no estoy loco, pero me conviene hacerme el loco*. Sin darse cuenta que están locos de verdad. El prototipo podría ser Salvador Dalí. Pues bien por nuestra peña iba uno de estos tipos, llamado Arias, juvenil remedo daliniano, pero que tenía una gracia que Dalí no tuvo nunca. Una tarde contaba su versión de la teorías de Darwin desde la ameba unicelular a los mamíferos superiores. “ *y entonces, el gorila se puso en pie y se hizo pederasta*”. Aquello hizo tanta gracia a Cabezalí que cada dos por tres hacía contar a Arias, como si fuera su bufón particular, su historia de la evolución de las especies y andaba siempre con la historia del hombre como un mono pederasta. Han pasado cincuenta años y a la vista del auge que la pederastia ha adquirido en nuestro *cane mondo*, es muy posible que la teoría Arias/Cabezalí haya llegado a ser cierta.

Tipo extraño este Arias. Con sus histrionismos tenía harto a Paco Carantoña y una noche le dijo que ya estaba harto de oírle decir tonterías y majaderías que no le interesaba nada de lo que contaba, y entonces Arias le preguntó que de qué le gustaría que le hablase y Carantoña, por quitárselo de encima le dijo:

- *De murciélagos.*
- *Procuraré complacerte, replicó el pintor.*

Y abriendo un gran portafolios de cremallera que llevaba, sacó un murciélago y lo echó a volar, ante el estupor de todos.

Con los años, Cabezalí se hizo novio de una sobrina del Primado de España, al que le propuso construir en Toledo el *Molino místico*, donde se molería en exclusiva la harina con que luego se harían las hostias. Al primado le pareció bien la idea, no se sabe si por casar a su sobrina o por la exclusiva que se le ofrecía. Pero...

Un día, yendo Cabezalí en el autobús de Toledo a Madrid, se apeó en Illescas, subió a la torre de la Iglesia y se arrojó al vacío, muriendo en el acto. Tal vez quiso morir equitativamente a mitad del único trayecto de su vida.

EL ARGAMUSA

No sé de donde ni quien le puso el apodo por el que lo conocíamos, pero en realidad se llamaba Aurelio Lasala y se ganaba la vida como “extra” y “especialista” de cine, en aquellos años de los cincuenta del pasado siglo, cuando el bloqueo de la disponibilidad de fondos extranjeros, obligó a las grandes empresas a rodar filmes en España como subterfugio para poder repatriar capitales. “El Argamusa” se ganaba bien la vida.

Amigo de José Antonio Novais. Era falangista, había sido de la “Vieja Guardia” y decía que había estado en la “división azul”. Era uno de tantos y tantos falangistas que no pasaron ninguna factura y malvivían, legitimando de alguna manera a sus camaradas asesinos, los ladrones y sinvergüenzas, o sencillamente escépticos y pragmáticos que se subieron al carro del poder.

Nunca entendí la asiduidad que “El Argamusa” dedicaba a nuestra peña de “Sésamo”. Era absolutamente inculto, la cultura le importaba un rábano. Era mayor que todos nosotros y además de su edad, sus vivencias tenían que alejarlo totalmente de nosotros. Sin embargo allí estaba casi a diario, interviniendo siempre cuando la conversación se envilecía o para contarnos batallitas, o lo borracha y golfa que era Ava Gardner o su última proeza como *especialista*, el el último número sexual de su invención que no venía ni en el *Kamasutra* ni en *el K- tab.*, que él le llamaba “*La guitarra*” y que nunca he tenido la curiosidad de comprobar si efectivamente figura en ellos o no.

Era uno de tantos españoles que repartía carnets de patriota o vendepatrias según los casos. Para él la vida era un tablero de ajedrez, o blanco o negro, o buenos o malos, o azules o rojos , era un gran simplificador y estaba muy contento de serlo, pues según decía el hombre debía tener las ideas claras.

Sin embargo era una buena persona, dispuesto siempre a hacer un favor, incluso a prestar pequeñas cantidades de dinero. Aparecía y desaparecía, sin que ninguno de nosotros supiera nada de él cuando se marchaba. ¿Dónde vivía? ¿Estaba casado, soltero, viudo? ¿Tenía hijos, padres?. Nunca lo supimos. Cuando nos marchamos de “Sésamo” no se enteró ni nadie supo darle razón de que nos habíamos marchado a “La Elipa” hasta que Novais se lo encontró, desolado, como pájaro sin nido, pero cuando le dijo dónde nos reuníamos, rehusó.

- *No, no ese café es un café de señoritos. Y no lo volví a ver.*

Pero lo que me hacía gracia de “El Argamusa”, que presumía de miembro de la Vieja Guardia de La Falange, era su particular cruzada para desenmascarar a los impostores que se arrogaban en falso tal condición y lo orgulloso que estaba de haber inventado un método infalible para desenmascararlos.

- *El primer local de la Falange estuvo en un piso en la plaza de Santo Domingo, en una casa de José Antonio. ¿Quién no tiene que ir a cagar o a mear en un local que frecuenta?. Pues bien, yo les digo ¿Cómo era el suelo del cuarto de baño?. Si eran de la Vieja Guardia tenían que saberlo, porque era un suelo muy original, porque todo él estaba moteado de azulejos con rosas rojas.*
- *Las rosas de mi haz, del “Cara al sol”. Apostillaba Ernesto Salcedo.*

ENRIQUE XAUDARÓ

Era sobrino de Joaquín Xaudaró el dibujante y caricaturista que tanto éxito tuvo en los años veinte del pasado siglo, entre la *derecha*. Me lo presentó Novais y fue nuestro socio capitalista en el arranque de la serie para la televisión sobre tradiciones españolas olvidadas. Debió nacer hacia el año 1907. de mediana estatura, rubio muy probablemente teñido. Para entonces había adquirido cierta notoriedad, gracias una estafa de la que lo acusaron y por la que lo condenaron, con gran repercusión inducida desde el poder, en la prensa, conocida como la *estafa del huevo diario*.

En la larga posguerra civil española, todo escaseaba y los huevos también; además eran caros. Enrique Xaudaró, montó un negocio consistente en que por cada mil pesetas que el cliente depositaba en su cuenta, recibía diariamente un huevo. Desde la perspectiva de hoy la cosa sería casi cómica si no ridícula, pero en aquellos terribles años era muy seria. Resultaba que el importe de un huevo sobrepasaba en mucho el interés que los bancos y las cajas pagaban por los depósitos y entonces las gentes que, necesitaba huevos, canalizó sus ahorros hacia el huevo diario.

Hasta que el sistema financiero se alarmó. Se encargó una auditoria *ad hoc* que *demonstró* que aquello era una estafa porque llegaría un momento en que Xaudaró no podría “entregar sus huevos”; así que “se los cortaron”.Un juez lo procesó, le desmantelaron sus inmensos gallineros con miles y miles de ponedoras, lo encarcelaron, lo juzgaron y *se chupó*, no recuerdo si tres o cuatro años en la cárcel.

Era soltero y vivía en una lujoso chalet cerca de Madrid en compañía de una hermana. Era un hombre amable, fino, educado, excesivamente delicado que, de vez en cuando decía como Rimbaud: *par la delicatesse j'ai perdu ma vie* .

Cuando nos asociamos ya estaba en paz con la justicia, gracias a haber redimido penas por el trabajo, y habiéndose conseguido desmontarle el chiringuito, lo mismo daba ya que estuviera libre que preso. Hombre culto se movía en ambientes

teatrales; estrenista profesional era frecuente que alquilase un palco para sus amistades, por lo que había que estar muy atento para que no te cazase para ver desde su palco una reposición del Tenorio o un estreno del último Benavente.

Con motivo de la preparación de la sociedad, Novais y yo, tuvimos que ir mucho por su casa y siempre lo recordaré paseando por las larguísimas avenidas en miniatura con gallineros como casitas de gallinas a ambos lados como casas de muñecas, vacías, abandonadas y Xaudaró agitando los brazos desolado, llorando a moco tendido, secando las lágrimas con un pañuelo y gritando:

- ¡ Franco, devuélveme a mis gallinas! ¡Pitas, pitas, pitas ¿Dónde estáis?

Versión esperpéntica de Augusto gritando “¡Varo, devuélveme a mis legiones!”

Una tarde hablando de cien cosas le pregunté si le habían compensado los tres años de cárcel y mirándome con fijeza dijo:

-¿Dónde se ganan en España siete millones de pesetas^() en tres años sino en la cárcel?*

Muchas veces desde entonces he pensado mucho en ello y he concluido que en esa gran verdad de Xaudaró está una de las grandes raíces de nuestra tragedia nacional.

^(*) obviamente 7.000.000 del año 1950, que era muchísimo dinero.

AGUSTÍN MESEGUER

Agustín Meseguer Soler debió nacer hacia 1918, así que cuando lo conocimos hacia 1950 debía tener cerca de cuarenta años. Hijo de un padre mayor, intendente de la Armada y de familia económicamente acomodada por vía materna, Agustín con sólo una hermana, nació criado ridículamente entre algodones y restricciones vitales. Lo comprendí un día que lo incité a que subiésemos a una barquilla de una noria de feria y cuando estábamos arriba se echó a llorar le pregunté si se mareaba y me dijo que no, que lo que le pasaba es que, de niño, vivía enfrente del Paseo del Muelle, de Cartagena, en el edificio de Intendencia, desde donde veía la feria, que siempre deseó y soñó en poder montar sin que su padre lo consintiera. Le dije que porqué no lo había hecho de adolescente y me dijo:

-¡Pero si hasta a la universidad, mi padre me hacía acompañar por un asistente!

Había nacido en Madrid y bautizado en la parroquia de Santiago, muy cerca del Palacio Real, la misma iglesia en que fue bautizado Larra. La niñera contratada, por

error, en vez de darle al recién nacido una cucharadita de infusión de anís le dio una cucharadita de *anís del mono*, que fue lo primero que entró en su cuerpo.

Fue un buen estudiante de derecho y era un buen jurista aunque nunca quiso hacer oposiciones porque era muy vago y tenía dinero suficiente para vivir de las rentas, ni ejercer la profesión porque sabía tanto derecho y comenzaba a ver tantos pros y contras que terminaba paralizándose. Así que optó por dejarse llevar por el dulce far niente de la guarnición de provincias y asumir que el mundo natural era el de los socios del casino y el orden natural el de los escalafones. También ser el tonto oficial de los señoritos que veían pasar sus horas vacías tras las vidrieras del casino y que, a pesar de ser más inteligente que todos ellos juntos, lo despreciaban y lo apodaban desdeñosamente *Tinito*.

Pero *Tinito* que era doctor en Derecho, poseía una más que vasta cultura, conocía varios idiomas, además del latín y el griego y lo que era más importante, una muy fina sensibilidad les pagaba en la misma moneda:

- *los socios del casino el único fósforo que consumen es el de las cerillas.*

Aquel aherrojamiento vital había hecho de Agustín un alcohólico y lo que era peor se dedicaba a hacer trampas a su sensibilidad componiendo versos modernistas para tratar de complacer a los necios señoritos, como uno a los *héroes del Baleares*, del que recuerdo un verso: “el homérica nauta, el hijo de Laertes”.

Nos lo presentó el escultor Bolarín encareciéndonos que lo rescatásemos de la gente del Casino, que lo trataba con desprecio y se reían de él, sin darse cuenta de su valía. Le costó trabajo adaptarse a nosotros, porque debía padecer algo así como el síndrome de Estocolmo y se encontraba extraño en el mundo en que nosotros lo queríamos meter. Pero terminó por conectar y por desprenderse del morbo de su anterior mundo masoquista y de ser beato de Rubén, Santos Chocano y Villaespesa pasó a devoto de Vallejo, Alberti, Neruda, Eluard y a componer estupendos poemas, en uno de los cuales hablaba de un hombre bueno que ama las virtudes profilácticas del calzoncillo inglés y otro en que, decía: le voy a poner un piso a mi mano

derecha”; algo así como cuando Joyce, escribía en su “Ulises”, (al que casi nadie ha leído y tampoco Meseguer): “llevaba en su mano derecha una luna de miel”.

Agustín era de media estatura. Cabeza redondeada, cráneo bien asentado, ojos adormecidos, ahuevados, cargadas su espaldas redondeadas. Calvo, en la prominencia de su coronilla le había crecido un papiloma multicolor, verde, rosado, negro, casi vegetal en la forma, que él decía que era una concreción de su aura que lo unía con la divinidad. Su abandono indumentario era total; dejaba caer sobre su terno la ceniza de los cigarrillos y gotas de licor. Caminaba con paso vacilante y de tanto restregarse por las paredes en sus bandazos los hombros de las chaquetas se le desgastaban con frecuencia. Era hipocondríaco y se pasaba el día tomando medicinas. Así su boca, carnosa de gruesos labios como de tiburón, era un muestrario de chocolate, *persantín*, *pastillas juanolas*, *brandy* y otros residuos irreconocibles. Se tomaba continuamente el pulso y_entraba en cada farmacia ante la que pasaba y se hacía tomar la tensión. Llegaba al bar, pedía un café una copa de coñac y un vaso de agua, vertía un poco de ésta en el platito de la copa, mojaba los dedo en ella y se refrescaba reiteradamente su amplia y aposentada calva. Y ya estaba dispuesto para hablar de lo que fuese. Por ejemplo, justificando su condición de monárquico comunista o porqué no fumaba cigarrillos ingleses ya que si lo hacía tendría que comprarse una boquilla de oro, y esto lo llevaría llevar gemelos a juego, camisas limpias, trajes nuevos etc.

Agustín había pasado por una dura experiencia personal para cualquier ser humano, pero para su hipersensibilidad se había convertido en un trauma que tuvo marcado siempre a hierro en su espíritu. Recién terminada la Guerra Civil, entró como funcionario en la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, en Jaén. Él era miembro de Acción Católica, y concertó con otros compañeros católicos, ir una noche a asistir a acompañar en la capilla a ocho hombres que iban a ser fusilados al amanecer. Entre ellos dos pastores protestantes. Agustín llevó dos botellas de brandy, pero los otros no se presentaron y Agustín, solo, hubo de pasar aquella terrible noche acompañando a los injustificados justiciables. Oírle relatar aquellas espantosas horas, con los reos yendo continuamente a orinar o hacer de vientre en unas grandes latas puestas al efecto, cómo los dos pastores consolaban a los

demás porque se negaron a recibir a un sacerdote católico, cómo lo colmaron de recados para sus familias, era estremecedor. Y desde aquella noche se sintió más cerca de las víctimas que de los verdugos, a pesar de que su cuñado, oficial del ejército, había sido asesinado en la zona republicana

Era también espiritista y organizaba una sesión en cualquier velador de cualquier taberna, si preciso fuere, o en un piso de su propiedad, que cerrado y amueblado tenía en la plaza de la Merced, a donde un día lo acompañamos a celebrar una sesión los pintores Luzzy, Navarro y el bohemio Carmelo Bermúdez y que me sirvió para colmar el vaso de mi incredulidad ciertamente pero también para reírme como pocas veces, aguantando el velador en la letra conveniente.

A partir de las ocho de la tarde, el estado natural de Agustín era una suave embriaguez con tendencia a empeorar conforme avanzaba la noche. Cuando llegaba a su casa, un chalet en el barrio de Los Dolores, en el que vivía con su madre, la fase de los medios vinos había quedado atrás. Llegaba siempre de madrugada y se precipitaba a la alcoba materna, y zarandeando a la anciana decía casi sollozando:

¡Mamá! ¡Mamá! ¿Te has muerto?, ¡Te has muerto Mamá?.

Y como es natural, su madre se murió un mal día. Fuimos a su casa a acompañarlo en aquellas horas tristes, la doncella, una bella muchacha novia de un legionario, que le lavaba los brazos a Agustín en el lavabo, nos dijo que el *señorito* estaba en cama con un dolor muy fuerte en el pecho y en el brazo,. Y nos introdujo en su alcoba. Efectivamente Agustín yacía en la cama, la mano apretada contra el pecho y, como siempre, tomándose el pulso. En medio de la habitación un orinal con un gran zurullo en su interior. Al ver morir a su madre le había atacado aquel dolor y el médico le dijo que hiciera reposo absoluto. En el interior de la casa se oían rezos y conversaciones, porque la hora del entierro había llegado. Salió el cortejo fúnebre con el clero y el féretro portando el cadáver de la madre de Agustín, ya realmente muerta, y pasó por el hall por el que se accedía a la habitación en la que estábamos.

A los cinco minutos, Agustín preguntó compungido:

¿Por donde irá ya mi pobre madre?

Le dijimos que ya muy lejos. Y entonces Agustín saltó de la cama, cogió su ropa de sobre una silla y dijo.

. Vámonos por ahí, que estoy muy triste.

No se lo queríamos consentir, de ninguna manera podíamos dejar que saliera siquiera de la cama con aquel dolor.

¡Pero si no me pasa nada!. Si lo que ocurre es que fingí ese dolor de pecho, porque esto de los fallecimientos es un follón, un latazo terrible, que si ir a la funeraria, que si ir al cementerio, que si ir al Registro Civil que si estar en vela sin beber toda la noche...

Y nos fuimos. Mientras bebíamos en una taberna, Agustín no cesaba de recitar lo versos de Neruda: *puedo escribir los versos más tristes esta noche..* Lo que equivalía al mejor de los velatorios.

Al poco tiempo de la muerte de su madre Agustín se fue a vivir a Madrid, a casa de su hermana, orillas del Manzanares. Fui a verlo y sacarlo por Madrid al que sabía que apenas se acercaba. Llamé a la puerta. Me contestó su gran perro pastor alemán. Insistí; al fin me contestó él,
- ¡Un momento!.

Esperé, el perro ladraba. Al final abrió Agustín la puerta.

Perdona hijo, es que estaba meneándomela y comiendo habas.

Cuando murió Agustín, nacido y muerto en Madrid, pero vivido en Cartagena, trajeron su cadáver a esta ciudad, trasladaron su ataúd desde la sala de respeto del cementerio al panteón familiar sobre una motocarro. Le hubiera gustado. Mientras caminábamos componiendo aquel extraño cortejo, el poeta Ortega Parra, pronunció una terrible oración fúnebre:

- *Antes veníamos a los entierros de los abuelos de nuestros amigos, luego vinimos a los de los padres de nuestros amigos, ahora a los de nuestros amigos.*

SANTIAGO AMON

La muerte de mi amigo, mi hermano, Santiago Amón, supuso una conmoción. No solamente en el mundo de la cultura, sino por las dramáticas circunstancias que en ella concurrieron. Decía mi padre que *nadie se muere la víspera* y es verdad. Santiago Amón no quería subirse a aquel helicóptero aquella mañana de junio .para ir a Palencia, puso mil excusas, incluso se retrasó para ir al aeropuerto de Cuatro Vientos donde lo estaban esperando a pesar de la abusiva tardanza. Pero era el día de su muerte y el comandante de la aeronave, tal vez por acortar el trayecto vulneró las reglas de seguridad en la navegación los días de niebla y se estrelló contra una montaña. Todos sus ocupantes murieron carbonizados. La última nota trágica fue que el cadáver, convertido en una pequeña figura carbonizada fue encontrado por sus hijos que al escuchar la noticia se lanzaron a la desesperada a encontrarlo, vivo o muerto. Cuando lo oí por la radio, me estremecí, porque con él se iba una parte de mi propia vida. Tal vez sea un tópico pero detrás de los grandes tópicos suelen esconderse grandes verdades.

Había nacido en Baracaldo, hijo de un tranviario de Bilbao que represaliado por el franquismo hubo de emigrar a Palencia, donde encontró acomodo laboral en Palencia como portero del manicomio. El tranviario vizcaíno tenía dos hijos, Jesús que se haría jesuita y catedrático de matemáticas y Santiago, el más pequeño, que

entró muy joven en el seminario, refugio único para los padres que no podían pagar estudios a los hijos.

Allí hizo Santiago todo el bachillerato y destacando por su inteligencia y brillantez y allí prendió a la perfección el Latín y el Griego. Porque Santiago no sólo poseía una preclara inteligencia sino una memoria y una retentiva, casi *de tonto de pueblo*, como solía él decir. Si de algo no tenía vocación Santiago era de sacerdote pero ¿Dónde ir?. Hasta que el Obispo le solucionó el problema expulsándolo del seminario, con otros compañeros, por crear una célula comunista. Se encontró en la calle, ingresó en la Trapa en la que duró poco tiempo.

Su hermano Jesús y la voluntad de sus padres hicieron posible que Santiago comenzara a estudiar Derecho. En Palencia, sus grandes amigos fueron el torero Marcos de Celis y el pintor Cesteros. Santiago vivía pero también devoraba cuanto libro caía entre sus manos. Le aburrió el derecho y lo dejó; comenzó a estudiar Filosofía y Letras y también lo dejó. Marchó a Madrid donde frecuentó ambientes literarios y artísticos y donde pronto fue respetado por todos y donde se ganó el afecto porque era simpático y un gran seductor.

Amón debía medir aproximadamente un metro ochenta de estatura, bien proporcionado, facciones angulosas y atractivas, un mechón caído siempre sobre la frente, voz pastosa y bien entonada. Santiago tenía *ángel* y allí donde llegaba se convertía de manera inevitable en el centro de atención a pesar de sus esfuerzos por evitarlo; tenía la sonrisa fácil y la risa incluso la carcajada, presta. Aquel *ángel* le permitía tener éxito por igual entre los hombres y las mujeres, dada su modestia, llaneza y simpatía, lo que hacía de él un formidable pedagogo.

No fue por tanto extraño, que un hombre que no había escrito apenas, (un magnífico libro sobre Picasso, y colaboraciones de prensa y otras publicaciones menores) convocara en torno a su cadáver, en el tanatorio de Madrid, a cientos de admiradores consternados por la tragedia absurda de su muerte. Incluso el gran periodista José María García, gritó: “!señores ha muerto un genio!” y era verdad. Amón era poeta (“*alba que bala*”), había pertenecido al círculo de Carlos Edmundo

de Ory, Gabino Alejandro Carriedo, Xavier Domingo. Como conferenciante era esplendoroso, y al respecto solía decir entre carcajadas *¡Mientras no me comparen con García Sánchez!*. Comparación absurda e imposible porque frente a la conferencia espectáculo de éste, las de Amón, tantas veces improvisadas, deslumbraban por lo que de erudición, amenidad y profundidad de análisis tenían. No se si diré una herejía pero Amón tenía más madera de conferenciante que don José Ortega y Gasset. Amón era además crítico de arte, (y en ésto ganaba al Filósofo por goleada) un gran crítico de arte, cuya opinión y apoyo buscaban todos los marchantes internacionales sin que ninguno lograra comprarlo. Yo he estado en varias casas de críticos de arte y he visto en ellas gran número de cuadros. Casi ninguno en la de Amón, apenas tres o cuatro obras de tres o cuatro amigos pintores y una plancha anulada de su amigo Chillida.

Tanto Amón como Beltrán sabían el uno del otro y ambos se me quejaban de que no les presentara. Yo siempre me negué porque estaba convencido de que eran dos locomotoras avanzando por la misma vía en direcciones contrarias Pero aconteció lo inevitable, Eusebio Lázaro, el director de teatro, especialista en Shakespeare y teatro clásico griego, en una de mis ausencias los presentó. Al principio la cosa fue bien y creí que mi apreciación había sido errónea, mas el choque era inevitable y la tragedia surgió cuando Amón empezó a ser invitado a dar conferencias sobre temas taurinos que Pedro Beltrán consideraba coto privativo. Yo no sé cuanto sabía Amón de toros, ahora bien, doy fe que durante muchas noches mantuvimos conversaciones taurinas con Domingo Ortega y éste lo escuchaba con muchísima atención y le daba la razón en muchas cosas, aunque otras se las objetaba, puntualizaba o rebatía. En el fondo lo que acontecía es que Pedro había encontrado un rival que le jugaba en su mismo terreno, ambos sabían de todo, ambos eran inteligentes, ambos tenían portentosas memorias; Beltrán lo había aprendido todo escuchando; Amón leyendo y estudiando. Para Pedro, Santiago era *el principito que todo lo aprendió en los libros*; Para Santiago, Pedro todo lo que sabía lo sabía de segunda mano. Y como suele acontecer ninguno de los dos tenía toda la razón.

Recuerdo el *cabreo* que cogió Pedro Beltrán cuando Amón nos contó cómo una tarde, Antonio Bienvenida, lo había llamado con urgencia a su casa para mostrarle unas cintas con faenas de varios toreros y le dijo.

- *Ahora te voy a mostrar el secreto de Domingo. (Ortega)*

Pasó las cintas al revés, con el conocido resultado grotesco que procura tal operación.

Y ahora vas a ver la de Domingo

Con el resultado, decía Amón, de que en el toreo de Domingo Ortega, tan pausada, armónica y rítmica era la faena hacia delante como hacia detrás. Yo creo que la indignación de Pedro se debía a que siendo amigo desde la infancia de Antonio Bienvenida, había elegido a Amón y no a él para hacerle partícipe de su hallazgo.

Conocí a Amón en Cartagena donde había venido a hacer como sargento la milicia universitaria. Leía, sentado a la mesa junto a la nuestra en el café *Mastía* en la Calle Mayor. Desde aquel día fue uno más de nosotros. Amistad que perduró hasta su muerte. Noches de vino y rosas, de paseos bajo la luminosa oscuridad mediterránea recitando a Vallejo, Neruda, Alberti, haciendo de cada minucia un chiste, una broma, una carcajada, descubriendo en la humedad de las paredes cuadros abstractos y en el graznar de las gaviotas, dodecafonías.

Regresado yo a Madrid, fuimos inseparables. Yo había reanudado la carrera de Derecho y él se ganaba la vida dando clases particulares en el bar de la Facultad de Filosofía y Letras, donde iba a recogerlo y junto con Isabel Provedo, una encantadora y antigua amiga suya, regresábamos andando a Madrid. Después de comer nos reuníamos en la cafetería California, al final de la calle Princesa, donde conoció a Gloria Delgado, una joven y bella canaria con la que casaría.

Como Amón retenía bien archivada en su cabeza todo cuanto leía y todo lo le interesaba; era capaz de enzarzarse en una conversación sobre las categorías kantianas pero también sobre cualquier otro tema. Recuerdo una noche en Cartagena, cuando paseábamos en la calma levantina y hablábamos sobre arte

abstracto que uno de nosotros, Antonio Galián, un artesano, gran persona pero de nula cultura y muy aficionado al ciclismo le dijo;

Mira Santiago, tú sabrás mucho de pintura, pero de ciclismo no sabes nada. ¿A que no sabes qué piñón llevaba metido Bahamontes cuando ascendió la primera vez al Galibier?

Y Santiago se lo dijo, ante la estupefacción del bueno de Galián.

Amón venía con cierta frecuencia a Cartagena. En una de sus visitas, el pintor Enrique Gabriel Navarro, muy amigo nuestro, le pidió que fuese a su casa a ver los cuadros de su última obra. Fuimos a su casa y nos acompañó el pintor sevillano José Manuel Fernández Melero. Estuvimos allí toda la tarde. Cuando salimos era noche cerrada. Ya en el ascensor, Amón, muy serio, nos dijo:

Enrique se nos muere.

Melero y yo nos escandalizamos. ¿Cómo podía decir aquello?. Enrique era joven, tenía cincuenta años y una salud y una vitalidad envidiables.

Enrique se nos muere, esa pintura que hemos visto es, ya, pintura del otro lado.

Muy pocos meses después el pintor Enrique Gabriel Navarro moría como por sorpresa.

PEDRO CANTARES

Se llamaba Pedro Pérez Ros. Y fue oficial de telégrafos. en cuyo trabajo le sorprendió la Guerra civil española, destinado en San Pedro del Pinatar. Aconteció que unos familiares de un derechista escondido no recuerdo en que ciudad, le pusieron un telegrama avisándole que una patrulla de milicianos había salido del pueblo para detenerlo. Por las razones que fuesen el hombre fue detenido por la

patrulla y luego apareció muerto en una cuneta. Terminada la guerra sus familiares denunciaron al oficial de telégrafos por no haber cursado el telegrama salvador, mas por fortuna para él pudo demostrar lo contrario, no sólo que lo había cursado, que se había recibido y se había entregado. Les sirvió para salvar la vida, pero perdió la carrera y con ella a su mujer y a un hijo, muertos de la feroz hambre y tuberculosis de la posguerra. La más terrible secuela de la represión.

Pedro se transformó. El probo y rutinario funcionario se lanzó a respirar el mundo y la vida. Recorría a pie enjuto los campos del secano de Cartagena, sus infinitos caseríos, sus casas solitarias. No vendía nada, no compraba nada. Enseñaba a leer, a escribir, escribía cartas o las leía, escribía unos versos de amor para una novia, a cambio de unas monedas muy pocas monedas, un par de huevos frescos, un pollo, un poco de fruta. Si tropezaba con una velada de trovos se quedaba y participaba y así se fue creando fama como trovero.

El trovo requiere una gran agilidad mental porque, cuando es puro, hay que repentizar y estructurar y Pedro, más culto que el resto de los troveros, tenía a su alcance un vocabulario más rico del que echar mano. Debiera haber sido el rey de los troveros, pero era pobre, no tenía donde caerse vivo, vestía casi en harapos y en invierno se abrigaba tan solo con una bufanda.

Pedro “Cantares” fue un perfecto caballero; aunque su piel y su ropa estuvieran llenas de mugre, jamás *dió un sablazo* a nadie, pero sin pedirlo, era tal su dignidad y la evidencia de su necesidad que muchas personas le auxiliaban, con poca cosa. Pedro no daba las gracias pero en su mirada iba todo el agradecimiento del mundo. Y el donante lo captaba.

En cierta ocasión yo escribí un opúsculo titulado “El flamenco sin misterio” y le encargue que me hiciera un poema sobre “*El Rojo el alpargatero*”, que me permitiera ayudarle discretamente, y sin moverse del sitio improvisó el siguiente.

*No era por dinero
por lo que cantaba El Alpargatero;
El Rojo cantaba un cante minero*

*Que se lo inventaba.
Y cuando El Rojo cantaba
Sabía su voz a romero
Y su cante a pozo fresco.*

- *Verás que no es un trovo, añadió.*
- *Mejor así, le contesté.*
- *Pero verás que las palabras suenan por dentro..*
- *Es verdad Pedro, es verdad.*

La única hija sobreviviente de Pedro, abandonada a su suerte, poseía la belleza de las mujeres de Romero de Torres. Existe un retrato de ella, pintada por Ramón Alonso Luzzy, en el pasillo de acceso al despacho de Alcaldía de Cartagena. Quiso ser *cupletista*, mas se cruzó en su vida Pedro Beltrán y se casaron, pero poco.

Pedro Cantares había decidido ser absolutamente libre y sintiendo, como Santa Teresa, *un profundo desasimiento de todo*, lo sintió también hacia su hija y a su yerno del que una noche me dijo:

- *Lo que más me gusta de él es su libertad, que no pertenece a la piara.*
- *¿Pero y tu hija, Pedro y tu hija?.*
- *Mi hija también debe ser libre.*

Durante una de las estancias del poeta Novais en Cartagena, le presentamos a Cantares explicándole brevemente quien era. Metió en su pequeña mano un billete y al dársela como despedida le lo transfirió. Ningún gesto reveló la sorpresa de "Cantares".Solamente dijo:

- *Señores, tengo mucho gusto en invitarles a unos vasos de vino*

Muchos años después, una mañana de un invierno especialmente frío, el cadáver de Pedro Cantares, amaneció tendido sobre un banco público en la Plaza de Alcolea. Casi nadie se enteró y fue enterrado por la beneficencia municipal.

DUQUE DRIVER

Iba muchas las noches, cuando no trabajaba, al “Comercial”, a esperar la salida de las muchachas de la compañía de revistas que actuaba en el teatro “Maravillas”. Era novio de una de las vicetiples, que por cierto con el tiempo, llegarías ser una gran actriz y, por entonces de una singular belleza.

El era joven de facciones correctas, el pelo ondulado y de mediana estatura y simpático. Nada tenía en común con aquellas tertulias nocturnas de gentes de la cultura, pero como era discreto, simpático, se interesaba por aprender y sabía escuchar, se ganó la simpatía de muchos.

Trabajaba como mecánico/chófer para unos aristócratas, de ahí que le lamáramos *Duque Driver*. Porqué no decirlo, era bastante dado a la juerga. Algunas noches llegaba conduciendo el imponente coche americano de sus señores, con una corona en la portezuela y nos invitaba a irnos “por ahí” a tomar unas copas. Amón y yo aceptamos pocas veces, porque aunque era un buen hombre su concepto de la noche difería bastante del nuestro. Para él la juerga era conducir a toda velocidad y recorrer en el menor tiempo posible aquellos bares, con “barra americana”, que comenzaban a pulular por las afueras, llenos de soldados y marineros norteamericanos, casi todos negros. Cuantas noches, las gentes al ver pasar de madrugada aquel impresionante automóvil, muy conocido en aquel reducido Madrid de los años cincuenta, no pensaría que era la aristocracia divirtiéndose la que circulaba a más de cien kilómetros a la hora. Nunca comprendimos cómo se atrevía a aquellas juergas nocturnas expuesto a que, tarde o temprano, sus patronos se enterasen, cosa que parecía importarle muy poco.

No es que en aquel Madrid hubiera muchas más diversiones en la madrugada. La vida crapulosa se limitaba a reuniones en los áticos que tan de moda de pusieron entonces entre las gentes elegantes, para beber, hablar y procurar llevarse a alguien a la cama. Todavía no habían llegado ni la heroína ni la cocaína y la grifa se vendía libremente en unos puestos de la Plaza Mayor, mientras los más afortunados se enrolaban al carro de los “americanos”, como partiquinos, mamporreros o cortesanos

y la nobleza de *la sangre* y el dinero, comenzaba a refugiar sus nacientes en sus mansiones de Puerta de Hierro y la Moraleja, abandonando la ciudad.

En la proximidad de los exámenes, pues había vuelto al redil de la carrera, solía ir a estudiar por la mañana muy temprano a un bar que existía por la plaza de Santa Bárbara, encima del cual se encontraba una de las casas de citas más famosas de Madrid. Me ha gustado siempre estudiar en los bares porque me permitía concentrarme mejor y leer como decía tierno Galván, como las gallinas beben agua, levantando la cabeza a cada sorbo y regrabar lo leído. Me divertía ver llegar de buena mañana a hombres solos, tomar un café en la barra, y al poco tiempo llegar mujeres solas, con el misal y el velo en la mano, tomar otro café y ya juntos salir furtivamente para introducirse en el portal de la casa de citas.

Aconteció una mañana que se detuvo delante del café (entonces no había apenas automóviles), el coche que yo tanto conocía con *Duque Driver* al volante, serio, solemne, embutido en su uniforme y tocado con la convencional gorra.

Se apeó, pasó por detrás del vehículo, abrió la puerta trasera por la que salió su señora, la que apresuradamente se introdujo en el pecaminoso portal. *Duque Driver*, cerró con solemnidad la portezuela, y con la misma parsimonia siguió a su patrona hacia el interior del inmueble.

Dió la casualidad de aquella noche *Duque Driver* se sentó a nuestra mesa en el café a esperar a su vicetiple y le dije:

- *Ya te he visto esta mañana en Santa Bárbara con tu señora.*

Nunca pensé que se pudiera sonrojar, pero lo hizo, aunque se repuso al instante.

- *¡Chico, no todas las cosas iban a ser agradables en mi trabajo! Y además ¡En todos los trabajos se fuma!..*

EL MUSICO DOMÍNGUEZ

Nunca supe su nombre de pila, y si lo supe no lo recuerdo. Para nosotros era tan solo Domínguez. Aparecía cada noche en el “Café Comercial” en la Glorieta de Bilbao, cubierto con un sombrero gris flexible, envuelto el cuello en invierno, otoño y primavera en una bufanda gris, un terno siempre gris y un gris abrigo.

Debía tener alrededor de cincuenta años. Era delgado, de facciones afiladas y labios finos. Era músico y musicólogo y como tal trabajaba en Radio Nacional de España. Hablaba poco y escuchaba mucho, pero cuando hablaba lo hacía con sentido. Lo recuerdo como un hombre liberal y tolerante hacia cualquier idea, cualquier credo. A pesar de ser músico jamás le oí criticar a nadie, ni a sus colegas ni a sus obras. Daba la impresión de un absoluto panglossiano.

Era amigo y admirador de Adolfo Salazar al que citaba con frecuencia. Lector incansable de Ortega no le perdonaba el regreso a la dictadura. De nada servía que yo le dijese que Ortega había tenido mucho que ver en lo de La Falange. Tampoco perdonaba a Marañón, y contraponía a ambos a su amigo Salazar. Simpatizó conmigo porque yo había leído a éste y una noche hablamos, largo y tendido, sobre la teoría de Salazar sobre los siglos largos o románticos y los cortos o clásicos y no sé porqué estaba muy sorprendido de que alguien tan joven como yo hubiera leído aquello y todo su empeño era que le explicara porqué y dónde lo había hecho. La calma del músico Domínguez tenía no obstante un punto débil. Franco. No sé porqué motivo, *el Caudillo* lo crispaba. Noche tras noche aparecía en el Café con una nueva idea para atentarse contra la vida del general. Eran ideas las más de las veces disparatadas, hasta oníricas pero en las que, no cabía duda, había empleado muchas horas de insomnio. Entonces nosotros nos dedicábamos a desmontárselas con argumentos no menos peregrinos que los suyos.

Entonces el músico Domínguez, levantaba los ojos al techo, crispaba un puño y exclamaba

¡Dios, cuanto lo odio!

Una noche Amón y yo, le dijimos que estábamos en una conspiración para derrocar a Franco sin sangre. Enseguida se interesó aunque aquello de que fuera incruenta no le convencía. Le dijimos que el plan era muy sencillo; que hasta entonces Franco había perdurado porque lo habíamos dramatizado y que lo que había que hacer era todo lo contrario, ridiculizarlo. El plan consistía en una primera fase en salir a hacer pintadas, pero en lugar de escribir *Franco asesino*, escribiríamos *Franco tontolhigo* y cuando llegase el día del gran desfile .y Franco apareciera en el coche descubierto, nada de silbidos, ni tan siquiera silencio, había que movilizar a las masas para que lo recibieran con una gran carcajada.

Se entusiasmó con la idea y no hacía sino pedirnos que lo lleváramos a una reunión, nosotros le dábamos largas alegando que no estábamos autorizados y que además él se jugaba su destino en R.N.E. De vez en cuando nos preguntaba cómo iban las pintadas y e decíamos que muy bien pero que se hacían por los barrios de los suburbios, por donde él no iba nunca.

Llegó el día del gran desfile y Santiago Amón y yo fuimos a ver el ambiente, cómo, de año en año, era menor la afluencia de público. ¿Y a quien dirán Vds. que vimos en primera fila?. Al músico Domínguez, con una sonrisa de oreja a oreja a comenzar el sólo la carcajada. Nos acercamos a él y nos lo llevamos. Le dijimos que aquel año no sería y entonces, levantando una vez más el puño al cielo, casi gritó:

¡Cuánto lo odio, Sólo Dios sabe cuanto lo odio!

CARMELO BERMÚDEZ

- ¡ Y si me descuido triunfo!

Quien pronunció esta frase hablando con nosotros, en el estudio del pintor Vicente Ros, en Cartagena, fue Carmelo Bermúdez que tras treinta años en Madrid regresaba a su ciudad natal, en absoluta indigencia a vivir de las modestas cantidades que su hermano podía pasarle mensualmente.

Había nacido, por el año 1903. Así que cuando lo conocimos, a finales de los años cincuenta, debía tener alrededor del medio siglo. Estudió marina mercante pero hubo de abandonar por su gran miopía. Era al parecer un hombre brillante de palabra fácil y apasionado por la cultura; escribía en los periódicos locales y se convirtió en un valor municipal. El Ayuntamiento primorriverista le dio una beca para que marchara a Madrid y ya en la Capital se las ingenió para entrar en Unión Radio que al poco lo envió a Lisboa como director, mas dado su disparatado carácter y su nula capacidad de gestión y organización, lo puso en la calle.

Casó entonces con una modista muy acreditada y deslumbrada por la cultura de su marido y Carmelo se permitió el lujo de no volver a trabajar; su mujer trabajaba y ganaba dinero por los dos. Ella cosía mientras él se dedicaba a frecuentar los ambientes literarios y culturales de Madrid sobre los que derramaba su soberbia sin tasa y su desprecio ante cualquier persona que él consideraba que no estaba a su altura, ni en conocimientos, ni como conferenciante, ni como poeta, ni como *atleta sexual*. Ignoro sus proezas en esta modalidad del atletismo; como poeta era mediocre, como conferenciante era bueno, pero demasiado pedante y ya anticuado..

Murió su mujer y le dejó una pequeña fortuna. Carmelo, a quien su esposa había llevado *recortado* toda su vida, al ver tanto dinero se desmadró y se lanzó la vorágine de la bohemia madrileña, terriblemente peligrosa para los que no son indigentes. El dinero le duró poco tiempo, mas Carmelo comenzó a *operar* dando sablazos a diestro y siniestro, cuando no encontraba alguien que le proporcionara trabajo como *negro*, o cualquier otra tarea que tuviera que ver con las letras, mas siempre convencido de que el triunfo le había sido arrebatado por la envidia, ya que de no ser así habrían ido a coronarlo a su casa.

Cuando su hermano le dijo que no podía mandarle sino una corta cantidad de dinero, Carmelo, vencido, decidió *regresar*. Trabajó algún tiempo como corrector de pruebas en el periódico local “El Noticiero”, por un más que miserable sueldo, Su primera visita fue al estudio del pintor Vicente Ros, amigo de la juventud. Allí lo conocí.

Debía medir un metro sesenta y cinco de estatura, frente despejada, caminaba envarado, con paso rápido y muy corto; tenía el pelo muy ondulado, atlético sin excesos, la espalda recta, tremendos ojos de miope que se asomaban a través del cristal de las lentes como extraños peces, la nariz muy grande, voz agradable y muy buena dicción.

Su cuñada, incapaz de tenerlo en su casa, le buscó habitación en una pensión miserable y cuando murió ésta, en otra todavía peor; un cuartucho sucio y desordenado. Hombre con un barniz cultural y gran conversador y orador no le faltaron admiradores. Se incorporó a nuestra peña a pesar de que salíamos con él a rifirrafe diario, porque había quedado anclado en el pasado, en Rubén, en Santos Chocano, en Villaespesa, Y en novela no había llegado ni tan siquiera a Joyce, Faulkner o a Lawrence, y se había detenido en Sthendal, Flaubert, y aún peor no había llegado ni a la generación del 98. A mi aquello me intrigaba ¿En qué círculos se habría movido aquel hombre en Madrid?. No tardó él mismo en resolver el misterio, su tan cacareado mundo cultural de Madrid, donde tenía tantos admiradores era el mundo de las *revistas orales*, tan de actualidad por entonces, cuando un conjunto de burgueses se reunían, en su casa si eran ricos, como la

señora Bauzá, o en diferentes cafés, una vez a la semana, para escuchar cómo desconocidos leían versos, daban conferencias etc, siempre sin salirse de la estética ya sobrepasada de los comienzos del siglo XX.

Tenía cierta gracia contando sus andanzas madrileñas y cuando presumía de su potencia sexual, de cómo era capaz, si se había tomado una libra de chocolate, de echar nueve polvos en una noche o hablaba de una amante, casada, llamada Isabel, a la que compuso un poema del que recuerdo unos versos: *Isabel tiene marido, pero lo tiene escondido/ en el fondo de su casa/ Isabel tiene marido pero lo tiene escondido/ en el fondo del bidet.*

Carmelo Bermúdez era espírita. (¡Cuánto de consolación hay en el espiritismo!) Tanto o más que Vicente Ros.. Los espíritus acudían a su convocatoria, movían el velador o se comunicaban con la “ouija”. En existencias anteriores había sido un sacerdote egipcio, Platón, Lope, Newton, Kant, y no sé quienes más y los espíritus que acudían, no eran menos egregios.

Con Agustín Meseguer organizaba *manos a mano* espiritistas en el velador de cualquier taberna, ante una botella de vino y un plato de pescado frito y embutidos que Meseguer pagaba con gusto y servían, de paso, para aliviar el hambre de Carmelo, que, agradecido, revelaba a Agustín magnificas existencias anteriores que Meseguer no se creía del todo pero que servía para aliviar su *tedium vitae*

A pesar de nuestras continuas discusiones con Carmelo, a pesar de que sabíamos que a nuestras espaldas nos *ponía verdes*, llegué a tenerle cierto afecto, porque, en el fondo, era buena persona. Un día lo invité a comer a un autoservicio de calidad y muy de moda entonces y en el que yo comía todos los días. Se sentó a la mesa y llamó al *maitre*; yo le expliqué que no, que tenía que levantarse y servirse él lo que quisiera. Montó en cólera, me echó en cara que lo sometiera a aquella humillación y que, desde luego él no se iba a servir como si estuviera en un asilo. En aquel momento decidí que nunca más lo invitaría a comer conmigo, pero dispuesto a apurar el vaso de la paciencia, le dije que me dijera qué quería comer que yo le

serviría con mucho gusto y como un honor. Así lo hice. Más aún pedí, para él, media botella de un buen vino.

Durante la comida, ¡Cómo no!, sacó la conversación del espiritismo, reprochándome que no creyera en él. Yo le dije que no era tan estúpido como para no creer si se me daban pruebas concluyentes. Él me dijo que las tenía, le dije que si me las mostraba en aquel instante me haría espiritista.

Cuando acabemos de comer vamos a tu bufete y allí te mostraré esas irrefutables pruebas que pides..

Lo hicimos. Me pidió un folio. Se lo dí. Dibujó una “ouija” elemental; me pidió una moneda que también le di. Y comenzó el espectáculo. Carmelo, movía la moneda señalando las letras con ella, a gran velocidad y leyendo e voz alta los mensajes que trazaba. Allí en numero más de ciento y en minutos veinticuatro, no musas sino el Parnaso entero,.

Cuando hubo terminado me dijo:

- Me figuro que te habrás convencido.

- Mira Carmelo, no me has convencido en absoluto. Para convencerme hay que repetir la sesión.

- ¿Por qué?

- Porque para que yo pueda creer en eso, tengo que hacer una nueva “ouija” con las letras y los números colocados aleatoriamente, luego vendarte los ojos y sólo así será una prueba.

Se le hincharon las venas del cuello y la frente, se puso en pie, me miró con el mas absoluto de sus desprecios y dijo:

- ¡Tú lo que eres es un hijo de puta!

Y se marchó.

Tal vez yo no debí decirle aquello, pero la alternativa hubiera sido soportar una ración diaria de la farsa de la “ouija”. Quizás a Carmelo le acontecía como a Don Quijote cuando al ver que la bacia no resistía el golpe de la espada se negó a probar

la segunda bacía de barbero convertida en yelmo. Probablemente actué mal no ayudándole a mantener el flotador al que se asía.

Fue perdiendo cabeza, marchó Madrid donde lo encontré una mañana en la calle Luchana, quiso *operarme* con tan mala fortuna que al abrir su inútil billetero encontró un billete de cien pesetas. Más tarde lo vi cruzar a lo lejos la Gran Vía de Murcia, como siempre, con un libro en la mano y su inevitable chaqueta twed que se *sabía los inviernos de memoria*, como la gabardina de mi amigo Eugenio Novo Neyra,.

Nunca más supe de él.

IGNACIO CATALAN

Me lo presentó Don Rafael Pérez Delgado, cuando se incorporó a nuestra tertulia nocturna en el “Café Comercial” en la Glorieta de Bilbao. A mi me parecía ya un señor muy mayor y lo habían jubilado, como periodista, hacía poco tiempo. Era un señor bajito, con el uniforme civil de la época; es decir “de gris hasta los pies vestido”, usaba sombrero y en la madrugada, como un “tic” de periodista veterano que sale de trabajar a esas horas, se cruzaba, entre el abrigo y la camisa, con mucho cuidado una gruesa bufanda.

Era vasco, me parece que bilbaino, y lo había traído a Madrid Mourlane Michelena. Según Cansinos, de joven, Catalán reunía dos características. Una su *vasquidad*, otra su absoluta fe en el amor. Pertenece a esa corriente del pensamiento y mentalidad vasca, absolutamente españolista, sin dejar de sentirse vasca hasta la médula. En cuanto te descuidabas ya estaba hablando del País Vasco, como se puede hablar de un ideal del ciclo artúrico. Me lo imaginaba como a un *Don Quijote*, luchando por su patria vasca montado en un *pony*.

Don Rafael Pérez delgado, que lo apreciaba mucho, se chanceaba de él, cariñosamente, a cuenta de aquello.

- *Pero Catalán, ¿Cómo puede vd. decir eso?. ¿Cómo puede hablar de la fortaleza de la raza vasca?. Fuertes son los toros y los bueyes vascos que tiran de las piedras. O los aragoneses o los murcianos que beben vino de Cariñena*

o de Jumilla pero ¿Qué fortaleza demuestra el beberse treinta chiquitos de chacolí con menos grados que la cerveza?

- *¡Como si todo fuera eso Rafael; ahí tiene vd. a los korrikolaris...*
- *No recuerdo ninguna hazaña olimpica...*
- **O los cortadores de troncos.**
- *Hay que ser torpe para dedicarse a cortar troncos de árboles ya cortados...*
- **O a los levantadores de piedras.**
- *Deporte muy interesante*
- *¡Pero bueno Rafael, ¿Es que Vd. precisamente Vd. juzga a un pueblo por su deporte, quien lo iba a decir!*
- *Pues bueno, hámleme vd. de la intelectualidad vasca, de los artistas vascos...*
- *¡Unamuno!, ¡Mourlane!, ¡Zuloaga!, ¡Regoyos”, ¡Los Zubiaurre!, ¡Baroja!, ¡Maeztu!, ¡Sorozábal!, ¡Que se yo, mil más!.*
- *Solamente en la provincia de Sevilla, le puedo citar tres veces más.*
- *¿Y Vd. es el me que tilda de provinciano? ¡Vd. un andaluz, cuando Andalucía ha sorbido durante siglos todo el dinero de España para poder seguir cantando, bebiendo y bailando!.*

Pero cuando Catalán no estaba, Don Rafael no se recataba en defender al País Vasco y a los vascos, pero yo a mi vez, con sorna le decía que lo hacía como agradecimiento a que la feria de Sevilla la hubieran creado dos vascos. Entonces don Rafael desplegaba su erudición, como para demostrar que mi acusación era infundada, sino una mera racionalidad de análisis. Era un gran conocedor del tema vasco y aquella controversia lúdica entre el apasionamiento del uno y la frialdad analítica y erudita del otro, despertó en mi el interés por el tema, que todavía me crispera cuando oigo o leo tratar el tema con tanta simplificación por tios y troyanos.

Ya de madrugada, cuando salíamos del “Comercial”, lo acompañábamos hasta su calle, Modesto Lafuente arriba, caminando despacio. No había entonces, apenas, tránsito automóvil en Madrid y era frecuente que caminásemos por la calzada. Tenía Don Ignacio Catalán la costumbre, de otra parte tan arraiga en ciertas personas, de pararse para hablar; él era uno, pero se detenía siempre en el centro geométrico de las encrucijadas y allí elevándose sobre su corta estatura peroraba. Amón decía

- Don Ignacio tiene vocación de policía municipal de tráfico

Una noche me pidió que a la tarde siguiente lo acompañara a visitar a José Antonio Girón, al que Franco, unos días antes había destituido de ministro de trabajo. Por afecto a Don Ignacio accedí. Estaba Girón, al parecer, solo en su casa. Nos sentamos y una de las primeras cosas que dijo Girón fue, señalando la teléfono:

- Mira Ignacio, "ese", que antes sonaba todos los días treinta veces, desde que "El Jefe" me ha echado, no ha sonado ni una sola vez.

Fue larga la conversación y recuerdo de ella muchas cosas que por no hacer al caso, no cuento. Basta con hacer constar el tono de amargura de aquel hombre, al tener la evidencia de la última realidad del ser humano.

Catalán era de derechas y católico y hasta era posible que creyente sincero. Pero, curado ya de espantos, cuando lo conocí, era también un liberal convencido. Amaba su profesión de periodista y no se resignaba a perder el último vínculo con ella que era la misa que se celebraba los sábados a medianoche en el diario "Arriba", en la cercana calle de Larra. Inexorablemente, los sábados, Don Ignacio, no pedía su habitual café con leche y a las doce menos diez en punto se marchaba a oír misa y a comulgar y hasta que no regresaba al "Comercial" no pedía su consumición.

Una noche nos habían entregado Amón y a mi, un paquete de "Mundo Obrero". Al salir de "Café Comercial", nos lo llevamos, era pequeño y Amón lo llevaba debajo del brazo. De pronto Catalán dijo:

-Se han percatado de que dos individuos nos siguen?

Por aquellos tiempos si alguien te seguía, casi seguro que era la policía; torcimos una o dos calles y efectivamente, aquellos dos hombres nos seguían.

Catalán que se había percatado del paquete que llevaba Amón, le dijo:

-¿Qué lleva Vd. ahí, Amón?.

Y Santiago le replicó riéndose.

- *¿Que voy a llevar. ¡"Mundo Obrero"!*

Entonces aquel viejo católico de derechas, ex director de diarios del Movimiento, tiró de nosotros, nos metió en la acera, en la rinconada de la valla de un solar en obras, ocultándonos de los que parecían seguirnos, cogió el paquete e intentó tirarlo al interior del solar, pero su estatura era tan corta que no alcanzaba y tuvo que ser Amón el que lo hiciera. Ni un reproche por su parte.

Doscientos metros más allá nos abordaron los policías y nos pidieron la documentación, el primero en mostrarla fue Catalán y allí terminó el lance.

ALBERTO COLAO

Era unos pocos años mayor que yo. Hijo de una familia burguesa, uno de sus antepasados había sido un conspicuo cantonal. Todo en su anatomía era redonda. Redonda la cabeza, redondos sus ojos tras sus redondos cristales de miope, redonda su cintura, redondas sus nalgas. Fue víctima de un frecuente espejismo de los tiempos de la represión, el de pensar que el no sentirse atraído por el sexo contrario era una prueba de su vocación y de que Dios lo llamaba. Así que ingresó en el seminario de Murcia y cuando por cuestiones de *amistades particulares*, hubo de abandonarlo, pasó a otro de Extremadura, creo que el de Mérida, en el que duró poco, porque hombre inteligente como era, no tardó en ponerse en claro consigo mismo y decidió marcharse, mas para entonces ya había acumulado dentro de si tal cantidad de metralla mística que le hizo pensar que su camino estaba en el sacerdocio pero fuera de la Iglesia y pensó hacerse pastor luterano. Pasó a Francia y en Montpellier estudió un curso de teología y luego otro en la Sorbonne. En tono menor Alberto había seguido un curso paralelo al de Blanco-White.

Pero Alberto amaba la comodidad y la tranquilidad de ánimo, *beatus ille qui procuri negotii*, y en ninguna parte podría alcanzarla sino en su ciudad natal. Un tío materno, millonario, le instaló una librería (*Athenas*), en la calle de San Francisco.

Alberto era un hombre afable y su amabilidad estaba subrayada por sus gestos y ademanes abaciales. Jamás le oír levantar la voz y casi siempre mantenía una sonrisa que si no fuera por el brillo lúdico e irónicamente chispeante de sus ojos, hubiera parecido una mueca de dolor.

Alberto tenía una peculiar visión del mundo y una no menos peculiar escala de valores. Hombre de gustos sencillos, su mundo se componía de pequeñas cosas por lo que yo solía decirle que era el hombre de las grandes insignificancias; incluso entonces sonreía y sus ojos se llenaban de brillos que quería ser mefistofélicos mas no pasaban de benaventianos. Su ironía rayaba muchas veces en la crueldad mitigada por la incapacidad del sujeto pasivo para captar cuanta malignidad había en lo que había dicho. Entonces, Alberto, me miraba por encima de sus lentes y sonreía.

Tuvo la habilidad de convertir su librería en lugar de encuentro de ese sector de buenas gentes con aficiones literarias, sin base cultural, que desconocedores por donde iba el corte de la cultura del siglo XX, gracias en gran parte al franquismo, se habían quedado anclados en sus gustos, en el primer tercio del siglo XX. Es decir para todos aquellos para los que no había existido ya ni la segunda república. Y Alberto, hombre afable, los acogía en su maternal regazo, los alentaba riéndose para sus adentros y desde el prestigio que le proporcionaba su fama de hombre inteligente, el haber estado a punto de cantar misa, la presunción de heterodoxia que le daba el rumor de que era pastor luterano, haber pasado por La Sorbonne y su indudable superioridad cultural, se convirtió en una especie de sumo pontífice de aquel ersatz cultural de nuestra ciudad y con el tiempo el referente y paradigma del intelectual de la pobre cultura oficial municipal, gracias a que supo ponerse a la altura de sus devotos. La gran diversión de Alberto era reirse de todos y con todos.

Alberto, era hombre astuto, e hizo de la trastienda de su librería una leyenda. Eran los tiempos en que en las librerías de las grandes ciudades se vendían libros prohibidos y él con mucho misterio te introducía a aquel sancta sanctorum y con

mucho misterio te vendía una obra que en Madrid y Barcelona ya estaba en los escaparates y el cliente se marchaba emocionado aún por la trasgresión cometida.

Cuando cerraba la librería o sin cerrarla, apoyándose en el fiel Fidel, se marchaba rodeado de un *mariachi* de admiradores a hacer un recorrido por todas las tabernas, comentando las cosas más pequeñas e insignificantes, los más triviales acaecimientos y riéndose para sus adentros de las melonadas y barbaridades de sus devotos.

Cuando murió el papa Juan XXIII, como quiera que uno de sus seguidores, lo criticara le reprendió:

- *Tú no debes hablar así del Papa muerto, por respeto; si quieres hablar mal de Papa hazlo del nuevo que es mucho más positivo.*
- *¡Pero es que no sabemos como es!*
- *Es igual ; será peor que el muerto. ¿Cómo va ser bueno si ha sido cardenal?*

Para Colao sólo existió una fijación: la Iglesia Católica y consciente de que era darse contra un muro el atacarla de frente, se dedicaba a reirse de ella y a procurar ridiculizarla. Y cuando yo le decía que el anticlericalismo era una cosa del siglo XIX, él afirmaba que él era un hombre del XIX, de mesa camilla, brasero y capa. Desde luego lo último era verdad. Pero que Alberto tenía un *ángel* especial no cabía duda porque en medio de una sociedad retrógrada, de cavernícolas e integristas, éstos lo respetaban, admiraban y querían.

Alberto editó algunos libritos interesantes, de arte menor,, para la historia local pero no le interesaba la creación ni la elaboración intelectual, que para él no pasaba de un intermitente *hobby*. A Alberto le gustaba respirar el aire del mundo y rozarse con la gente.

Hacía muchos años que yo era amigo suyo. Nos había presentado, haciéndome grandes elogios de él, José Mario Páez, cuando Colao aún estaba en el seminario y habíamos conservado la amistad. Cuando yo necesitaba algún libro iba a su librería

o si pasaba por la puerta entraba a charlar un rato con él y pasábamos un gratisimo rato en el que yo disfrutaba escuchándole sus malignidades a costa de sus fieles.

- *¿Sabes que fulano, que estuvo exiliado en Francia algunos Años y presume de sabe francés, el otro día al ver un libro de Sainte Beuve, dijo: “hombre un libro de la santa viuda ¿quien fue esa?”.*

- *El otro día, el pobre mengano se creía que del poeta del que le hablaba, Miguel Hernández, a era del alcalde y me dijo. “no lo sabía, voy a comprar un libro y le voy a pedir que me lo dedique” ;menos mal que están prohibidos, . porque me gustaría ver la cara que pone nuestro alcalde.*

Colao se reía a su manera y no pocas veces, para adentro, como cuando se dedicó a propalar que una pequeña imagen de San Ginés de la Xara, en un edificio en la plazuela del mismo nombre, era milagrosa porque cuando pasaba una imagen de la virgen en las procesiones, el santito de piedra inclinaba la cabeza y muchos acudían a ver operarse el milagro, o cuando se dedicó a afirmar que la imagen más milagrosa de la Semana Santa era el caballo del paso de la lanzada, sin que la gente captara cuanto de malignidad había tras estas cosas.

Toda su vida había sido muy amigo de Isidoro Valverde, un compañero mío de bachillerato que dotado de una gran inteligencia, a pesar de haber nacido de una modestísima familia, con su solo esfuerzo, había logrado licenciarse en derecho y acres oficial del cuerpo jurídico de la Armada. Hombre de fuertes inquietudes intelectuales y un magnífico escritor localista enamorado de las gentes, los modismos, los relajos y las cosas de su ciudad, había escrito un hermoso libro sobre Cartagena (*Cartagena entrañable*)y convinieron en que Colao lo editaría. A cuenta de ello se pelearon, me parece que por cuestiones de pago de derechos de autor. El caso fue que de ser entrañables amigos, pasaron a la pura y dura enemistad, y Alberto me decía:

- *Ya ves, con lo que yo quiero a Isidoro, que le daría lo que me pidiera...*
- *Menos sus derechos de autor, le decía yo.*

- *Le he pagado más de los que ha devengado. Él se cree que está todo vendido y no es verdad. Pues como te decía, daría todo por él, y le ayudaría en todo. Que quiere ser alcalde, lo ayudaría a serlo; que quiere ser procurador en cortes, igual, que quiere ser académico, lo mismo. Pero lo malo de Isidoro es que no quiere ser, quiere haber sido. ¿Y cómo le invento yo un abuelo almirante?*

Alberto, en otro orden de cosas, era cruel, con esa crueldad nacida del hastío de la pequeña ciudad provinciana, recogida tan bien por Arniches o Bardem en “Calle Mayor”, que antepone la momentánea diversión a cualquiera otra consideración; como cuando organizó un homenaje a un pobre hombre, ya jubilado que escribía unos versos espantosos, que lloraba de emoción mientras él y los demás lo hacían de risa; o cuando simuló su muerte para que un buen amigo fuera despertado con la terrible noticia y se precipitara a su casa. Mas también sabía ser bondadoso y generoso y yo sé de muchas obras de caridad que en silencio hacía.

Murió, como habían muerto todos los Colao, del corazón y como un hombre; sabiendo de lo que se trataba, yéndose del hospital voluntariamente y por su pie a morir a su casa no sin tomarse antes unos vinos con sus fieles. Muerte de corte socrático.

- *No conozco el sabor de la cicuta, pero tener que tragarse un vaso de tontería cada día no creo que sea menos mortal..*

EL HERMANO RAFAEL

Esta es la cuarta vez que me pongo a escribir estos recuerdos sobre el *Hermano Rafael* y aunque parezca increíble las tres anteriores desaparecieron misteriosamente de la pantalla, del archivo y del disco duro. Decidido a tomar, en esta cuarta redacción todas las precauciones informáticas, las escribo con aprensión.

Le pusimos de apodo *el Hermano Rafael*, como el protagonista de “La Dolorosa”, porque nos contaba parecida historia. Era de un gran pueblo de Córdoba y había nacido en acomodada familia. Estaba predestinado a vivir toda su vida de los olivos pero él necesitaba escribir, respirar el aire de la ciudad que hacía libre, incluso en la España de Franco, y así liándose la manta a la cabeza, sin despedirse de su novia, y tras una formidable trifulca familiar vino a Madrid a ser escritor, con unas pocas miles de pesetas.

El Hermano Rafael era alto, delgado pero de facciones un tanto abotargadas, ojos saltones, mirada bondadosa, labios gruesos y manos grandes.

Su familia lo tomó tan mal que le cerró todos lo grifos y todos los timbres que podía apretar, como en el célebre tango; sólo una tía le mandaba lo justo para pagar una mísera pensión. Cada dos por tres recitaba los versos de Alberti en su poema “Niebla”. *A pesar de mi más que tristísima familia que no entiende/ lo que yo más quisiera que hubiera comprendido”.*

Llegó a tal grado de necesidad, que *sólo se alimentaba de las basuras que cogía*. Por las noches rebuscaba entre ellas hasta encontrar un residuo que se pudiera comer sin demasiada repugnancia. Tal era su voluntad de llegar a ser escritor

Gran observador, me hacía mucha gracia el don que tenía para detectar, por el deje, de donde era cada cordobés que conocíamos, lo que le permitió ganar muchas apuestas y nos permitió cenar muchas noches.

Tú eres de Bujalance; tú de Montoro, tú de Andujar, tú de Baena.

Escribía bien; a mi su prosa me recordaba la de los cuentistas rusos como Averchenko o el todavía desconocido en España Isaac Babel. Sus cuentos eran tiernos, humorísticos, escépticos y, como digo bellamente escritos. Pero su indolencia, su soberbia y su timidez le impedían subir la escalera del éxito peldaño a peldaño pero *para subir al cielo se necesita, un poco de gracia y otra cosita*, como dice la canción mexicana. Él tenía la gracia pero le faltaba la otra cosita, que no era

otra que recordar que sólo las águilas alcanzan las cumbres de un solo vuelo; que el resto de las criaturas llegan a ellas arrastrándose.

Me marché de vacaciones y cuando regresé en Septiembre me estaba esperando. Estaba contento porque había ganado un poco de dinero con una clase particular y me invitó a comer a un restaurante económico.

- Estaba deseando que llegaras porque tengo un problema de conciencia muy gordo.

Pensé que estaba a punto de tirar la toalla y regresar a su casa.

He tenido que dar esa clase, porque en Verano en Madrid se come muy mal, cuando se come donde yo comía, porque claro los ricos se van de vacaciones y los maridos van a comer a los restaurantes. Así que estaba deseando que llegara septiembre.

¿Y qué ha pasado en septiembre?

Pues que hace siete días, concretamente el día nueve, hurgando en un cubo de basura por la zona de Almagro, tropecé con un paquete envuelto en papel de periódicos, del "ABC" naturalmente, lo abrí y ¡Mira!

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y sacó de cada uno un paquete de regular tamaño y mirando con recelo a las mesas cercanas, abrió una esquina de cada uno. Eran joyas.

- Hay collares de esmeraldas, sortijas también de esmeraldas, brillantes grandes, - ¡Hay de todo y deben valer una fortuna!.

- ¿Y qué piensas hacer?

- Eso es lo que quiero que me digas.

- Ah, no, eso no, eso te lo comes tú solito.

- ¡Es que yo no sé qué hacer! No se quien es el dueño; no tengo dinero para poner un anuncio; si lo llevo a la policía vaya vd. a saber a donde van a ir a parar y lo mismo si se lo llevo a un cura a un confesionario.

- Mira, Rafael, tú haz lo que te dicte tu conciencia, lo único que te digo es que el que al regreso del veraneo no se acuerda de que escondió en el cubo de basura ese dineral en joyas no merece tenerlas.

- Nos las repartimos...

- No Rafael, no, esas joyas las has encontrado tú. Yo no las quiero. Es más ni siquiera quiero saber más de ellas.

Seguía estando claro que yo seguía sin facultades para poder ser un hombre de negocios.

Resumiendo, se quedó con las joyas y si tenía madera de buen escritor, resultó tenerla aún mejor y si para triunfar en la literatura no estaba dispuesto a subir escalón a escalón, sí lo estuvo para prosperar en los negocios a partir de aquel tesorillo y en poco tiempo hizo una gran empresa y una buena fortuna, cosa nada difícil en aquellos tiempos de fáciles agios y gran corrupción y habida cuenta de que para ganar dinero no hay que ser si osado, ni inteligente, sino sencillamente querer ganarlo; es decir poner el hacerse rico en la cima de la propia escala de valores y el Hermano Rafael, quitó de esa cima a la literatura y puso al dinero, eso fue todo. Aos antes, Novais decía en broma: *como buen poeta amaba el dinero sobre todas las cosas*. Casó con la novia que había dejado en el pueblo, se fue a vivir a un gran piso en el Barrio de Salamanca y a codearse socialmente con círculos sociales cada vez más restringidos y selectos.

. *No puedo evitar, me decía, cuando estoy en una de esas reuniones, pensar que aquello podía ser de una de ellas.*

Todos los jueves me invitaba a cenar a su casa. Era la noche en que invitaba a sus nuevas amistades y de mes en mes los comensales eran más selectos y más exquisito el servicio. Y de mes en mes yo me encontraba allí más desplazado y de mes en mes la mujer del Hermano Rafael ponía la cara más larga cuando yo aparecía.

Hasta que me harté. Fue a su empresa y le dije:

- *Vengo a decirte que no iré más a cenar a tu casa; cuando quieras verme no vemos en un bar o aquí o en el "Gijón" o en el "Comercial". Y si no te apetece verme no tienes porqué hacerlo; las vidas se cruzan, no tienen porqué seguir juntas, ni siquiera próximas. Tú sigue tu camino, yo seguiré el mío. Si alguna vez nos necesitamos ya nos buscaremos Y estate seguro que ya no me acuerdo de nada..*

Inclinó la cabeza. Salió de detrás de su mesa, tenía los ojos llenos de lágrimas. Me abrazó y sollozando me dijo.

- *Gracias, hermano, gracias. Ya sabes que lo que necesites...*

Lo hubiera necesitado muchas veces pero nunca fui a verlo, en la seguridad de que no le hubieran faltado excusas, porque los ricos, generalmente, son generosos con todo menos con su dinero, ni él hizo por verme nunca más. No hace muchos años vi su esquila en el "ABC" ese triste y pequeño salvoconducto para el paraíso de las personas de derechas.

EL GEOMETRA

Hubo una temporada, antes de que Xavier Domingo, se marchase a París, en que Amón y yo quedábamos citados con él, en una vieja chocolatería de la Plaza de Bilbao (por entonces plaza de Vázquez de Mella); era una de las últimas páginas ya amarillentas del deshojado libro del Madrid galdosiano, pero allí estaba, resistiendo las olas del tiempo. Como era su costumbre Xavier llegaba siempre tarde, a pesar de ser catalán, y si alguna vez llegaba el primero, no entraba hasta que llegásemos, no fuera a ser el demonio que le diéramos plantón y tuviera que pagar una inútil consumición.

Todos los días veíamos allí a un setentón de buen aspecto, fornido y todavía lleno de vitalidad que, a pesar de estar en un interior, no se quitaba una gran boina, debajo de la que se adivinaba una gran calva. Con parsimonia mojaba una especie de mojiçón en la taza de chocolate mientras, afanosamente, hacía apuntes en

unos folios y consultaba listas de la lotería nacional. Amón comentó que parecía un geómetra de diccionario y se quedó con aquella particular designación.

Una tarde había una mesa libre a su lado y la ocupamos y no recuerdo cómo, entablamos conversación. Así nos enteramos que había sido funcionario del Banco de España, que era viudo con hijos, que vivía solo cerca de allí. Era un hombre interesante, gran admirador de Flores de Lemus del que había sido colaborador y de Don Indalecio Prieto a cuya tertulia de café había pertenecido; del que decía que era muy mal hablado pero muy gran conversador, pero que cuando quería ponerse fino, como buen autodidacta, lo que se ponía era *cursi* y que en cierta ocasión, en medio de esas cursilerías, alguien había dicho:

- *¡Por dios, que blasfeme, que blasfeme!*

Muchas más tardes coincidimos a su lado. No era muy hablador y los temas de conversación suyos y los nuestros eran difícilmente conciliables. Pero la curiosidad nos llevó a preguntarle qué buscaba en las listas de la lotería.

Nos contó que vivía solo y se aburría mucho y había dado en pensar que tenía que existir un determinado y pequeño número de bolas de la lotería que salieran premiadas más que las demás.

- *.Como saben, las bolas son de madera dura, de boj o similares y llevan grabados los dígitos en bajorrelieve. Pues bien hay dígitos que son redondeados, el cero, el seis, el ocho y otros que no lo son, el cuatro, el siete, el uno. Esas formas, al girar y friccionar unas bolas con otras, seguro que junto con la dureza de cada bola, que es distinta en cada caso según su veta, hace que el bombo expulse a unas antes que otras. Tiene que ser un pequeño número, y eso es lo que busco. Como no tengo nada que hacer me estoy dedicando a tabular todos los números premiados. Como vds. comprenderán a mi edad me importa un pito que me toque la lotería, lo hago por mera curiosidad y por ver si mi tesis es cierta, porque un compañero del Banco decía que yo estaba loco y me gustaría demostrarle que no, aunque va a ser difícil porque ha muerto hace unos meses.*

Pasaron los meses y un día leí en el periódico que el servicio de loterías había cambiado las bolas porque cierto número de ellas estaban desgastadas. Se lo dije a Amón y decidimos ir a ver al *Geómetra*.

No estaba en la chocolatería. Volvimos a los pocos días, tampoco estaba; regresamos otra vez. Ni señal. Le preguntamos al dueño.

- *Ah, si Don José, pues es verdad hace muchos días que no viene!*

Dedujimos que un simple cambio de unas miles de madera de boj puede acabar con la vida de un hombre y dejar sin sentido su existencia. Condillac en estado puro. Lo imaginábamos muerte de un infarto o hemipléjico en la cama de un hospital.

Mas una tarde caminábamos por la calle de la Montera, cuando vimos venir al *Geómetra*, rejuvenecido y llevando del brazo, a una señora bastante más joven que él a la que alguna vez habíamos visto por la chocolatería. Nos paró para saludarnos y presentarnos a *su señora*.

Tenia todo el aspecto de que de verdad creía le había tocado la lotería

XAVIER DOMIMNGO

Los amigos lo conocíamos por “El gamberro”, apodo más que merecido. *Hacer gamberradas* era lo que más le divertía. Lo extraño era que esas “gamberradas” no eran sino interludios de conversaciones sobre temas de enjundia. En medio de una controversia peripatética sobre la importancia del surrealismo, entre Amón, él y yo, le sacaba un pan de la bolsa a señora que regresaba del mercado. Un día estábamos en una taberna del barrio de Salamanca hablando de mujeres y como de paso dice:

- *Voy a subir a casa de una amiga que vive ahí enfrente, que es modelo de alta costura y la voy a bajar. Vais a ver lo que es una mujer.*

Se marchó. Regresó a los diez minutos, con una mujer de edad indefinida, que pesaría unos veinte kilos, y absolutamente tullida, parálitica, que apenas podía mover un brazo. La traía en brazos y la depositó sobre la mesa, con cuidado, diría que hasta con cariño.

Yo conocía a su padre que tenía un pequeño negocio cinematográfico, catalán de pura cepa que cuando te citaba o lo citabas en un sitio, no entraba hasta que tú llegabas. No se quejaba de que Xavier no ganase dinero sino de que lo gastara y estaba un poco harto de alimentarlo con la treintena cumplida

Un buen día se marchó a Paris y otro buen día regresó, con cierto nombre ya como periodista, y otro buen día el Grupo de “Cambio 16” lo nombró director de una nueva revista que se titulaba “los golosos y las guapas” o algo así. No sé si llegó a salir el quinto número. El asunto estaba claro; Una empresa que confiaba al “gamberro” la dirección de una publicación es que estaba al borde del K.O., y así fue.

Xavier era un fabulador. Recuerdo que una noche nos contaba, cómo estando en la massía de su familia una noche de tormenta, sintió frío, se levantó de la cama para sacar del armario una manta, abrió la puerta del ropero, extendió el brazo, al mismo y tiempo que un rayo y un trueno iluminaban y atronaban la estancia. Xavier lanzó un alarido desgarrador porque allí dentro del armario había un espectro, de pie contra el fondo, con cara aterrizadora, y el espectro, al mismo tiempo lanzaba otro alarido más agudo pero no menos desgarrador. Era su abuela, que tenía un terror pánico a las tormentas y se había refugiado allí porque en el de su alcoba no había espacio libre

Le dije:

- *Tengo la impresión de habérselo oído contar a otra persona.*

Xavier sin inmutarse, replicó:

-Es posible porque se lo he contado a mucha gente. Y además ¿Qué si no es mía la historia? Existe la experiencia real y la experiencia supuesta. Un poeta no puede tener solo las vivencias vividas, necesita también las imaginadas. No importa que la historia no me ocurriera a mí, pero os juro que la que estaba en el armario era mi abuela, la que por cierto había muerto hacía unos años..

Xavier murió muy pocos años después y su muerte tuvo una repercusión mínima. ¿A quien podía interesar la muerte de un poeta postista cuyas experiencias vitales más vívidas eran robarle el pan a una mujer por la calle o contar la historia de una tormenta, un armario y una abuela?

La noticia me la dio Amón por teléfono:

- Ha muerto “El Gamberro”, que se prepare Dios a ganarse la gloria.

EL DOCTOR RODRIGUEZ

Don Juan Rodríguez, había nacido en Madrid y estudiado medicina en San Carlos. Destinado muy joven aun pueblo de Castilla como médico de A.P.D. se casó con la más rica del pueblo, lo que le cortó sus muchas ambiciones profesionales. Con los años se había adaptado a desenvolverse en aquel microuniverso; hijo de padres humildes, se encontraba a gusto perteneciendo a la *elite* de alguna parte, miembro de los “clercs” locales: el cura, el médico, el veterinario, el farmacéutico, el secretario del ayuntamiento y los cuatro maestros. Eran ellos los que formaban y conformaban la opinión del pueblo y decidían lo que era bueno, justo, oportuno o conveniente y como cada uno tenía sus ideas políticas, cuando estaban de acuerdo, era que la solución era la buena de verdad.

El Dr. Rodríguez había sido muy respetado y querido en el pueblo y hasta le habían dedicado una calle, pero la concurrencia de varias circunstancias lo habían arrojado

a las playas de Madrid. La primera: la muerte de su mujer; la segunda la generalización del automóvil que ya empezaba; ya ni el cura, ni el médico, ni el veterinario, ni el secretario, vivían en el pueblo, sino en la capital y sólo iban por allí a su tarea, como quien va a trabajar a una fábrica; él ya no tenía ni con quien dormir, ni con quien comer, ni con quien jugar al tresillo, al ajedrez, ni con quien hablar de política.

Creído que iba a encontrar al Madrid de su juventud regresó a él, Madrid, aunque muy cambiado, estaba allí pero su juventud no. Sus viejos amigos o habían muerto o no los había localizado o no se acordaban de él o tenían sus obligaciones, así que pasaba las mañanas en El Retiro y las tardes derrengado sobre un sofá de terciopelo del café en el que lo conocimos.

Su larguísima estancia en el pueblo había pasado sobre él como una invisible pátina de plebeyez por debajo de la cual, no obstante, se vislumbraba una cierta distinción producto de su holgada situación económica y sobre todo por su desafortunada afición a la lectura. Presumía de tener en su casa del pueblo una biblioteca con más de mil volúmenes y de haberlos leído todos, especialmente a la generación del 98. y era un fanático barojiano. A pesar de esto había estado en casa de don Pío, en la calle Ruiz de Alarcón, una vez y no había querido volver porque le había parecido que el escritor había puesto cierta cara de fastidio cuando le pidió que le dedicara un libro que había comprado tan solo con esa finalidad.

Dada mi afición desde niño a tratar y tener amistad con personas mayores que yo, me gustaba hablar con él, lo que hacía con mucha frecuencia. Recuerdo que una tarde hablamos sobre el cáncer. Él mantenía que un libro reciente de Rof Carballo, estaba en lo cierto en destacar los aspectos psicosomáticos de la enfermedad y mantenía que el cáncer era una enfermedad de origen psíquico.

-Mire vd. yo he estado cuarenta años en un observatorio patológico magnífico que me ha permitido seguir no sólo las enfermedades sino a los enfermos a lo largo de sus vidas y yo le digo a Vd. que yo sabía cuando fulano o a mengana iba a enfermar de cáncer y me equivoque, algunas veces, pero pocas. Casi todos en los cinco años

anteriores habían tenido un drama personal o familiar, muchas veces íntimo, profundo; dramas que sólo el cura y yo conocíamos muchas veces.

- Pero el cura estaba atado por el secreto de confesión.

Bueno, sí, pero ya saben vds. lo que ocurre en los pueblos, se confiesan, pero les sabe a poco y fuera de la confesión siguen hablando con el cura y eso ya no es secreto. El caso es que muchas veces le decía yo al párroco, Don Jesús, tenga Vd. cuidado con fulano, ocúpese de su espíritu, y otras veces era él el que me decía cuide Vd. del cuerpo de Zutano que lo necesita. Incluso evacuábamos consultas, como dos médicos, pero uno del cuerpo y otro del alma. Y yo les aseguro que en el hospital provincial me decían que mi pueblo era muy sano, que era donde menos casos de cáncer había.

Jóvenes, incrédulos y materialistas, con mucho respeto, nos mostrábamos educadamente escépticos e incluso soberbiamente despectivos hacia aquel médico de pueblo, porque nos recordaba lo que decía Dalí a propósito de aquel vecino de su pueblo, cuando afirmaba “Dalí ha engañado a los galeristas, a los museos, a la crítica, pero a mí, Fulano de tal de Figueras, no me engaña”.

Se daba cuenta de nuestro escepticismo y decía:

- Vds. no me creen, pero vamos a ver ¿Qué es el cáncer? Una célula o un conjunto de células que sin saberse porqué, se independizan y comienzan una vida propia, pero? ¿Se independizan de qué?. Sólo pueden hacerlo de una cosa, del sistema nervioso, regido por el cerebro. Si mi cerebro le ordena a mi brazo que se levante, y lo hace, ¿cómo no va poder ordenar a un grupo de células que se sometan o a las que las rodean que las sometan, las vinculen o las aislen? Y miren vds. La prueba definitiva. Mi mujer era muy devota y fuimos varias veces a Lourdes, ¿Qué ví allí?. Auténticos milagros para la medicina. Pero ¿Lo eran?. Allí se curan cegueras sí, pero cegueras nerviosas; parálisis pero parálisis nerviosas, y cánceres, porque es verdad que allí se curan cánceres, aunque no se lo crean. La

oración bien orientada, no dirigida al cielo sino como orden interna puede hacer milagros. Créanme.

- Pero la ciencia no dice eso.

- Es verdad, eso lo dice un médico de pueblo a dos muchachos de Madrid. Así que no lo digan por la ciudad, aunque no me conoce nadie no quiero pasar por loco.

Al poco tiempo nos dijo que se marchaba a su pueblo, allí tenía una casa muy grande y muy buena, una hija casada y su gran biblioteca. Sus libros eran los únicos amigos que le quedaban, eran sin embargo los mejores, con los que podría seguir discutiendo, hablando, callar, hacerlos hablar, darles la razón o quitársela, según su humor. Dejaría de ser un ser anónimo que contemplaba la vida de la gran ciudad sin comprenderla. En el pueblo, se asomaría a la ventana y vería pasar a un vecino y sólo con verlo sabría de donde venía o a donde iba y si se paraban dos mujeres en la plaza a conversar, sin oírlas sabría cual era el tema de su conversación y podría estar discutiendo una hora el error de su compañero en el “dominó”, culpable de que le hubieran “ahorcado” el cuatro doble y sobre todo volvería a ver pasar las tristes horas sin horizonte de la vejez, sentado delante de la chimenea, alimentándola de vez en cuando, en vez de hacerlo ante un estúpido radiador de calefacción.

- De todas formas sé que no aguantaré ni seis meses, porque yo ya no soy ni de allí ni de aquí, sino (señalando con el dedo al cielo), de joven vas pasando los años, en la madurez, vas pasando los meses, cuando cumples lo setena vas a intentar ver pasar las semanas, más tarde los días, y por último las horas.

LUIS EL CAMARERO

Era camarero en el “Comercial” y debía ser sesentón. Tenía cara de payaso recién quitado el maquillaje, era servicial, simpático y un gran profesional. Nos teníamos recíproca simpatía. Mas de una vez me servía un *café despistado*, cuando un

cliente no se acordaba que lo había pedido y pagado y se marchaba y también más de una vez me prestó pequeñas cantidades de dinero.

Yo tengo desiguales experiencias con lo camareros, pero la mía con Luis fue agradable y positiva. Si estaba ocioso se ponía de pie a mi lado, sin soltar la bandeja y me contaba cosas de su vida y de su profesión. Tal vez le simpaticé porque se dio cuenta de que lo escuchaba con interés y entre ambos no existía esa repugnante frontera que se suele establecer entre la desdeñosa condescendencia del señorito/cliente y la forzada simpatía de camarero, en la que aquel tuteaba al camarero pero que éste se guardase muy bien de hacer lo mismo con su interlocutor. A esto se le llamaba *saber estar en su sitio* Pero Luis me habló siempre de Vd. y yo a él también.

Era un sevillano fino, de agradables modales y con la gran virtud de no querer ser gracioso. Le conté una mala experiencia que había tenido con un colega suyo en “la Elipa”, al que por tratarse de un hombre ya muy mayor, yo procuraba tratar con absoluta deferencia, mientras que Novais lo trataba a patadas, lo tuteaba y lo puteaba y con el tiempo me enteré que era a mi al no podía ni ver y que Novais era su favorito. ¿Qué explicación podía tener aquello?.

- *Seguro que es sevillano o cordobés y ha estado de camarero en el círculo de labradores.*

.Tuve la curiosidad de averiguarlo, y Luis tenía razón. De sobra sé que no todos los camareros sevillanos o cordobeses son así y por fortuna cada vez lo son menos, pero no era extraño que habiendo trabajado durante toda su juventud en aquel ambiente, para aquel hombre, lo normal y lo correcto, era aquel trato. Uno no era *señor* si no trataba, socapa de campechanía, a los camareros de aquella forma. Soy lo bastante apercebido para saber que no todos los señores, señoritos y latifundistas andaluces, por muchas hipotecas que pesen sobre sus tierras, tratan mal a los camareros, pero el hecho de que los que lo hacen no desentonen del medio, es de por sí expresivo. Mas tengo para mí que por indigna que sea esa conducta lo es más la del servidor que la considera la justa y la adecuada.

La tertulia la teníamos al fondo, en el espacio que conducía a los servicios, una zona recatada que permitía a Luis ratos de descanso. Allí se instalaba también, a veces, Jaime Campmany, y , a diario, otro periodista, José de Juanes. Éste tenía una sección en el diario “España”, de Tánger, un consultorio sentimental, de una página entera. En el optimismo propio de la juventud, creía que todas aquellas consultas y contestaciones eran inventadas. No era así. Cada tarde llegaba José de Juanes con un paquete de cien o más cartas que, cachazudamente, iba abriendo y leyendo, para a continuación escribir su respuesta.

Hice amistad con él y de vez en cuando me pasaba alguna carta para que la leyera. Pude así asomarme a un *strep-tease* colectivo, al abismo negro de las pasiones, las almas, los sentimientos: No podía sospechar que cuarenta años más tarde, aquel *desnudamiento*, anónimo, gracias a la *telebasura*, se quedaría en historias de la *editorial Pueyo*. Y me estoy refiriendo a las que Juanes excluía por su crudeza o sordidez.

Juanes tenía en Luis el camarero a un gran colaborador.

- *Vamos a ver Luis ¿Qué le podemos contestar a ésta?*

Y Luis cogía la carta, la leía y daba casi siempre un juicio pertinente y lleno de ironía. ¿Cómo podrían imaginarse las consultantes que el prestigioso consultor era también un camarero de un bar de Madrid?.

Una tarde Luis me dijo que tenía que ir a su casa porque quería enseñarme algo. Remoloneé todo lo que puede para conseguir que me dijese de qué se trataba; me costó trabajo pero lo conseguí. Se trataba de dos pequeños sacos de lona, de unos veinte kilos de peso, una de ellas llena de joyas intactas y de joyas deterioradas la otra

Recordé a la huésped de Tormoye y me negué. Llegué incluso a sospechar de que Luis fuera homosexual, mas ya que me negué decidí al menos interesarme no fuera a pensar que no le hacía aprecio.

Había sido camarero muchos años en el casino “Kursaal” de San Sebastián, cuando el juego estaba permitido. Los jugadores, cuando ganan, son generosos y recibía magníficas propinas. Cuando a alguno se le daba mal la noche, poseídos de la fiebre del jugador pedían dinero prestado a Luis. Aquellos dos sacos eran las joyas no rescatados por los que se las dejaron en prenda.

Me lo encontraba muchas tardes cuando iba a encontrarme con Julita, pues debía vivir cerca, llevaba siempre una bolsa que daba a entender que venía de comprar. Tal vez viviera solo, tal vez tuviera una mujer impedida, nunca me atreví a preguntarle, pero siempre me saludaba con el mismo afecto y decía:

- *¡Que don Manuel, no se anima vd. a ver mi tesoro?*

LAS DOS MARICARMEN

Cuando llegaba el buen tiempo y ya de madrugada tendíamos a recogernos, los que vivíamos por el Barrio de Salamanca o no vivían en ninguna parte, solíamos reunirnos en una terraza de un bar de la plaza de Manuel Becerra, muy cerca de la casa de Novais, que durante la noche no recogían ni mesas ni sillones, a prolongar la interminable conversación de la juventud.

Surgió una *espontánea* que se unió a la tertulia con asiduidad. En realidad eran dos y las dos se llamaban, al menos como nombre de guerra, Mari Carmen. Una de ellas era Mari Carmen “La Guayabo”, por su aspecto

Surgió una *espontánea* que se unió a la tertulia con asiduidad. En realidad eran dos y las dos se llamaban, al menos como nombre de guerra, Mari Carmen. Una de ellas era Mari Carmen “La Guayabo”, por su aspecto aniñado. Era vasca; había sido una jerarca de la sección femenina de la Falange, que incluso la había condecorado y vaya Vd. a saber porqué acabó de puta en Madrid. Ella decía que con lo que ganaba le estaba pagando la carrera de cura a su hermano. Como en España todo es posible, hasta es probable que fuera verdad. Pero era tan seria que cuando una noche se le daba mal se ponía de un humor terrible. No me extrañó cuando me enteré que se había suicidado.

Se tomaba la vida muy en serio, carecía de sentido del humor y estaba siempre regañando a la otra Mari Carmen “La Canaria”, porque todo se lo tomaba a cachondeo, incluso cuando una noche no ganaba ni una peseta, y es que, efectivamente, “La Canaria” era muy divertida. Llegaba, se sentaba con nosotros, se metía en la conversación aunque no entendiera ni palabra, de pronto veía merodear por los alrededores a un cliente, se ponía en pie y nos decía:

-Bueno, voy a darle un meneíto a ese y enseguida vuelvo.

A los quince minutos estaba de vuelta. Pero desde luego tenía razón “La Guayabo” cuando decía que “La Canaria” no era una profesional, porque con la excusa de la amistad *largaba* lo que se le venía a la cabeza. *Quien quiera honra que la gane, como la ganó Hernán Cortés* solía decir. Era una chica con cierto barniz cultural elemental y también de una cierta elegancia y no era extraño que fuese una prostituta cotizada; claro que si sus clientes hubieran sabido lo ligera que era en sus comentarios, no lo sería tanto.

El dinero grande, lo ganaba con los degenerados; el dinero menudo haciendo la calle discretamente, *Nada de La Gran Vía, ni El Manzanares*. Discreción que no tenía para las intimidades de su oficio. Nos contaba cómo un prestigiado con otro a comerse el semen depositado en el preservativo; o cómo otro conocido escritor

B**C** perteneciente a la buena sociedad, se la llevaba a su selecto club, le entregaba un cubo con agua y una bayeta y le hacía fregar el suelo de la estancia, con la falda dejándole ver los muslos, mientras él se escondía detrás de uno de aquellos magníficos sillones a espiarla y masturbarse; o cómo otro escritor y periodista A** O** la contrataba a ella y a otro muchacho, se iban a casa del cliente donde se reunían con su mujer y allí, durante todo un fin de semana, hacían todas las combinaciones posibles, pero de vez en cuando al cliente o a la mujer, le entraba un asombroso ataque de celos. Se insultaban, se pegaban y vuelta a empezar. Hasta que llegaba otro merodeador y “La Canaria” se volvía a despedir hasta un cuarto de hora más tarde cuando le hubiera dado el *menéito* de rigor.

Se casó con uno de aquellos merodeadores, que era extremeño y tenía un buen negocio de jamones. *Ya veremos en lo que acaba la historia con este borrico*, decía. Y efectivamente acabó mal porque murió al poco tiempo de sobreparto.

ANDRES CONESA